

*Selecta*

QUERERTE  
así



BELA MARBEL

*Selecta*

Quererte así

Segundas oportunidades 4

*Bela Marbel*

megustaleer



SÍGUENOS EN

[@megustaleerebooks](https://www.instagram.com/megustaleerebooks)

[@megustaleer](https://www.facebook.com/megustaleer)

[@megustaleer](https://www.twitter.com/megustaleer)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*A Cheny Ace, por ayudarme a espantar mis miedos.*

## Capítulo 1

# LA LOBA CELTA

Ahí estaba él, entrando en el bar como si fuera su propia casa. En parte lo era; había pagado el local. Igual de alto y de intimidante que cuando lo conoció, si acaso, las arrugas que adornaban las esquinas de sus ojos azules lo convertían en alguien más peligroso.

Esos mismos ojos azules e intensos que se clavaron en su alma hacía ya tantos años, y que le impedían marcharse y olvidarse definitivamente de él. Odiaba y amaba a partes iguales la forma en la que todo desaparecía a su alrededor cuando la miraba, era como si la absorbiera el centro de un tornado.

Pensaba que con el tiempo sería más fácil resistirse a la atracción física que ejercía sobre ella, ese hombre al que había conocido como a sí misma y que, en ese momento, le parecía un completo extraño. Por alguna razón, le resultaba imposible dejar de amarlo.

Lo vio acercarse hasta la barra y hacer una señal a los gorilas que habitualmente le dejaba en el bar «para cuidarla», decía él. Sí, era raro, pero es que, para Jeremy, ella seguía siendo su esposa, ella lo sabía, se lo había oído decir infinidad de veces. Su amiga Nat le había dicho que era retorcido e incluso enfermizo, algo con lo que debería terminar. La verdad era que le venía bien la seguridad y le gustaba mantener ese lazo de unión. Sabía que de ese modo no avanzaría nunca, tal y como le recordaban Nat y Doble M, pero, a pesar de que habían pasado varios años desde que decidió separarse de él, aún no estaba preparada para dejarlo marchar.

Los gorilas comenzaron a decir a la gente que era hora de cerrar, ella miró el reloj en la pared, eran casi las doce de la noche, hora a la que terminaba entre semana. Devolvió la vista al vaso que estaba repasando con un trapo, intentando aislarse de lo que sucedía a su alrededor.

—Loba —Jeremy pronunció su apodo indio, sentándose en el taburete que quedaba frente a ella.

—Como habrás notado, estoy cerrando. Deberías irte —le recriminó Roxie.

—Tenemos que hablar —exigió él.

—No, te equivocas, no tenemos nada de lo que hablar. —Se giró para dejar el vaso en la estantería.

—Si no quieres hablar, no hablaremos.

No sabía por qué, pero algo en la voz de Kawosa la hizo detenerse. Había sonado a amenaza.

Escuchó un sonido y, antes de poder darse la vuelta, lo sintió pegado a su espalda. Su ancha mano le cubría el estómago pegándola a él por completo.

El conocido aliento cálido que emanaba de su boca le rozaba la oreja haciendo que su piel se tornara hipersensible. Se permitió cerrar los ojos por un instante, disfrutar de la conocida fuerza de su abrazo, y fue un error. Jeremy le agarró la mandíbula con la otra mano y movió su rostro hasta encontrar los labios. Los mordió, succionó y lamió, dejándola aturdida. La giró entre sus brazos y la subió a la barra, se coló entre sus piernas sin dejar de besarla y tocarla.

Así era él, lo ocupaba todo siempre, la devoraba por dentro y por fuera, hacía crecer el fuego en ella y la llevaba hasta el borde de sus fuerzas, deseando más y más, permitiéndole apoderarse por completo de su voluntad.

—Esta vez será diferente —le advirtió.

—No, no lo será, lo haremos y te marcharás a tu vida hipócrita. —Roxie le sacó la camisa de los pantalones, mientras le advertía con la mirada que nada había cambiado.

—Me va a encantar mostrarte lo equivocada que estás —le aseguró él a la vez que la alzaba cogiéndola con un brazo por la cintura.

—Jefes —les interrumpió uno de los de seguridad—, nos vamos, dejaremos cerrada la puerta principal.

Jeremy gruñó en respuesta y llevó a Roxie hasta la mesa de billar, una vez la tuvo tumbada le arrancó los pantalones de piel. Posó su mano sobre la delicada tela de encaje que cubría su pubis y coló dentro sus dedos por el lateral.

La caricia la hizo derretirse casi literalmente, se impregnó con los fluidos de la excitación y él los repartió por toda la zona. Le quitó las braguitas con delicadeza y se las metió en el bolsillo.

Le subió los pies a la madera que bordeaba la mesa y se arrodilló ante ella.

Su lengua hizo el mismo recorrido que habían hecho antes sus dedos, lamió con hambre y la hizo sentir como solo él sabía. Le agarró las caderas con fuerza, obligándola a mantenerse quieta ante la invasión de su páfida lengua. Clavó los dedos proporcionándole una sensación entre el dolor y el placer que la hacía evadirse por completo.

Sentía un vacío enorme en su interior, necesitaba que él lo llenara, seguía notando cómo la inmovilizaba y apretó más fuerte hasta que consiguió elevar las nalgas, él abrió por completo la boca y la succionó con fuerza, terminando con un mordisco que la hizo gritar. Roxie le cogió la cabeza entre las manos y se dejó ir entre convulsiones cegadoras que la llenaban y a la vez la vaciaban por completo.

Jeremy se alzó sobre ella, cuando aún los últimos temblores del orgasmo la tenían obnubilada. Le agarró los brazos y se los subió por encima de la cabeza.

Le sujetó las muñecas con una sola de sus manos, mientras que con la otra se abría los pantalones para liberar su erección hambrienta de ella.

La llenó por completo, se movió con una cadencia infernal. Roxie solo podía sentir, no pensaba, no razonaba, en ese momento era más que nunca la Loba, y él era Kawosa, su coyote; inteligente y malo. Irresistible.

Sentía la espalda pegada al tapiz de la mesa por el sudor, el aroma de Jeremy la envolvía por completo, no hacía tanto que lo habían hecho por última vez, pero siempre era capaz de mandarlo al infierno después, aunque reconocía que cada vez le costaba más.

—Córrete —le ordenó él—, hazlo o moriré.

Ella le exigió con el movimiento de sus caderas que aumentara el ritmo de las embestidas y gritó al sentir un nuevo orgasmo. Aún más arrollador que el primero, más cruel e intenso.

Y gritó, como si terminara el mundo, como si esa fuera su última vez juntos.

Jeremy la acompañó en la caída a los infiernos, porque eso era. Cada vez que hacían el amor se inundaban el uno del otro, y después la despedida era cada vez más imposible, más agresiva y más llena de rencor. Y aun sabiendo que iba a ser así, no habían dejado de verse en todos esos años, siempre a escondidas, ocultándose de su familia y amigos.

Como si el hecho de no mostrarlo llegara a borrar la realidad de lo patético de sus vidas.

El teléfono de Jeremy sonó.

Jeremy soltó una maldición y dejó caer la cabeza sobre la de ella intentado recuperar la

respiración. Tras unos segundos se incorporó, se recolocó la ropa y sacó el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros de marca.

Roxie lo observó antes de moverse.

Era alto y fibroso, se parecía a su primo, pero Jeremy era más corpulento y muy elegante, economizaba sus movimientos al máximo. Nunca un ademán ni un aspaviento de más, ni siquiera una mirada que no tuviera un significado propio. Hablaba con todo el cuerpo; poco pero claro, igual que hacía con las palabras.

—Jeremy Hunter —informó a la persona al otro lado de la línea.

Roxie se incorporó y se arregló como pudo.

—Clare, no es buen momento —le oyó contestar.

Aún le temblaban las manos y ya estaba totalmente arrepentida, como siempre, como cada maldita vez. Se dirigía al baño cuando escuchó el nombre que más odiaba en el mundo. El estómago se le removió, hasta casi hacerla vomitar. Una rabia incontrolable ascendió por sus miembros para ocupar todo el pecho y tomar el control de sus actos. ¿Cómo podía seguir afectándole de esta manera? Ella ya sabía lo que había entre su exmarido y la secretaria, lo que no sabía era por qué ella misma seguía consintiendo ese trío. Tenía que alejarse, era una relación tóxica, había leído mucho acerca de ello, Nat no paraba de recriminarle que no fuera y le arrancara los ojos a la lagarta. Así era Nat; Candy, por otro lado, pensaba que hablando claro se arreglaría todo, y Doble M era más de coger la escopeta.

Ella... ella no sabía lo que estaba haciendo.

Una vez, tan solo una vez se atrevió a preguntarle a Jeremy por su relación con la rubia, la respuesta de él fue mirarla fríamente y dejarla plantada en medio de la habitación en la que pocos minutos antes se estaban comiendo vivos.

—Estoy ocupado. —Oyó una pausa en la que la secretaria le diría algo inapropiado, no podía ver la cara de Jeremy, seguía de espaldas a ella, pero notó la tensión en la espalda.

—Ya no lo estás. ¡Vete! ¡Maldito imbécil! —Le tiró a la cabeza la cazadora que había recogido del suelo.

El se giró despacio, miró a su mujer a los ojos y repitió, más para Loba que para Clare: —Estoy ocupado. —Tras lo cual, interrumpió la comunicación.

Jeremy tiró el teléfono a uno de los sofás que amueblaban la parte más oscura del local. Suspiró profundamente y se preparó para encarar a Roxie, esa vez no la iba a dejar salirse con la suya; esa vez, él iba a hablar y ella solo escucharía.

Roxie vio cómo se dirigía hacia ella, paso a paso, despacio, marcando cada metro por el que pasaba como si fuera suyo, como si estuviera al acecho, y así era en realidad.

Sus miradas se enredaron, él avanzaba y ella retrocedía. Algo le decía que esa vez no iba a ganar ella en esa lucha de voluntades que les enfrentaba, desde hacía ya tanto. Roxie consiguió deshacerse de la cuerda invisible que la unía a esos hielos azules de su mirada. Buscó alrededor una forma de escapar y vio la puerta del baño. No quería enfrentarse a lo que fuera que él quería decirle, no después de escuchar cómo la zorra rubia lo llamaba y él dejaba el momento de intimidad que estaban compartiendo para contestarle.

Intentó correr hacia la puerta del baño, pero él fue más rápido. Se vio alzada por una fuerza descontrolada, ella pataleaba, golpeaba, mordía y gritaba, pero Jeremy aguantó hasta que consiguió tumbarla sobre uno de los sofás.

Dejó todo el peso de su cuerpo sobre ella inmovilizándola, notaba que respiraba con dificultad, así es que decidió rebajar un poco la tensión; mal hecho, ella aprovechó para mover la rodilla en impactar contra su entrepierna. Debía estar enfermo porque hasta ese juego diabólico le

ponía cachondo, lo que hizo que el rodillazo doliera, pero no tanto como para soltarla, la postura se lo había impedido.

Roxie estaba excitada, sabía que se había mojado con la persecución, no sabía por qué, en realidad estaba muy cabreada, lo estaba, y resentida y dolida, pero la atracción entre ambos era igual de retorcida que su relación, eso estaba claro.

—Ahora cállate, me vas a escuchar, aunque tengamos que estar así toda la noche —la amenazó.

—No vuelvas a decirme que me calle, no voy a hacerlo, no puedes obligarme, y no...

La forma en que la calló no entraba en sus planes, otras veces la había besado como en las películas románticas antiguas, o la había excitado tocándola hasta que ella no podía hablar, pero esa vez no.

Con una mano le cogió las muñecas por encima de la cabeza y con la otra le tapó con fuerza la boca. Ella intentó morderle, pero no pudo.

—Si quito la mano ¿me escucharás sin gritar?

Mueve afirmativa o negativamente la cabeza.

Ella lo miró por lo que a él le parecieron horas; en realidad fueron segundos. ¿Se arrepentía de actuar como un animal? No, ya había tenido suficiente paciencia. Si ella no le quería, tendría que reconocerlo y dejarlo ir. No había más tiempo. Sabía que no estaba contenta con la vida que él llevaba ahora, pero no iba a cambiar solo porque ella no estuviera conforme, él era como era, y así tendría que aceptarlo.

Por fin, ella movió la cabeza de arriba abajo. El relajó la mano poco a poco hasta dejarla libre, y después la besó; dulcemente, despacio y de forma deliberada.

—Te escucharé y después te daré una patada en el culo y te largarás para siempre.

Prometedor... sí, no esperaba menos.

Se decidió a dejarla libre.

Jeremy se levantó despacio, asegurándose de que el olor de sus pieles quedaba mezclado, rozándola con cada movimiento. Se recogió el largo cabello con una goma elástica y se colocó la camisa, aunque no se molestó en abrocharla. Se dirigió detrás de la barra y cogió un botellín de agua.

—¿Quieres algo? —le ofreció.

—Que te largues con tu puta —contestó ella.

Jeremy suspiró y negó con un gesto de cabeza. Seguía sin comprender por qué Roxie odiaba de tal manera a Clare.

¡Por Dios! No era más que su ayudante, él nunca había mostrado el más mínimo interés sexual por nadie que no fuera la Loba. Se conocían desde adolescentes, siempre habían estado juntos y él nunca había estado con otra mujer. Incluso después del divorcio habían seguido acostándose juntos, y con eso a él le bastaba. Aquello era lo suficientemente complicado como para enredarse en nada más.

Roxie lo vio tragar de la botella; la nuez le subía y bajaba en el cuello, unas gotas se escaparon y dibujaron el contorno de su barbilla prominente, mezclándose con gotas de sudor. Si no fuera tan atractivo... seguro que sería más fácil. No, no lo sería. Tenía los pómulos altos y marcados, la boca grande y fina y los ojos de un azul intenso que apenas lucía pupila; salvo cuando se enojaba o se excitaba. Se la bebió entera de una sola vez y se quedó mirando alrededor, como si buscara algo. Ella esperó pacientemente.

—¿Dónde está el contenedor del plástico?

—Jeremy y sus contradicciones, pensó.



—A tu derecha, la puerta verde.

Tras desechar el envase, Jeremy volvió hacia el sofá. Roxie se había vestido de nuevo, se mantenía en forma, era una mujer fuerte, fibrosa, alta si se comparaba con la media, y ese pelo corto con el flequillo rebelde que le cubría estratégicamente una parte de la mirada... su mente viajó en el tiempo, recordando cuando la había conocido.

Era una chica delgaducha y algo torpe, que adoraba estar al aire libre y que se enamoró perdidamente de su moto.

Aquella vieja Indian heredada de su abuelo.

Juntos habían vivido un sinfín de aventuras, habían conocido el amor, descubierto el sexo, y llenado sus días con fantasías de un futuro juntos. Él todavía no sabía qué le había pasado a ese futuro, no entendía por qué no estaban juntos, y no podía aceptarlo.

Pero era el momento de dar un paso adelante, de seguir con su vida y permitirle a ella seguir con la suya.

Su abuelo había muerto hacía poco, pidiéndoles a él y a Byron que resolvieran su vida. Su primo lo había conseguido, de hecho, estaba reconstruyéndola junto a la mujer que amaba; un amor que había costado incluso vidas. Eso eran problemas de verdad, no lo que la Loba decía, él seguía sin comprender qué era tan terrible para que no pudiesen estar juntos. Al fin y al cabo, seguían estándolo a su manera. Pero se había acabado. Esa noche había ido hasta allí para ponerle fin, o estaba con él o no, pero era todo o nada. No valían medias tintas.

Se sentó a su lado, lo suficientemente cerca como para poder sentirla, pero no tanto como para que sus cuerpos se tocaran; si quería mantener la concentración, debía hacerlo así.

La miró directamente a los ojos. Ella le desafiaba con la barbilla levantada y la oscura mirada llameante, le retaba a continuar con la pelea, pero él ya no quería luchar más.

—Lo dejo —la informó fríamente.

—¿Qué? —preguntó Roxie con una pequeña llama de esperanza naciendo en su pecho.

¿Por fin Jeremy se había dado cuenta de lo que el trabajo en el casino y esa... esa...? Pensó en la palabra que una mujer nunca debe dirigir a otra, y se rio por dentro.

Roxie se apretó las manos esperando una explicación más larga que confirmara sus anhelos, y continuó esperando. Su exmarido no era hombre de muchas palabras, nunca lo había sido, cosa sorprendente teniendo en cuenta que era abogado. Sus expresiones eran pocas, pero contundentes, lo había visto en los juzgados y era igual.

—Ya me has oído —concluyó por fin.

—¿Dejas el casino? —indagó ella sin poder disimular la ilusión en su voz.

—¿Qué? ¿El casino? No. ¿Por qué?

Roxie parpadeó varias veces: ¿era posible que ese idiota no se hubiera dado cuenta a esas alturas de cuál era el problema?

—¿Qué demonios tiene que ver el casino con esto? —preguntó Jeremy con genuina extrañeza.

La respuesta era sí, era posible.

Ahora era ella la que estaba confusa. Si no le hablaba del casino, no sabía a qué podía estar refiriéndose. Se armó de paciencia, respiró hondo y miró hacia el suelo.

—¿Qué es lo que vas a dejar? —preguntó.

—¿Por qué has dicho lo de casino? —insistió él —Solo dime qué es lo que dejas —le exigió.

Jeremy se levantó del sofá despacio, no podía continuar sentado, nada de lo que decía la Loba tenía sentido para él.

Se acercó hasta una ventana y miró al exterior, apoyó las manos en las caderas y dejó que las palabras que había ensayado frente al espejo fluyeran con soltura.

—Lo nuestro. Lo deajo. Se acabó. Hemos terminado.

No dijo nada más. Se quitó el anillo que seguía luciendo en el dedo y lo dejó sobre el mostrador antes de salir del local.

## Capítulo 2

### CAMINO INVERSO

El teléfono despertó a Byron sacándolo de un necesario y reparador sueño. Habían pasado dos meses desde que todo acabó y su vida pudo comenzar. El molesto ruido continuaba martilleándole la cabeza, gruñó como si la persona al otro lado de la línea pudiera oírle.

Notó un codo clavarse en sus costillas... qué tiempos aquellos en los que esa mujer le tenía miedo.

—¡Coge el santísimo teléfono! —casi le gritó Candy.

Algunas cosas no cambiaban, finalmente se decidió a estirar el brazo enterrado hasta ese momento bajo la almohada y coger el móvil que descansaba en la mesita de noche.

—¿Sí? —contestó sin mirar quien le llamaba.

—Me ha dejado.

Se sintió aturdido, ni siquiera sabía de qué le estaba hablando la Loba.

—Tendrás que perdonarme si no te sigo. ¿Qué hora es?

—No sé, de madrugada.

—¿Dónde estás?

—En el bar.

—Aún en el bar ¿eh? Bien, repite lo que me has dicho.

—Me ha dejado, Jeremy, me ha dejado.

—Jeremy te ha dejado.

—Sí —afirmó con voz apenas audible.

—Roxie, estáis separados desde hace varios años ya.

—Lo sé.

—Y entonces, ¿qué ha cambiado?

—Que ahora me ha dejado él a mí, me lo ha dicho.

—¿Y no era lo que querías?

—Supongo que sí.

—Pero...

—Nada. En realidad, debería sentirme agradecida.

—Parece que no es así.

Byron notó un movimiento en la cama y escuchó un suave llanto. Su hijo se había despertado y, ya que estaba, pediría comer, en cuestión de segundos el suave murmullo se convertiría en algo parecido a la tercera guerra mundial.

—Encárgate de tu familia, yo...

—¿Estás bien?

—Supongo que sí. Sí, sí, estoy bien.

Byron oyó el monótono tono de corte en la línea, dejó el teléfono, se levantó, se puso el

pantalón del pijama y se dirigió al cuarto del bebé.

Vio a Candy sentada en la mecedora con Angel en sus brazos, mamaba plácidamente.

—¿Quién era? —le preguntó Candace.

—La Loba, parece que mi primo la ha dejado.

—No me lo puedo creer —le contestó ella.

Byron se sentó a los pies de la mecedora disfrutando del momento de intimidad y absoluta dependencia de su hijo y su mujer. Cogió uno de los pies de Candy y comenzó a darle un suave masaje.

—Hum, qué gusto.

—No es tan raro, al fin y al cabo, están separados.

—¡Ja! Jeremy nunca ha creído en eso y, puesto que Roxie sigue por aquí y dejándole hacer, supongo que ella tampoco.

—Es posible. Mi primo no renuncia fácilmente a lo que quiere o tiene. Si ha decidido renunciar a ella quizá sea lo mejor.

—No seas obtuso.

—Ni siquiera sé lo que significa eso.

Candy sonrió, le gustaba jugar al salvaje y la pija, le traía tantos recuerdos... Su hijo se había quedado dormido, lo devolvió a la cuna y le pidió el teléfono a Byron.

—¿Y el tuyo?

—En el mío no tengo el teléfono de Nat, creo que me lo dio en algún momento, pero lo borré en uno de mis arrebatos. Además, si la llamo desde el mío igual no me responde.

Observó cómo Byron la miraba con cara de sorpresa mientras le ofrecía el aparato.

—Y vas a llamar a Nat a estas horas porque...

—Porque Roxie nos necesita.

—Me ha llamado a mí, si me necesitara me lo habría dicho, créeme, la conozco bien.

—Esto es cosa de chicas.

—Roxie no es exactamente una chica.

—¿Ah no? ¿Y qué es si puede saberse? —lo interrogó mientras buscaba en la agenda el número de su enemiga.

—Ella es más como un chico, como mi colega ¿sabes?

—No tienes ni idea —se rio ella.

—Además, tampoco es que ellas dos se conozcan tanto.

—De nuevo te equivocas.

—Pero...

Candy lo frenó con un gesto de la mano.

—¿Pasa algo? —contestó Nat con tono de verdadera preocupación.

—Eso creo —respondió Candy.

—¿Mandy?

Candy puso los ojos en blanco ante los apelativos usados por su amiga-enemiga, el día que la llamara por su nombre se acabaría el mundo tal y como era conocido.

—La misma. Te pongo en manos libres.

—Pero, vosotros...

—No, nosotros no. Es Roxie, Jeremy la ha dejado —le contó mientras se colocaba un vestido fresco y vaporoso.

—No me lo puedo creer —le contestó Nat.

—Créetelo, acaba de llamar a Byron y se lo ha dicho.

—Os recuerdo que están separados —intervino Byron metiéndose de nuevo en la cama. Se quedó apoyado en el cabecero con el torso desnudo, se acarició despacio el pecho de forma provocadora.

—No lo pienses ni por un momento, caballero —le dijo sin importarle lo que pudiera pensar Nat.

—¡Eh! sigo aquí —les informó ella desde el otro lado de la línea.

Byron puso cara de enfado y se cruzó de brazos, Candy se apoyó y lo besó despacio.

—¡Qué asco! —gritó Nat—. Puedo oír cómo saliváis.

—Estaré en tu casa en diez minutos —informó Candy.

La mujer de George colgó sin contestar.

\*\*\*

Roxie se había quedado muda, no había sido capaz de responder o atacar.

Simplemente, se había quedado cerca de media hora mirando a la puerta trasera por la que su exmarido había salido de su vida. Sin gritos, sin peleas, sin discusiones, se había ido sin más. Lo conocía lo suficiente como para saber que sería así, y probablemente fuera lo mejor, pero no podía entenderlo.

Salvo por esa llamada. Esa maldita llamada. ¿Era posible que hubiese ido allí solo para echar un polvo de despedida? Su Jeremy no era así. No, el suyo no, pero este, este... no lo sabía, ya no lo conocía, ¿habría cambiado tanto?

Estaba segura de que tenía algo con la rubia, probablemente lo había llamado para asegurarse de que terminaba con ella. De repente sintió la rabia inundando sus venas, lucharía, pelearía por él, esa no iba a salirse con la suya.

Se agarró el flequillo con ambas manos y tiró de él hasta dejarlo de punta, luego se tapó la cara con las manos y evitó, a base de tesón y orgullo, que las lágrimas cayeran. Se puso en pie y comenzó a pasear por el bar, llegó hasta un taburete, lo alzó y lo estampó contra la puerta de entrada.

No, no lo haría. Él tenía razón, todo eso no los llevaba a ninguna parte y debía acabar.

Cuando llamó a Byron solo pretendía decir en voz alta lo que había pasado, quería escucharse decirlo para creerlo, o tal vez lo que esperaba era que su amigo le dijera que no pasaba nada, que no era real, pero no, claro, Byron conocía bien a Jeremy y sabía que, si había tomado esa decisión, la llevaría a cabo.

Unos tímidos golpes en la puerta trasera interrumpieron sus pensamientos.

No era él. Jeremy no golpeaba tímidamente. Arrugó el entrecejo para concentrarse en los sonidos. Escuchó susurros, susurros de mujer. Mujeres, se corrigió, varias. Agarró el bate de béisbol que guardaba detrás de la barra y fue hacia el sonido. Los golpes sonaron algo más fuertes.

—Abre, Roxie. Somos Sandy y Nat.

—Eres ridícula.

—¿Tú crees, Barbie?

—A freír espárragos.

—Oh, qué horror, es terrible eso que me has dicho.

La puerta amortiguaba el sonido de la discusión, pero Roxie las imaginaba perfectamente, esas dos parecían un dúo cómico. No tenía ni idea de qué podían estar haciendo allí a esas horas. Abrió la puerta y se apoyó en el bate.

—Señoras, ¿saben qué hora es? —les preguntó.

Ellas no se pararon a contestar, entraron como en tropel y cerraron la puerta, seguían con sus puyas. De repente Candy le dejó un bote de helado de chocolate en las manos y Nat le dio un gran abrazo con ese minúsculo cuerpecito suyo que apenas le llegaba a la barbilla.

—¿Se puede saber qué os pasa? —les preguntó.

—A nosotras nada, venimos a apoyarte a ti —respondió Nat, a la vez la cogía de la mano y la llevaba hasta uno de los sillones, donde se sentó a su lado.

Mientras tanto, Candy había encontrado tres cucharas en un recipiente sobre la barra y se había acercado hasta ellas, le cogió el helado de las manos lo destapó y volvió a dárselo junto con una cuchara.

La intención de Roxie era echarlas, pero la verdad era que comerse ese helado y maldecir a Jeremy y su fulana era lo que más le apetecía en el mundo.

—¡Es un cabrón! —soltó a bocajarro.

—Un cerdo egoísta y sin escrúpulos —confirmó Nat.

—Tal vez, aunque... —protestó Candy. Las otras dos la miraron con rabia contenida en los ojos.

—Lo es, sin duda, lo es —confirmó finalmente.

—Es que lleva años mareándome y ahora de repente se acabó. ¿Por qué? ¿Porque él lo diga? ¿Ahora? ¿Porque él lo ha decidido? ¿Y yo? ¿No cuento?

—Pues claro que cuentas, hermana, esto no termina hasta que tú lo digas —reafirmó Nat.

—Tal vez... —intentó mediar de nuevo Candy. Recibió otra mirada asesina—. Vale, pues nada, lo que digáis.

—Necesito algo más fuerte, ¿queréis una copa? —En realidad no fue una pregunta. Roxie se levantó y se sirvió un chupito de Jack Daniels.

—Llámale y dile que esto no se acaba hasta que tú lo digas.

—Nat, para ya —intervino Candy.

—No, es buena idea —aseguró Roxie cogiendo el teléfono.

Roxie escuchó varios tonos antes de que la voz grave de Jeremy saliera por el auricular.

—Jeremy Hunter —contestó.

—Ya sé quién coño eres, te he llamado yo, por una vez podrías mirar el identificador de llamadas, no es tanta molestia.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Como si te importara. ¿Estás con tu puta rubia? —le soltó a bocajarro, ganándose la aprobación de Nat y la mirada recriminatoria de Candy.

Pasaron un par de eternos minutos de silencio.

—Solo voy a decirte esto una vez. Nunca más. La única mujer a la que he querido, a la que he necesitado en mi cama y fuera de ella, no me quiere como soy, está enamorada de un chaval que ya no existe. Es la única mujer a la que he tocado, la única a la que le he hecho el amor en toda mi vida. La única a la que he querido hacérselo. Pero ni siquiera por ella voy a dejar de ser quién soy. No he sido capaz ni de besar a otra, he vuelto una y otra vez a por las migajas que me dabas, sabiendo que no me quieres, sabiendo que me rechazarías al momento. Pero ya no puedo más, cuando he ido esta noche quería hacerte entender que podemos resolverlo, iba a darte a elegir, conmigo o sin mí, pero en cuanto he salido de ti me has atacado como siempre y he decidido ponerle fin. Ambos tenemos que aceptar que no me amas. No culpes a la rubia, o a cualquier otra cosa, se trata de que nosotros, ya no somos nosotros, ahora tú eres tú y yo soy solo yo.

—Yo...

—Has sido la única mujer para mí, pensé que serías para siempre, parece que me equivoqué.

Te amo. Adiós. —El odioso zumbido sustituyó su maravillosa voz.

Roxie, aún con el teléfono en la mano, se dejó caer al suelo, le temblaban las rodillas, y entonces sí, lloró.

Sus amigas se arrodillaron a su lado y la abrazaron.

—Nunca... nunca... le había... nunca... había dicho... tanto... tantas... palabras... — balbuceó entre sollozos.

## Capítulo 3

### LA VIDA SIN TI

Recibió el paquete de manos de Clare, no pesaba mucho. Lo mandaba George, podía ser cualquier cosa, pero no imaginaba qué; las pocas veces en que habían hablado se limitaban a discutir si aceptaba o no el caso de la chica violada. Por lo menos con él no hablaba de Roxie, que era de lo que siempre terminaba hablando con Byron, o con Candy ya puestos, La rubia lo llamaba todas las semanas, le preguntaba cómo estaba él y, como al descuido, le mencionaba a la Loba.

Desde que había vuelto a Oklahoma, no terminaba de encontrarse bien, se sentía cansado, mareado, no tenía apetito, había adelgazado varios kilos, y en ese instante, eso. La llamada de George lo sacó de la fiesta de autocompasión en la que estaba inmerso.

—Jeremy Hunter.

—Soy George.

—Lo sé, he visto tu nombre en la pantalla y la respuesta sigue siendo: no.

—Aún no te he preguntado nada.

—Hazlo para que pueda colgar sin parecer un maleducado.

—Ya, claro. En fin, ¿has visto el libro?

—Lo tengo en la mano, pero ni siquiera sabía aún que es un libro.

—Genial, te dejo, llámame cuando lo veas. —Colgó sin más.

Estaba claro que tramaba algo.

Desgarró el papel y fijó la vista en el título: era aterrador.

George volvía a pedirle que se hiciera cargo de la acusación privada, en el caso de violación de la chica india por un grupo de estudiantes blancos privilegiados. Esta vez de una forma que probablemente pensara que era sutil; desde luego, no lo era, pero sí efectiva, mucho.

Para ello tendría que trasladarse de nuevo a Houston, hacía ya un par de meses que se había ido, no había vuelto a hablar con la Loba, era la primera vez que pasaban tanto tiempo sin verse. La echaba tanto de menos que cada día estaba a milímetros de echarse atrás y rogarle que lo aceptara de nuevo, aunque fuese con sus condiciones. En breve llegaría la Navidad, ese período del año en que su mujer, no, su exmujer, se volvía loca, le encantaba comprar regalos, envolverlos y cocinar, era algo que no hacía el resto del año y que, además, no se le daba bien, pero él no era capaz de decírselo, se comía las harinosas galletas hasta no dejar migas.

Ya no tendría que volver a hacerlo, y eso dolía, cómo dolía...

Incluso el primer año tras la separación ella le mandó un paquete con algunos dulces navideños y él los devoró como si se tratara de manjares.

Una vez más no dejó ni una miga, y cogió el primer avión en el que encontró plaza para poder ir a su encuentro y expresarle su agradecimiento. Acabaron haciendo el amor, y él pensó que se habían reconciliado. Qué equivocado había estado: nada más terminar, cuando se disponía a



llamar a Clare para decirle que se tomaba unas vacaciones, Roxie lo echó de su casa. Y así habían pasado los años.

Abrió el libro que George le había enviado y él había dejado olvidado sobre la mesa mientras se perdía en sus recuerdos. El ranger no era un hombre que aceptase un no por respuesta, por lo menos sin presentar antes una gran batalla. *¿Qué le digo a mi hija cuando la violen?* En la portada se veía el dibujo del rostro de una mujer india con la mirada perdida. Lo dejó de nuevo sobre la mesa, notó que le temblaban las manos.

Trabajar en ese caso sería enfrentarse a una realidad que había enterrado hacía mucho tiempo. Por lo menos lo había intentado con todas sus fuerzas, a pesar de que cada vez que se miraba al espejo veía la parte de él que no debería existir. Su madre siempre le decía: «sería tan fácil quererte si tuvieras los ojos oscuros... entonces, podría olvidar.» Tardó mucho tiempo en saber a qué se refería su madre, fue su abuelo el que se lo contó, dijo que debía saber por qué su madre lo rechazaba aun queriéndolo con locura.

Su abuelo... Lo echaba tanto de menos; desde bien pequeños él y su primo se habían refugiado en los brazos de Búho Rojo, aprendiendo de su sabiduría y compartiendo con él sus travesuras, también habían sufrido sus castigos. Y en ese momento ya no estaba, y él se sentía verdaderamente solo. Byron tenía una familia a la que cuidar, él debía conformarse con el casino.

No se pudo resistir y volvió a coger el libro, lo abrió de forma aleatoria y una hoja cayó sobre su regazo, en ella, una entrevista en *The Guardian* describía a la perfección todos los sentimientos reprimidos de las víctimas y la resignación ante una situación extremadamente anómala.

*«“La sensación. . . No puedo ni siquiera empezar a explicar cómo me hizo sentir eso. No dijo ‘si la violan’, sino ‘cuando la violen’”, relata Asetoyer, de la tribu comanche. Somos conscientes de lo grave que es el problema en la comunidad de nuestra reserva, pero cuando alguien te lo plantea así, te das cuenta de que es incluso peor de lo que pensabas».*

Apretó la mandíbula y continuó leyendo. En un momento dado, no sabía cuánto tiempo después, entró Clare en el despacho.

—Jeremy, es tarde, deberíamos irnos, mañana a primera hora tenemos una reunión con el resto de los accionistas —le recordó.

—Ve tú, a mí aún me queda un rato —le contestó él, sin levantar la mirada del libro.

Ella, en vez de marcharse, cerró la puerta, se acercó a la mesa y se sentó en una esquina, la más cercana al lugar en el que Jeremy estaba acomodado, de forma que sus nalgas quedaban al alcance de los dedos masculinos. Él ni siquiera se enteró de la sutileza. Hacía años que trabajaban juntos, los mismos que llevaba ignorándola, por lo menos en ese sentido, pero al final tendría que arrastrarse rogando ante ella, lo conseguiría.

—¿Quieres que te ayude con eso mientras tomamos una copa? —le preguntó con voz insinuante.

—Sabes que no bebo alcohol. —De nuevo, no dejó de leer; de nuevo, la ignoró.

Ella contraatacó con un estudiado cruce de piernas que hizo que la ya de por sí corta falda, subiese hasta lucir sus perfectos y torneados muslos.

—Está bien, yo me serviré una copa y a ti te pongo... ¿zumo, agua?

—Nada, gracias. Baja de la mesa, te he dicho en otras ocasiones que no me gusta que invadas mi espacio, no me gusta que lo haga nadie.

—Tienes razón, perdona, no me he dado cuenta. —Se bajó apoyando la mano en el hombro de él, y rozándose durante todo el trayecto.

—Ya. —En ese instante sí levantó la mirada del libro y la clavó directamente en los ojos de ella, que se colocaba la falda con esmero—. Mira, entre tú y yo no va a pasar nada, somos compañeros de trabajo y nada más.

—¿Por qué nos niegas esto? —se atrevió a encararlo ella—. Ya no estás con la española, sé que hace dos meses que no la ves, tienes que empezar a vivir.

—Eso no es asunto tuyo. Te agradezco la preocupación, pero preferiría mantener las cosas entre nosotros en el terreno profesional. —Dejó el libro sobre la mesa y giró la silla hasta quedar frente a ella.

—Nunca habías sido tan... brusco conmigo —se quejó ella, mientras seguía con su juego de seducción, echando la melena hacia atrás.

—Quizá debí serlo antes.

—No lo entiendo. ¡Ya no estás con ella! ¿Por qué no quieres que lo intentemos? —le exigió gritando.

—Estás perdiendo los papeles y me estás incomodando, Clare.

—Lo siento. —Hizo un puchero con sus carnosos labios y dio un par de pasos acercándose a él.

—Para. ¿Cómo sabes que no estoy con mi mujer?

La mujer se sintió acorralada, había hablado más de la cuenta, lo tranquilizó como pudo.

—Eh... lo imagino, ya no vas a verla, ni la llamas.

—No puedes saber si la llamo —le contestó él levantándose y mirándola de forma acusadora.

—Tienes razón, tal vez sigas con esa enfermiza relación, perdóname. Es solo que yo... tenía la esperanza... ¡Oh, vamos! No pongas esa cara, de sobra sabes lo que siento por ti. —Lágrimas de rabia escaparon de sus ojos y se dio media vuelta para marcharse antes de ponerse más en evidencia.

Jeremy nunca la había visto llorar.

Clare era una de las personas más duras que conocía, por eso era tan buena en su trabajo; no le daba vergüenza reconocer que le dejaba manejar los casos más duros, las peleas con los tipos más difíciles, era muy buena en eso, los hacía caer de rodillas con esa mezcla de seducción y crueldad. El mundo de los casinos no era para débiles de alma y él lo era un poco, o tal vez mucho, por eso la necesitaba, pero no la quería, en absoluto, a pesar de lo que pensara Roxie. No obstante, esas lágrimas le hicieron flaquear. La frenó cogiéndola por el codo, fue un error.

Ella se volvió con rapidez y se echó en sus brazos, apretándolo con fuerza.

Jeremy titubeó, aunque terminó por devolverle el abrazo. La chica aprovechó la nula distancia física entre ambos para, levantando la cabeza, tomar sus labios. Kawosa se separó con brusquedad, empujándola de forma que la hizo trastabillar. Él no tuvo compasión, se limpió la boca con la manga de la chaqueta y la miró con todo el desprecio que pudo acumular.

—Si vuelves a intentar algo así, no te molestes en volver por aquí —la amenazó.

Ella se irguió, se limpió las lágrimas y se chupó los labios con fruición, una espeluznante sonrisa curvó su boca en una grotesca mueca depredadora.

—Eso no depende solo de ti, querido Jeremiah Hunter.

—¿Estás loca?

—Tal vez. Has estado muy ausente este último año, muchas cosas han cambiado.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Ya lo averiguarás.

Salió casi a la carrera tras pronunciar esa última frase.

Jeremy se sentó en el sillón y apoyó la cabeza en las manos. Con que eso era lo que se sentía cuando te acosaban: impotencia, rabia, asco... Tenía que echarla antes de que todo eso se le fuera de las manos, pero la realidad era que la necesitaba, había llegado a depender de ella casi totalmente en el casino. Y aunque aún no lo hubiese dicho en voz alta, ya había decidido ir a Houston a participar en el juicio contra los capullos que violaron a la chica.

Esa era una buena solución, él pondría distancia entre ambos y las cosas se calmarían, tal vez se obsesionase con otro, quizá él y la Loba... no, eso no.

Volvió a apoderarse del libro y siguió leyendo, apenas unas páginas, un tratado de actuación que daba por hecho la violación; algo práctico, casi un manual de uso. Sintió terror ante una situación olvidada por tantos años.

Cuando lo terminó le dolía la espalda, no había cenado, pero no sentía apetito.

Solo tenía hambre de una cosa: venganza. Buscó el expediente del caso que le diera en su día George y continuó leyendo. El amanecer lo descubrió aún en el despacho, tomando notas, con una botella de bebida energética prácticamente vacía, los ojos inyectados en sangre y un dolor punzante en el pecho. Miró el Rolex que lucía desde hacía años; las siete, le pareció que era una buena hora para despertar al ranger.

Hasta el quinto tono no contestó una somnolienta Nat; la pelirroja del Demonio.

—Hum... ¿sí?

—Aquí Jeremiah Hunter, quiero hablar con George. —Pasó un minuto entero sin que ninguno de los dos dijera nada.

—¿Vas a aceptar el caso? —le preguntó ella al fin.

—Confidencial —fue toda su respuesta.

—Venga ya, eso no es confidencial.

—Dile a George que se ponga, Nat.

—Eres el tipo más antipático de la historia, no entiendo cómo puede estar Roxie... —Se calló de repente, como si hubiese estado a punto de meter la pata.

—Cómo puede estar Roxie, qué —insistió él.

—Nada, no he dicho nada. Te paso con George, debe estar en la cocina con Nina.

—Vaya, siempre usando tantas palabras y, por una vez que me interesa lo que dices...

—Repito, eres un capullo.

—No dijiste capullo, dijiste antipático.

—Ambas.

Siguieron dedicándose lindezas hasta que Nat llegó a la cocina, donde su marido y su hija preparaban el desayuno.

—Hoy has madrugado, pelirroja.

Oyó que decía George. Tras un silencio escuchó a Nat.

—Me ha despertado don Estúpido en persona, ¿no habéis oído el teléfono?

—Eh... no, Nina estaba con la batidora. Dame.

Nat le dio el inalámbrico y se acercó a su hija. George sabía quién era don Estúpido: Jeremy, si hubiese sido Justin su pelirroja habría dicho don Infeliz.

Salió al jardín para poder conversar con tranquilidad.

—¿Te has decidido? —No se molestó en saludar.

—Lo voy a hacer.

—Eres el mejor, contigo tenemos alguna oportunidad, estoy seguro.

—Supongo que sabes que con el tribunal federal jugamos con desventaja.

—El ayudante del fiscal que va a llevar el caso es un cabrón de mucho cuidado, entre los dos los vais a machacar. Y, no te ofendas, pero el tribunal nativo no es que tenga muchos recursos.

—¿Y quién reparte los recursos? —George no contestó, no era necesario—. Yo trabajo solo —continuó Jeremy.

—Y él también, por eso vais a ser el mejor de los equipos.

—¿Quién es?

—Stuart Lyon.

—¿El cabrón que intentó encerrar a mi primo?

—El mismo, es un hijo de puta, pero es el mejor hijo de puta cuando lo tienes de tu lado.

—George, ¿me lo estás poniendo difícil porque te divierte?

—Créeme, lo que pasa con las mujeres nativas en todo el país no me divierte. No es solo un problema de nuestra zona. Allá donde voy me encuentro casos como el de Lucy, a ella le pasó aquí, en Houston y con universitarios, pero pasa igual con el personal de las plataformas, o con los rancheros de las zonas que rodean las reservas. Es como si pensaran que tienen derecho.

—Lo hacen porque pueden hacerlo, George, les sale gratis, son muy pocas las condenas, y muchas las desapariciones sin investigar. Además, aunque tú no lo hayas dicho, soy consciente de que entre nuestro pueblo el alcohol, las drogas y la pobreza las ponen en una situación vulnerable.

—Las drogas y el alcohol nos afectan a todos, no vamos a acabar con ello, pero podemos hacer algo con este caso en concreto. Necesito que os entendáis, lo necesita Lucy.

—Cuenta conmigo. Estaré en Houston mañana, te mando los detalles en un mail.

—Gracias, Jeremy.

## Capítulo 4

### EN HOUSTON

Jeremy había dejado de nuevo a Clare a sus anchas en el casino, manejando, cual reina de las nieves, la situación.

Jeremy sabía que tenía a la comisión de juego detrás desde hacía tiempo, suponía que el Consejo tribal no estaba contento con sus decisiones, pero últimamente ese mundo le estaba asfixiando. Un mundo que le había costado mucho crear.

Siempre quiso tener poder y dinero.

Deseaba luchar, sí, pero desde una posición ventajosa, solo que, desde esa misma posición, cada vez era más difícil la pelea. Sus intereses chocaban con los de su pueblo constantemente. Aun así, gran parte del dinero que conseguía iba a parar a las arcas de la reserva de Oklahoma, una de las más prósperas del país. La ley les obligaba a destinar el sesenta por ciento de las ganancias a la ayuda en la prosperidad de la nación india, muchos intentaban escatimar esa cantidad, a menudo se veía obligado a pelear con sus socios para seguir el porcentaje legal, pero casi siempre conseguía imponerse.

El avión comenzó a descender, habían llegado al aeropuerto, escuchó a sus hombres murmurar. Joseph Breakbones estaba maldiciendo, por más que hubiese volado con él en más de cien viajes, continuaba odiando hacerlo. Era un tipo muy grande y nativo, como todo su personal de seguridad, llevaba dos trenzas negras a la antigua y vestía impecable traje con corbata y sombrero bombín, le gustaba calzar mocasines y portar grandes gafas de sol oscuras que en ese momento ocultaban su miedo al instante en que el aparato se posaba sobre el suelo.

—Rompehuesos, ¿ya te has cagado? —preguntó Canek.

Canek era de origen Maya, el más bajito y delgado, el más peligroso.

Tenía los ojos negros y rasgados y la piel más oscura que el resto. No tenía apellidos conocidos, su nombre significaba serpiente negra, todos consideraban que le venía como anillo al dedo. El pelo le caía hasta la cintura, se le ondulaba de forma que desde atrás podía parecer una mujer. Su fea cara y la cicatriz que la marcaba de arriba abajo estropeaba el conjunto. Le gustaba presumir de que conocía más de cien formas de matar sin dejar huella.

A su lado, escuchaba música con unos cascos, Johnny Guitar. Johnny era de las tribus del norte, fue a parar a su casino en un viaje mochilero y se quedó junto a él. De eso hacía ya seis años, todos los días le decía que se iría al día siguiente.

Solía llevar una guitarra a cuestas, por lo que alguien, hacía ya mucho tiempo, le apodó Johnny Guitar. Adoptó el mote como suyo, ya que correspondía a uno de los pocos westerns que le parecían buenos, magnífico en realidad. Nombre real desconocido, vida anterior inexistente. Le recordaba bastante a Byron: guapo, atlético, libertino, sin ataduras y sin reglas.

La auxiliar les dijo que ya podían desabrochar los cinturones. El juego comenzaba. Se volvió para ver cómo Breakbones recuperaba el color poco a poco, mientras Canek le increpaba sin

reparos.

—¿Estás seguro de dónde te estás metiendo? —le preguntó Johny.

—Os dije que, si queríais quedaros, no os lo impediría.

—Como si me importara lo que tú quisieras. Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando.

—Limitate a vigilarme la espalda, es para lo que te pago.

—Claro , *jefe* —remarcó la palabra de forma que la hizo parecer ofensiva.

—Johny, sé lo que me hago.

—Claro , *jefe* —repitió.

—Di lo que tengas que decir.

—Cuando volvamos a Oklahoma, tu ayudante se habrá comido todo el pastel y a ti te estarán esperando los de la comisión con unas bonitas esposas, o los grandes jefes del consejo con una patada en el culo.

—Es blanca, no puede hacerse con el control del casino. Juego con ventaja. Además, tengo el control de las acciones.

—Puede, si se casa con uno de los viejos.

—Deberías dejar de ver tantas películas.

—No sería la primera vez que lo hace, que se lo pregunten al difunto señor Dumont.

Jeremy le miró con mala cara, el difunto señor Dumont había sido el anterior director y dueño de gran parte de las acciones del casino. Y fue también el marido de Clare, y el medio por el que ella había llegado hasta la cima, pero también era el que lo había llevado allí a él, así que poco tenía que decir al respecto.

—Déjalo ya, Johny, tú y yo nunca nos vamos a poner de acuerdo en ese tema, tu tendencia a pensar mal de todas las mujeres no es buena.

—Tan solo contéstame a una cosa.

—Está bien, y luego se acabó el tema.

—Se miraron pactando en silencio.

—¿Ha dejado de importarte el casino? —No esperaba esa pregunta.

Siempre había querido todo lo que le proporcionaban sus negocios: el poder, el dinero, la seguridad, el respeto, el miedo... Pero ya no estaba seguro de nada. Desde que decidió alejarse de la Loba se sentía perdido, y todo lo que hasta ese momento era nítido en su vida comenzaba a tambalearse.

Una patada en el respaldo de su asiento le sacó del ensimismamiento.

—¿Queréis mover el culo? —Serpiente había hablado, tenía que contestar y ponerse en marcha.

—No —mintió para zanjar el asunto —. Y ahora muévete antes de que Canek nos mate a ambos.

—Que se joda Serpiente y jódete tú también, me estás mintiendo. —Se levantó enfadado y fue hacia la puerta de salida, que estaba ya más despejada.

—Y a ese ¿qué le pasa? —preguntó el Maya.

—Y yo qué coño sé. Despierta a Joseph, si quieres que salgamos de aquí en algún momento de hoy.

\*\*\*

Habían recogido el equipaje y esperaban pacientemente a que lo revisaran, se habían acostumbrado a estar siempre en la lista aleatoria de las comprobaciones de seguridad. En ese momento sus hombres sacaban sus permisos y licencias. George se acercó desde el otro lado, iba

de uniforme para simplificar las cosas y le acompañaba el estirado ayudante del fiscal con un traje igual de relamido que el suyo propio, pero con zapatos relucientemente negros. Junto a ellos, un mandamás del aeropuerto que se dirigió a los guardias del aeropuerto. Rápidamente cesaron las pesquisas y les dejaron continuar.

—Jeremy. —George le ofreció la mano, a modo de saludo.

—No te gusta perder el tiempo, ¿eh?

—afirmó Kawosa, aceptando el acercamiento.

—No tenemos tiempo que perder —intervino el ayudante del fiscal, ofreciéndole también su mano.

Jeremy lo miró, pero no hizo amago de corresponder.

—Solo tenemos que trabajar juntos, no es necesario que seamos cordiales, no tengo intención de tocar a un *sari* del estado.

—¿Y eso qué significa? —le preguntó Stuart a George.

—Hum, no lo sé —mintió mientras miraba con dureza a los indios que se reían sin disimulo.

Una joven pequeña de pelo negrísimo y rasgados ojos oscuros salió de detrás de una montaña de hombres que igual que ellos vestían caros trajes. El moño que portaba encima de la cabeza debía pesar más que ella, era apenas un suspiro; un soplo. Incluso con los elevados tacones no llegaría al metro sesenta.

—Señor Hunter, los perros del estado estamos entrenados para matar, debería medir mejor sus palabras. —La chica le cogió la mano sin darle opción a negarse.

—Y tú eres...

—La persona que va a conseguir que el *sari* y el coyote se entiendan —le contestó moviendo el brazo enérgicamente, había fuerza en ese pequeño miembro.

—Me gustan los perros —contestó Stuart.

La joven miró a los tipos que acompañaban al todopoderoso Kawosa y divisó rápidamente al que era su mano derecha.

—Será mejor que nos pongamos en movimiento, tanto traje caro está llamando la atención. — Agarró del brazo a Johny y lo guio a la salida. Los demás les siguieron.

Fuera, más hombres de traje custodiaban enormes Chevrolet Suburban.

La joven se subió a uno con su amigo y desapareció rápidamente, en otro subieron Canek y Joseph, él subió con George y Stuart en el tercero, detrás había otros dos repletos de hombres y mujeres.

—No te ofendas, Stu, pero ¿desde cuándo gastamos tantos recursos en la violación de una chica india? —No era una pregunta, era una acusación.

—El caso es muy complicado, para serte sincero lo evité con todas mis fuerzas, pero tu amigo es... por decirlo de alguna manera, muy insistente. Una vez dentro, lo pongo todo, especialmente porque, aun así, tenemos muchas posibilidades de perder, y puede que algo más que el caso.

—¿Has recibido amenazas?

—Por supuesto. Pero no tengo trapos sucios, ni familia, ni amigos, como bien supondrás, no hay mucho con lo que chantajearme. ¿Cuál es tu situación?

—Mi mujer les daría la pistola con la que acabar conmigo —le contestó.

—No seas gilipollas, Jeremy —le increpó George—. La Loba está protegida las veinticuatro horas del día. Además, es una de las mejores tiradoras que puedas echarle a la cara y pelea mejor que la mayoría de los hombres.

—¿Nadie más? —indagó Stu.

—Al resto de mi familia ya la conoces —le provocó, al fin y al cabo, había estado a punto de

meter en prisión a su primo.

—No creo que vayan a por Byron, pero cuida de tu mujer —le contestó. Si se sintió incómodo por la situación, no lo pareció.

—Y ¿qué pasa contigo, George? La pelirroja es un grano en el culo y seguro como el infierno que mete su curiosa nariz en todo el asunto. —Jeremy sabía cómo se las gastaba la mujer del ranger, estaba seguro de que les daría problemas.

George sonrió. De hecho, ya lo estaba haciendo: quería reunir a su grupo de Amazonas para ir a darle una paliza a los niños malcriados; no obstante, la cosa se iba a poner fea y, si tenía que deshacerse de ella, lo haría.

—Si es necesario la mandaré a España. De todas formas, yo no estaré en el centro del huracán, mi trabajo sigue siendo crímenes sin resolver. Os ayudaré en lo que pueda, pero es cosa vuestra.

—Tenemos al hijo de un juez federal, al hijo de un congresista, a otros cuatro niños ricos y a un facilitador, un... —Jeremy apretó la mandíbula antes de dejar que escapara de su boca la ignominia— un indio, nuevo rico, deseoso de encajar en ese apestoso mundo.

—Él era el novio de la chica. Cuando los otros empezaron a *bromear*, él se rio y se la ofreció, y todo lo demás debemos esperar a que nos lo cuente ella, hay que escucharla —resumió George.

—La vamos a asustar —se opuso Jeremy.

—Yo ya he hablado con ella. Estará George, es en el que confía; estarás tú y también Kin, la chica que has visto antes. Si quieres que esté... ¿cómo se llama el que ha ido con Kin?

—El hombre al que tu chica prácticamente ha secuestrado para que nos quedáramos a solas se llama Johny Guitar.

El ayudante del fiscal levantó una ceja, suspicaz.

—Bien, pues dependerá de Lucy que también él esté presente.



## Capítulo 5

# SENDEROS

Se arrebujó bajo la manta, comenzaba a hacer frío. Le encantaba la época del año previa a la Navidad. Dentro de poco comenzaría a comprar regalos y decorar, tanto el bar como la casa. Sus padres habían sido católicos y, a pesar de que vivía en Estados Unidos desde hacía muchos años, seguía con esa tradición; cuando estaba casada con Jeremy, él solía ayudarla, y después, se implicaba siempre de algún modo. Pero ese año sería diferente, ahora estaban separados de verdad, y ella tenía gripe por primera vez desde que era una adolescente.

El timbre del teléfono comenzó a sonar. Lo descolgó con pereza. Escuchó su propia voz, normalmente ronca, casi de ultratumba.

—¡Prepárate!

—Nat, ten compasión de mí, estoy enferma, ¿puedes bajar un poco tu nivel de energía?

—Se te oye como si estuvieras muerta.

—Eso es porque lo estoy, casi.

—No importa, ahora solo importa una cosa.

—Tampoco tengo ganas de jugar a las adivinanzas.

—Está aquí.

—¿Quién?

—Tu ex.

Roxie se incorporó de golpe, la manta cayó al suelo y, con mano temblorosa, dejó la taza de té sobre la mesilla.

Kawosa había vuelto, no había estado por allí ni tampoco había llamado desde que se despidió. Sabía que George había intentado que le ayudase con el caso de la chica indígena, pero pensó que nunca aceptaría, ese ya no era Jeremy, sus luchas ahora eran más a golpe de talonario y poder. Seguía siendo un ídolo para los nativos, por las confrontaciones que había mantenido anteriormente y por el dineral que seguía dejando caer en la comunidad, pero hacía muchos años que no bajaba a pelear a las cloacas. Ese era Kawosa, el hombre del que se enamoró perdidamente. El chico del que se enamoró perdidamente, en realidad.

—Roxie, ¿sigues ahí? —La pelirroja interrumpió sus pensamientos.

—¿Ha venido por el caso?

—Sí, pero no tardará en ir a verte, ya lo verás.

—¿No tardará? ¿Cuándo llegó? —Estaba allí y no la había llamado, ni la había visitado en el bar. Una señal más de que esa vez era para siempre, eso la hizo sentir peor de lo que lo hacía la fiebre.

—Estuvieron unos días en Houston y ahora está aquí, en Wellstone.

—¿En el hotel?

—No, en casa de Candy. Si Jack levantara la cabeza, se moría otra vez, sin duda.

—Ya, claro, es normal, está con su primo. Pero Byron no me ha dicho nada y he hablado con él hoy mismo. ¿Estás segura?

—Segurísima. Oye, ¿te estás alimentando bien? ¿Quieres que te lleve un caldo de pollo o algo así?

—Me he pedido una pizza.

—Deberías tomar caldo —se quejó Nat.

—Ya.

—¿Te duele? —quiso saber.

—Un poco la garganta, pero es más malestar general y fiebre.

—Me refiero a que no se haya puesto en contacto contigo.

Tardó un poco en contestar, porque prefería negarse la verdad incluso a ella misma. Finalmente se sinceró, quizá la fiebre la hacía hablar de más, no lo sabía, no solía estar enferma.

—La verdad es que sí, mucho, demasiado. Tal y como me recuerda Byron, es mi elección.

—¿Quieres que vaya al rancho Shaw a ver qué se cuece? —le ofreció.

—Eres un tormento, pero la mejor y más leal de las amigas.

Un mensaje sonó en su móvil. Era Candy.

CANDY\_17:45

Me ha dicho Byron que estás con gripe, he preparado caldo de pollo, te lo llevo en cinco minutos.

—Candy me acaba de mandar un mensaje.

—¿Te ha dicho lo del estúpido?

—No es estúpido.

—No claro, contigo no, contigo solo es un capullo. ¡Hombres! Le voy a dar una buena a Mandy por no decirte que está aquí.

Habían pasado varios años desde que Candy y Nat se conocieron, a pesar de haber forjado una gran amistad seguían comportándose como el perro y el gato.

—Gracias por llamar, Nat. Voy a tomarme algo para el dolor de cabeza y a acostarme en cuanto me zampe la pizza. Mañana hablamos.

—No sufras por él, estoy segura de que recapacitará y, además, lo estará pasando fatal por no ir a verte. Se lo merece.

—Gracias, pelirroja.

—¡Serás capulla! Yo que te llamo... —Roxie le colgó con una sonrisa en los labios.

Nat siempre terminaba haciéndola reír.

Sonó el timbre de la puerta y, antes de abrir, le mandó un mensaje de vuelta a Candy, la verdad era que estaba algo resentida con ella. Debería haberle avisado de que Jeremy estaba aquí.

¿Acaso no eran amigas? ¿No era eso lo que hacían las amigas?

ROXIE\_17:55

«Gracias, no hace falta, acaba de llegar mi pizza.»

Dejó el móvil sobre la mesita de café con desgana y se arropó bien con la manta, como si fuera una bata. Se sonó con fuerza los mocos de la nariz y tiró el pañuelo a la papelera que había dejado al lado del sofá.

Abrió la puerta y vio al chico de las pizzas. Era tonta, había llegado a pensar que era él, sí, como en las novelas, solo que no era una novela; él llevaba aquí varios días y no se había interesado por ella. Cogió el paquete, lo dejó sobre un mueble, pagó al joven y cerró la puerta.

Apenas había dado un paso cuando recordó que no le había dado propina, rebuscó por el cajón de la consola de la entrada y cogió lo primero que vio, un billete de diez, excesivo, pero se

lo merecía por tener que haberla visto con esa cara. Abrió la puerta de golpe y se chocó con una fuerza inamovible. Un cuerpo, un hombre, bastante más grande que el pobre chico. No pudo reconocer el aroma, su olfato estaba totalmente atrofiado, pero su tacto... era él, con varios días de retraso, pero ahí estaba.

Jeremy tuvo que agarrarla porque había perdido la estabilidad al caer sobre él. Se la veía terrible, la nariz roja, los ojos llenos de lágrimas, la piel pálida y sudorosa. Candy estaba en lo cierto, su Loba estaba enferma. Se había propuesto no ir a verla expresamente, tal vez coincidir con ella de manera accidental, o si iba al bar con su primo o algo así, pero al saber que se encontraba tan mal como para no ir a trabajar, no lo pudo resistir, cogió la sopa de las manos de Candy y fue directo a su casa.

—Será mejor que te eches en el sofá, tienes mal aspecto.

Ella quiso separarse de él bruscamente, en el intento le estornudó encima. Sacó del bolsillo un pañuelo de papel y se lo restregó por la pechera del abrigo.

—Lo siento, te he manchado.

—Eso parece, ¿puedo pasar? —Roxie se alejó de la puerta y fue hasta el sofá.

Jeremy se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero, llevaba uno de sus trajes de trabajo, uno de esos que ella odiaba.

Y mocasines.

—Te he traído caldo. —Fue hacia la cocina y volvió con una cuchara y un cuenco con el humeante guiso dentro.

Ella había cogido un trozo de pizza y se lo estaba comiendo con una mano, mientras con la otra se limpiaba la goteante nariz.

—No sé qué os ha dado a todos con el caldo, prefiero mi pizza; si quisiera caldo me lo habría hecho yo misma.

—No sabe igual cuando te lo hacen para mimarte, tú me lo dabas a mí ¿recuerdas?

Por toda respuesta, Roxie tiró el trozo de pizza en la caja.

—Se me ha quitado el apetito —se quejó.

Jeremy se armó de paciencia y se acercó hasta ella, se había quitado la chaqueta y la corbata y remangado la camisa, había desabrochado varios botones de esta. La Loba tenía la mirada fija en ese triángulo de piel, él lo notó, la pasión seguía crepitando entre ellos como siempre. Levantó la manta por una esquina y se sentó en el sofá junto a ella, se tapó como si también él sintiera frío: no, no era frío lo que sentía en ese momento.

—Prueba un poco de sopa —le ordenó acercándole una cucharada a la boca.

—No seas absurdo, puedo comer sola.

—Pues empieza.

Roxie cogió el cuenco y comenzó a tomar el caldo, le sentó bien, le entraba mejor que la pizza; desde luego, se le había olvidado lo que era que alguien la cuidase. Tenía amigas, pero no familia, y no era lo mismo. Sus padres habían muerto, primero su padre en España, cuando aún era una niña; luego su madre en la reserva, siendo ya adolescente, y hacía varios años, su padrastro.

Cuando su padre murió, su madre y ella viajaron a Estados Unidos con la señora de la casa en la que trabajaba su madre, una americana excéntrica que no tenía familia. A los pocos años murió dejándoles lo justo para sobrevivir unos cuantos meses, su madre comenzó a trabajar en una cafetería y un día entró un indio muy grande vestido de vaquero, y con plumas en el trenzado cabello. Su madre siempre le contaba que fue amor a primera vista, a los tres días estaban viviendo en la reserva de Oklahoma donde también ella encontraría el amor, su alma gemela, su águila. O eso pensó.

—¿Está rica? —se interesó Jeremy.

—No lo sé, no detecto sabores ni olores.

—Están íntimamente relacionados.

—¿Quién?

—El olfato con la capacidad de notar los sabores.

—No lo hagas.

—¿El qué?

Ella tomó una última cucharada y dejó el cuenco sobre la mesilla de café. Se recostó en el sofá, se tapó bien con la manta y cerró los ojos.

—Contarme cosas absurdas, me encantaba que lo hicieras.

—Y a mí hacerlo, me sigue gustando en realidad.

—Pues no lo hagas.

Roxie notó que se levantaba, el frío que dejó en el hueco del sofá fue aterrador.

—Sé que no tengo derecho a pedírtelo, pero quédate, por favor, solo esta noche —le susurró.

—Solo voy a dejar esto en la cocina, me quedaré, te cuidaré siempre.

Ella respiró despacio con tranquilidad, Jeremy observó cómo le volvía algo de color a las mejillas, sería por la sopa, aunque prefería pensar que tenía que ver con él.

Roxie sintió algo fresco en la frente que le alivió el dolor de cabeza, las manos de Jeremy le acariciaban los pies tal como a ella le gustaba y se quedó dormida.

Se despertó en medio de la madrugada, por la ventana apenas entraba la luz de la media luna que pendía del cielo esa noche. Sintió mucho calor y un peso sobre su cuerpo, intentó moverse, pero le fue imposible. La cabeza comenzó a funcionarle de repente, ese cuerpo que se rozaba con el suyo, ese brazo que descansaba sobre su cintura, las largas piernas enredadas con las propias, el pecho que protegía su espalda, todo era conocido, siempre habían dormido así, hasta cuando se enfadaban; no se hablaban, pero se abrazaban, y era algo que no habían hecho durante los últimos años, ella siempre lo echaba después de hacer el amor, o lo que fuera que hicieran si no era amor.

No se había dado cuenta hasta ese momento cuánto echaba de menos esa intimidad, reconocer cada rincón del cuerpo del otro, sentirse tan cómoda como con su propia piel. Estar completa y a la vez vacía.

Pensó en despertarlo, pero no pudo, necesitaba eso, ya pensaría mañana, —sí, mañana—, en ese momento solo quería dormir.

Jeremy sentía cosquillas en la nariz, intentó apartar lo que le picaba y notó el corto cabello de la Loba acariciando su rostro. La Loba abrió los ojos de golpe, su mente procesó todo lo que había pasado la noche anterior, en realidad casi nada, pero fue fantástico. Ella le pidió que se quedase, esa vez no se revolvió contra él, claro que no había habido sexo. Le acarició el brazo con los dedos recordando cómo se había quedado dormida mientras él le masajeaba los pies. Después de un rato observándola la tomó en brazos y la llevó a la cama, su intención era acostarse en el sofá, pero era tan tentador estar así de cerca. Se había desnudado y acostado abrazándola, como antes, como siempre. Y había sido la mejor noche desde hacía mucho tiempo.

El teléfono que había en la mesilla comenzó a sonar y él estiró el brazo para contestar.

—Jeremiah Hunter.

—¿Perdón?

—¡Joder! De verdad que eres un grano en el culo, pelirroja.

—No me lo puedo creer, son las ocho de la mañana ¿se puede saber qué haces ahí a estas horas? ¿Dónde está Roxie? ¿Qué le has hecho?

Jeremy decidió divertirse un poco.

—Está aquí a mi lado, en la cama, durmiendo, pero me alegro de que hayas llamado. ¿Está George contigo? Tenía que hablar con él de todas formas.

—¿Quién es? —La voz rasposa de la Loba lo puso a cien; Sí, así era como sonaba por las mañanas, como un sueño erótico.

—Tu amiga Natalie.

—Oh...

—¡Dios mío! ¡Te has aprovechado de ella estando enferma! ¡No me lo puedo creer! Eres aún más rastroso de lo que imaginaba. ¡Jorge!

—Parece que se ha enfadado, está hablando en español.

—Dios, me va a freír a preguntas —le contestó poniéndose la almohada sobre la cabeza.

—Toda tuya, voy a preparar el desayuno. —Se levantó de la cama en todo su esplendor.

Roxie no pudo evitar observarlo, con el teléfono en la mano, pero sin contestar a los gritos de la española.

Seguía teniendo un culo perfecto, unas piernas largas y fibrosas y una espalda... recordaba perfectamente lo que era pintar en esa espalda, le encantaba hacerlo. Se mordió el labio justo cuando él se dio la vuelta buscando su ropa. Su excitación matutina no había perdido poder. Tragó saliva y se llevó el teléfono a la oreja, quizá la voz de su amiga la sacara del trance. Jeremy sonreía mientras se ponía el calzoncillo, slip, negro, clásico, como él. Se colocó los pantalones y, tras acomodar su erección, los abrochó. Lo vio acercarse a la cama e inclinarse para darle un beso, rápido, tierno, dulce... Sin decir nada salió de la habitación.

—Hum... —Se le escapó un suspiro.

—No me lo puedo creer ¿no estabas enferma? ¡Te lo has tirado! —la acusó.

—No, no lo he hecho, pero si lo hiciera no es asunto tuyo.

—¿Tengo que recordarte lo que has estado sufriendo estos meses?

—No, gracias, no es necesario. Solo ha dormido aquí, me trajo caldo, me dio un masaje en los pies y ahora me está haciendo el desayuno.

—Oh...

—¿Oh? ¿Qué significa eso?

—Es peor de lo que imaginaba, te está cortejando.

—No seas absurda, somos mayores para eso. Además, estuvimos casados y ahora estamos separados, no hay lugar para cortejos.

—Pero te gusta, ¿eh?

—Mucho.

—Ten cuidado —le aconsejó.

Jeremy entró en la habitación empujando la puerta con la cadera, en las manos llevaba una bandeja y, en la cara, la mejor de sus sonrisas.

—No puedo —le contestó, y colgó.

—¿Todavía hablabas con Nat? —indagó mientras dejaba la bandeja con el desayuno encima del regazo de la joven.

—Sí, me ha hecho un tercer grado. —Se acomodó apoyándose bien en el cabecero de la cama.

—Zumos, tostadas, café y huevos. ¿He salido muy mal parado? —le preguntó mientras se recostaba a su lado. Cogió la taza de café y le dio un sorbo.

—No más de lo normal, ya sabes que es una amiga incondicional. Si me duele, le duele.

—¿Y yo te produzco dolor? —Puso huevo en una de las tostadas untadas con mantequilla y se lo acercó a la boca.

Ella mordió.

—No hace falta que me des de comer —protestó a la vez que masticaba—. Sí.

—Lo siento.

—Y yo.

—Y ¿qué hacemos? —Se llevó la tostada a su boca y de un bocado comió la mitad.

—Me acabas de dejar sin tostada.

—Haré más si quieres. No has contestado a mi pregunta.

—No tengo una respuesta.

—Debo irme, tengo una reunión en un par de horas y aún he de ducharme y cambiarme.

—Vas a hacerte cargo del caso.

—Sí, necesito que tengas cuidado —le advirtió mientras terminaba de vestirse.

—¿Yo? ¿Por qué? —quiso saber ella.

—Son peligrosos. Los chavales, o sus familias, han amenazado al fiscal, y a la chica le han puesto protección. Se cree que pueden ir a por nosotros y nuestras familias.

—Como en los viejos tiempos.

—Sí, odiaba ponerte en peligro.

—En cambio, a mí, me encantaba saber que andabas luchando por los tuyos.

—Los míos... para mí solo existías tú, y te perdí igualmente, ¿no?

Ella no contestó. Él abrió el cajón de la mesilla para coger el reloj que había dejado ahí por costumbre, se fijó en algo que brillaba: la alianza de Roxie. La sacó, la miró, miró después su dedo anular desnudo y suspiró, volvió a dejarla donde estaba, y cogió el reloj.

Se le había hecho un nudo en la garganta, así es que no dijo nada. Se agachó y la besó, de nuevo, dulcemente.

Roxie siguió mirando la puerta durante un rato, no podía creer nada de lo que había pasado. ¿Estaría volviendo su Jeremy, su Kawosa, su amado marido? Un rayo de esperanza empezó a nacer en su pecho. El teléfono comenzó a sonar de nuevo.

—Dime, pesada —contestó dando por hecho que Nat insistía.

—Lo siento, no quería molestar, pero necesito hablar con Jeremy y no atiende el móvil. ¿Está contigo? —Clare.

Siempre la maldita Clare.

Aplastó el auricular contra la base, igual que aplastó el rayo de esperanza que casi no había llegado a nacer.

## Capítulo 6

### CON TODO EN CONTRA

Estaban el piso protegido en el que custodiaban a la víctima y testigo, el dinero lo ponía la fiscalía, nada de programa de protección de testigos del FBI. Stuart se había metido hasta el fondo y no quería interferencias, menos sabiendo que un juez federal estaba implicado. Recelaba de todo su entorno.

El indio no le gustaba, lo consideraba prepotente y ofensivo, pero podía fiarse de él, de hecho, confiaba más en él que en su propio equipo.

La chica salió de la habitación del fondo, vio cómo daba un involuntario paso atrás al ver a los allí reunidos. Se rodeó con los brazos como intentando protegerse. Era algo normal en las víctimas de violación, pero en la mirada de Lucy había algo más, algo que sustituía la derrota y humillación habituales. Un punto de rebeldía que se ponía especialmente de manifiesto cuando lo miraba a él.

Stuart era consciente de su parecido físico con los agresores, especialmente con el que fue más cruel, el cabecilla.

Siempre había un cabecilla, un líder que llevaba a los demás por donde quería, lo sabía porque él era uno de ellos, lo era desde siempre, en el instituto: delegado de clase, quarterback del equipo de fútbol, rey de todos los bailes... y siguió en la universidad, semiprofesional en deportes, jefe de debates, las mejores notas, una ambición desmedida y, por supuesto, mujeres por todas partes, chicas a las que no valoraba, a las que nunca quiso. Él sabía que venía con un defecto de fábrica, tenía el corazón de hielo, no era capaz de amar. Había querido a sus padres, sentía afecto por su tía que vivía en una residencia en Los Ángeles, apreciaba a sus compañeros de trabajo, pero nada más intenso que eso.

Le hubiera gustado poder echar la culpa a algún trauma, pero no era así, su infancia fue feliz; su adolescencia, idílica, y su juventud, plagada de éxitos.

La chica miró con anhelo la puerta de la habitación de la que acababa de salir.

Él estaba de pie junto a la ventana; Kin se hallaba al lado de ella, era la que hacía ese turno de vigilancia dentro de la casa; George y Jeremy estaban sentados en el sofá; finalmente, Johny Guitar estaba apoyado en la puerta de entrada con lo que parecía la funda de una guitarra colgando a su espalda.

—Lucy, estos son Jeremy y Johny, nos van a ayudar con el caso. Como ves son nativos, lo que nos dará ventaja en el tribunal y ayudará a que los tuyos se pongan de tu parte, después de todo el chico indio tiene mejor reputación que tú. —la joven se limitó a mirarlo con cara de rabia contenida y dolor.

—Lo que este alcornoque ha querido decir es que vas a necesitar toda la ayuda posible. Si no hubiese implicado otro de los *nuestros*, por lo menos nos aseguraríamos el apoyo de la Nación Comanche, pero así... estarán divididos.

—Jeremy remarcó la palabra nuestros intentando molestar al ayudante del fiscal, pero este se limitó a levantar los hombros.

—Que lo digas más dulcemente no cambia los hechos —se quejó mientras se acercaba a la mesa que llenaba gran parte del salón.

Retiró una silla y le indicó a Lucy que se sentara. Ella dudó y miró a George.

El ranger se levantó y se sentó en la silla que Stuart había dispuesto.

—Gracias, Stu. ¿Quieres sentarte aquí, Lucy? —le preguntó a la chica, retirando la silla que tenía más cerca.

Stuart volvió a encogerse de hombros y se acomodó en el lugar más alejado de la mesa.

Lucy se acercó despacio a George y le habló en comanche.

—Por desgracia, Lucy, el ayudante es un mal necesario —confirmó el *ranger*.

Jeremy se dirigió hacia la mesa y se sentó flanqueando el otro lado de la joven. Lucy se encogió en su silla. Kin se acercó a ellos.

—Jeremy, ponte cerca del fiscal por si te tiene que pasar notas, yo me sentaré al lado de Lucy. —Kawosa la entendió a la primera y se movió hacia Stuart.

—Te han subido el rango, amigo, esta chica escala posiciones a pasos agigantados —bromeó quitando gravedad al momento.

—Sí, ya ves, es posible que el jefe se jubile pronto, y estoy bien situado.

—Y esto te ayudará.

—O me hundirá.

—¡Dios no lo quiera! —La batalla dialéctica terminó con la intervención de Kin.

—Señores, no estamos aquí para que se midan sus... atributos.

—Nunca está de más, no obstante, tenemos un verdadero problema si no confías en ninguno de los abogados que representan tus intereses. —Stuart se dirigió directamente a Lucy.

—En eso estoy de acuerdo con él —confirmó Jeremy.

Lucy se retorció las manos por debajo de la mesa, estaba bloqueada, siempre que veía al ayudante del fiscal volvía el infierno y su mente se paralizaba. Había pasado ya bastante tiempo de los hechos, incluso llegó a rehacer su vida, mientras otros luchaban por que su causa siguiera adelante. George se empeñó en sacar algo bueno de todo eso; en realidad, en su momento, ella solo quiso olvidarlo y continuar. Cuando leyó el libro que el ranger dejó en su buzón, todo cambió, odió la resignación que suponía su postura y se decidió a luchar, pero, aunque siempre supo que sería duro, no imaginó hasta qué punto. La persona que debía meter entre rejas a los agresores era como ellos.

Su cuerpo se inundaba de rabia con solo mirarlo; rabia y miedo, era irracional, era como aquellos que temían a los nativos solo por serlo, lo sabía y, aun así, no podía evitarlo. Se dio cuenta de que le temblaba todo el cuerpo.

Sintió el calor de la mano de Kin sobre las suyas. La voz de barítono del ayudante del fiscal la atravesó, acelerando más sus pulsaciones.

—Comencemos, cuéntenos qué pasó la noche de autos.

—Lo he contado muchas veces —susurró.

—Y lo contarás muchas más —le contestó Stuart.

—Es la primera vez que yo te voy a escuchar; si me convences a mí, será que puedes convencer a los nuestros, si no, lo trabajaremos, tranquila —intervino Jeremy.

Entonces ella hizo algo que ninguno esperaba. Se dirigió directamente a Stuart, mirándolo a los ojos sin amilanarse.

—¿Usted me cree? —le preguntó.



—Lo que yo crea no importa.  
—A mí sí.  
—¿Por qué?  
—Si no me cree, ¿cómo va a luchar sabiendo que meterá a unos chicos inocentes en la cárcel?  
—Sé que no son unos chicos inocentes, y ahora, comencemos. Voy a grabar la conversación.  
—Apretó la tecla y dijo la fecha y el nombre de los allí reunidos.  
Y entonces, el infierno comenzó una vez más.

\*\*\*

Una vez acabada la reunión, Jeremy y Johny fueron directos a Wellstone, al bar de la Loba. Ella no estaba allí. Se sentaron a una mesa de los reservados.

Una camarera se acercó hasta ellos.

—Hola, jefe —saludó a Jeremy—. Hace mucho que no te veíamos.

—Sí, así es.

—Y tú eres... —La morena se dirigió a Johny, que estaba acomodando su guitarra cerca de él.

—Tu más fiel admirador —contestó este, la chica se rio como una hiena.

—¿Qué te pongo, jefe?

—Cerveza. Como Roxie te escuche llamarme así, se va a enfadar.

—Lo sé. —De nuevo se rio.

—Cerveza sin alcohol para el jefe.

¿Y para ti?

—A mí ponme una cerveza de verdad y una sonrisa.

La chica estiró sus labios todo lo que le dieron de sí, y la molesta risa salió una vez más a la superficie. Se dio la vuelta y se dirigió a la barra moviendo el trasero enfundado en unos vaqueros ajustadísimos.

—Parece que ya tienes plan para esta noche —se mofó Jeremy.

—No, gracias.

—¿No?

—No.

—¿Y puedo saber por qué?

—Su risa.

—Tus excusas son cada vez más extravagantes.

El otro se encogió de hombros por toda respuesta.

Una vez con las bebidas en la mesa, Johny hizo la pregunta que estaba en el aire.

—¿La crees?

—Sí. ¿Y tú?

—También, pero me cuesta admitir que uno de los nuestros haya tenido algo que ver con esto.

—Existe en todas las culturas, Johny.

—Pero esto es algo más que una violación, se trata del derecho que creen tener de poseer a nuestras mujeres, de tratarlas como basura.

—No son vuestras mujeres, Johny, son mujeres y punto —les interrumpió la voz de Roxie.

Ahí estaba ella, tenía mala cara aún, pero era evidente que se había recuperado lo suficiente como para atacar. Jeremy se dio cuenta enseguida de la actitud combativa y apretó los labios; estaba cansado.

—Loba, hacía mucho que no tenía el placer de verte. —El aludido se puso de pie para abrazarla.

—Johny, estás tan guapo, como siempre. Por cierto, deja en paz a mi personal, ¿de acuerdo?

—Sí, señora. ¿Te sientas con nosotros? —la invitó.

—No, tengo trabajo, solo me he acercado a saludarte, y, por cierto —giró la cabeza para mirar a Jeremy—, te ha llamado tu ayudante, quiere que te pongas en contacto con ella.

La forma en que lo dijo evidenció rápidamente cuál era el problema, pero él no iba a volver a tener aquella conversación, lo expuso muy claramente la única vez que habló de ello.

—Gracias —le contestó.

Roxie se dio media vuelta dispuesta a desaparecer, cuando un grupo de jóvenes que se tapaban la cara con pañuelos y cascos entró en el bar.

Jeremy y Johny se levantaron y fueron hacia ellos con rapidez, igual que alguno de los moteros que estaban jugando al billar, pero ninguno fue tan rápido como Roxie.

Subida encima de la barra con la escopeta apoyada en el hombro, apuntando al que le pareció el líder, los amenazó: —Si pensáis por un segundo que esto puede acabar bien para vosotros, estáis muy equivocados.

Jeremy vio entrar a los guardias de seguridad de la puerta, ya hablaría luego con ellos. Los chicos se miraron entre sí, no soltaron los palos, pero retrocedieron hasta chocarse con los hombres de Jeremy.

—Dejadlos salir, no quiero líos aquí.

—Tenemos que saber quién los manda —la interrumpió Kawosa.

—Me da igual quién lo haya hecho, esto se acaba aquí y ahora. ¡Largo!

Los guardias se apartaron y los chicos salieron sin quitar la vista de la escopeta. Antes de cerrar la puerta, el mandamás le dijo: —Te tengo en mi lista, zorra.

Varios grupos salieron tras los asaltantes, pero no Jeremy, él se acercó a Roxie. Ella desvió la escopeta apuntándola al suelo.

—Tengo que dejar de cabrearte.

—Harías bien en recordarlo. —De un salto bajó de la barra quedando frente a él.

—¿Has tenido problemas en el bar últimamente?

—No —dijo apoyándose en el arma.

—¿Está cargada? —le preguntó.

—¿Tú qué crees?

—Preferiría que la guardaras —le pidió mientras sacaba el teléfono del bolsillo.

—¿A quién llamas?

—A Justin, hay que denunciarlo.

—Kawosa, esto es un bar, en los bares hay peleas, estas cosas pasan.

—Esos venían buscando algo más que pelea. Prefiero que me llames Jeremy —le pidió.

Ella levantó la vista extrañada, era algo que le había dicho otras veces.

—¿Por qué otros pueden llamarte así y yo no?

—Porque solo a ti tengo ganas de tumbarte y hacerte el amor cuando lo dices.

—Ambos se quedaron paralizados por la declaración.

—Sabes que aún tengo la escopeta en la mano, ¿verdad? —le atacó ella.

—No coge el móvil —contestó haciendo caso omiso de la amenaza de Roxie. La puerta se abrió y entró el sheriff, como si lo hubiesen conjurado.

Justin se fijó en la escopeta que portaba Roxie, sabía que la guardaba bajo la barra, justo al lado de un bate de beisbol. El por qué se había decidido por el arma más contundente, tendría que averiguarlo.

—Nunca la ley en este pueblo fue tan rápida.

—Tú no eres de este pueblo, Jeremy.

—Mi corazón vivía aquí.

—Hace ya mucho de eso.

—¿Quieres una cerveza, Justin? —le preguntó la Loba.

—Quiero que me digáis qué ha pasado aquí y por qué un grupo de motoristas y parte de tu equipo han salido detrás de no sé muy bien quién y varios de mis coches están ahora en una persecución.

—Nosotros no somos los malos, sheriff.

—¿Qué ha pasado?

Roxie dejó una taza de café sobre la barra, Justin la cogió y le dio un trago.

Adoraba ese café.

—Han sido unos gamberros. Como le he dicho aquí al abogado, esto es un bar, y en los bares, a veces, pasan estas cosas.

—Un grupo de jóvenes ha entrado engañando a mis hombres, portaban palos y cadenas, venían a asustar.

—Pero el susto se lo han llevado ellos, y como los cojan van a arrepentirse de su travesura —se rio Roxie.

—Has elegido la escopeta, si pensaras que es una simple gamberrada de chicos, te habrías decantado por el bate —le dijo Justin.

Jeremy levantó la ceja y afirmó en señal de aceptación.

—Había demasiada testosterona en el ambiente, he tenido que ponerme dura.

—En cualquier caso, voy a tomar declaración a todo el mundo.

—Justin, me estás asustando a la clientela —se quejó ella.

—Últimamente te juntas demasiado con la pelirroja.

Roxie sonrió al verlos ahí, parados el uno al lado del otro, ambos juzgándola, recordó el mote que la *pelirroja* les había puesto. El estúpido y el infeliz. A punto estuvo de decirlos en voz alta.

Johny entró en el bar frotándose los puños. Frenó en seco cuando vio al sheriff.

—Ayudante —le saludó para irritarle.

—Johny, Johny, Johny... te duelen los puños ¿eh?

—En realidad no. —Se metió las manos en los bolsillos.

—¿Te has peleado con alguien?

Las puertas se abrieron de nuevo y entró un grupo de hombres, Justin pudo distinguir a uno de los guardaespaldas de Jeremy y a los dos hombres de seguridad del bar, faltaba el más peligroso a su juicio, el nativo mexicano, por otro lado, los demás mostraban también signos de haber participado en lo que fuera que había pasado.

Sonó la radio que llevaba enganchada en el hombro.

—Señor, hemos conseguido parar a un grupo de moteros, pero no hemos encontrado nada de interés, afirman que no perseguían a nadie, estaban... admirando el paisaje.

—Ya, bien, déjalo. Tengo justo enfrente a los que buscamos —cortó la comunicación y se acercó al más grande.

—¿Puedo saber cómo te has hecho eso de la cara? —le preguntó señalando el mentón amoratado con un gesto de cabeza.

Breakbones se acarició el golpe con la manaza.

—Tuvimos diferencias de opiniones —mintió Johny.

—Dejadlo ya —les ordenó Jeremy—. Justin, será mejor que hablemos en un lugar menos concurrido.

Justin dudó, tenía muchas ganas de llevarse a ese par a comisaria, pero no iban a decirle la verdad ni en cien años.

—Me conformaré con el pez gordo —soltó.

Jeremy se rio y se dirigió a sus hombres: —No os mováis de aquí y, después, acompañadla a casa. —Eso hizo que el sheriff frenara en seco.

—¿Qué coño está pasando, Kawosa?

—Ten cuidado con el nombre por el que lo llamas, o puedes encontrarte en una situación... comprometida. —Roxie terminó su chanza con una risa exagerada.

—Eso solo te afecta a ti —le contestó Jeremy.

—Te equivocas, a mí ya no me afecta —le respondió ella.

Kawosa se acercó a la barra y se encaramó para acercar su cara hasta que sus respiraciones se mezclaron. La Loba no retrocedió ni un centímetro.

—Puedes estar tranquila, cuando dije que se acabó, lo decía en serio. Sienta lo que sienta, se me pasará con el tiempo.

Se dirigió a la puerta seguido por un estupefacto sheriff que los miraba a todos con recelo.

Roxie sintió que el corazón se le cuarteaba y se partía en pequeños trocitos, estaba enfadada por la llamada de la idiota, pero después de la noche que habían pasado pensaba que tal vez... No sabía ni que pensar. Él era valiente, siempre, reconocía sus sentimientos y los enfrentaba, de una forma u otra. Ella no. Le resultaba imposible pensar en volver a pasar todo lo que pasó en su día: las noches sin dormir esperando a que llegara a casa, el móvil sonando a cada momento y siempre Clare al otro lado de la línea, los aniversarios olvidados... esos aniversarios tontos que les gustaban antes. Su favorito era el del día que descubrió que su sabor preferido era la fresa. Cada día seis, Jeremy inventaba una forma diferente de degustar la fresa en ella. Hasta que un seis de marzo, lo olvidó y ella se comió una tarrina de helado a solas. Casi podía decir que aquel fue el principio del fin.

Johny se acercó a la barra seguido de Breakbones.

—Loba... parece que vamos a pasar un tiempo juntos, como antes —le dijo.

—Pues va a ser que no. No me importa lo que te haya dicho tu jefe, yo no soy de su propiedad, por tanto, tú no vas a seguirme a ningún lado.

—Sí, bueno. Denúnciame.

—A lo mejor te pego un tiro... otra vez.

La carcajada del grandullón retumbó en todo el bar.

—No tiene gracia, dolió ¿sabéis? —les recriminó.

—Sí, bueno. Denúnciame —le contestó ella mientras colocaba pequeños vasos de chupito en la estantería.

—Loba, esto es serio, el caso en el que está metido tu marido implica a gente importante, hasta que podamos descartar que esto tenga algo que ver con ellos...

—En primer lugar —le interrumpió ella—, no es mi marido; en segundo lugar, si la cosa es así, cuanto más lejos de mí estéis todos, mejor.

—¿Alguna vez has pensado en el daño que puedes llegar a hacer solo con palabras? —contraatacó Serpiente.

—Chicos, ya está bien, no vamos a discutir. Pon unas cervezas.

—Mira ese cartel, grandullón. —En él, ponía «RESERVADO EL DERECHO DE ADMISIÓN».

—Tendrás que usar esa escopeta —contestó él.

La Loba se dio la vuelta con rabia y fue a encerrarse en el almacén, necesitaba pensar. No, lo

que necesitaba era dejar de sentir.

## Capítulo 7

### Y TODO EMPIEZA

Justin sirvió un par de tazas de café y le tendió una a Jeremy.

—Ahora cuéntamelo todo —le exigió.

Jeremy la olisqueo y compuso una mueca, el olor a quemado se le incrustó en las fosas nasales, la dejó sobre la mesa sin probarlo.

—Recuérdame que te regale una cafetera de verdad —le dijo el comanche.

—Sí, bueno, para mí está bien.

—Después de probar el café que hace mi mujer...

—Dos cosas —le interrumpió el sheriff levantando la mano.

Jeremy le miró interrogante.

—Como soy agente de la ley, me veo en la obligación de recordarte que la Loba no es tu esposa y, no estamos aquí para hablar de café, no intentes distraerme con tretas de abogado.

Kawosa sonrió entrecerrando los ojos.

—Tienes razón, no es mi esposa, pero es difícil deshacerse de las viejas costumbres.

—Bueno, has adelantado camino si por lo menos ahora lo reconoces, pero una vez más, no es eso de lo que quiero que hablemos, y estoy seguro de que tú tampoco.

Jeremy asintió despacio, y se recolocó en el pequeño asiento de madera.

—Estoy metido en algo, que parece que está poniendo nervioso a alguien, aunque también puede ser una casualidad.

—Sé algo más concreto, por favor.

—Supongo que recuerdas el caso del que George no para de hablar últimamente. El de la violación de la chica india.

—Lo recuerdo, le trae de cabeza desde hace mucho, quería que representaras a la joven, ¿no?

—Efectivamente, y al final me convenció. El fiscal es el cabrón de Stuart Lyon.

—Es muy bueno, creo que solo ha perdido contra ti.

—No hizo falta, llegamos a un acuerdo en cuanto se dio cuenta de que Byron y Candy eran las víctimas.

—Lo conozco bien, créeme cuando te digo que de lo que se dio cuenta era de que iba a perder.

—Es probable.

—¿Crees que un grupo de adolescentes privilegiados te seguirían hasta aquí y se meterían con tu esposa... con tu ex, para presionarte?

—Ellos no, sus familias. Aunque tampoco lo sé, es solo una opción.

—Tal vez solo sean un grupo de racistas que ha querido escarmentar a Roxie, por trabajar con indios.

—O tal vez dentro de unos días reciba la visita de alguien que le ofrece protección, ya sabemos cómo funcionan las bandas.

—Apuesto por esto último.

—En cualquier caso, no voy a correr riesgos.

—Hagas lo que hagas, no me obligues a detenerte. Y dime qué han hecho tus hombres con los chicos que entraron en el bar, quiero nombres.

El teléfono móvil de Jeremy sonó, lo sacó de la chaqueta y miró la pantalla.

—Tengo que contestar —le dijo.

Justin asintió y se sirvió otra taza de café. Jeremy negó con un gesto de cabeza mientras repetía la mueca de asco ante la perspectiva de que alguien tomara ese mejunje que el sheriff se atrevía a llamar café.

Justin prestó atención a la conversación, solo escuchaba las respuestas a modo de monosílabos de Kawosa, pero su cara y sus gestos le decían que se estaba conteniendo, y mucho. Parecía a punto de arrancarle la cabeza a alguien.

—¿Problemas? —le preguntó al ver que el otro se metía el celular en el bolsillo del pantalón.

—Parece ser que han entrado en mi apartamento.

—¿En Oklahoma?

—Sí, no es fácil acceder, es una planta 26 y tiene tanta seguridad como el pentágono.

—No exageres. Parece que estamos hablando de profesionales, no de una banda de aficionados. ¿Se han llevado algo?

—Me conoces lo suficiente como para saber que soy un obseso del control, y la seguridad es la clave del control; cuando te digo que no es fácil acceder, es que es imposible. Y no, no se han llevado nada aparentemente, y hay suficientes cosas de valor como para alegrar la noche de cualquier ladrón.

Justin vio cómo el abogado que llevaba dentro su amigo comenzaba a sobresalir, a hacerse preguntas y a intentar plantear respuestas.

En ese momento se abrió la puerta y entró George que, tras quitarse el sombrero y dejarlo sobre la mesa, fue directo a servirse un café.

—No entiendo cómo puedes estar casado con una española y tomar esa mierda —le recriminó Jeremy.

—Sírverte un café —le dijo con ironía el sheriff.

—Si hay algo de lo que no puedo acusar a mi servicial esposa, es de ser una servicial esposa; cuando quiero un café en condiciones voy a ver a la tuya.

—Como muy bien me ha recordado Justin, yo no tengo esposa.

George abrió mucho los ojos, lo que demostraba su sorpresa ante la declaración del comanche.

—Contadme qué está pasando —le exigió sentándose en la silla del sheriff y poniendo los pies sobre el escritorio.

—Algún día te voy a quitar la chulería de un puñetazo —le amenazó Justin quitándole los pies de encima de la mesa de un manotazo.

Le pusieron al día, tanto del ataque al bar de la Loba, como de lo sucedido en Oklahoma.

—No estoy muy seguro de que esto tenga mucho que ver con el caso —declaró.

—En eso estamos de acuerdo —afirmó Justin.

Jeremy los miró esperando que continuaran, se cruzó de brazos y entrecerró los ojos.

—Últimamente has pasado mucho tiempo por aquí, ¿estás seguro de que tu casa está limpia? —sugirió George.

—Hace dos meses que no venía, me he pasado en el casino dieciocho horas al día, todos los días, y además está Clare.

—Según Nat esa rubia es un zorrón.

—Según tu esposa, todas las rubias son zorrones.

—Cierto, pero en este caso debo darle la razón a la tocapel... a la pelirroja —se corrigió el sheriff tras percatarse de la mirada asesina del ranger.

—Ni siquiera la conocéis, confío en ella, ha estado a mi lado en los momentos más difíciles: cuando Roxie me dejó, cuando tuve que venir a echar una mano a mi primo, cuando murió mi abuelo. Siempre me ha apoyado y se ha hecho cargo de todo.

—Y de repente vuelves y ella pasa a un segundo plano. —George se levantó y se puso frente a su amigo—. No descartes ninguna opción.

Jeremy sintió el apoyo del ranger en el contacto de su mano en el hombro; en parte tenían razón, estos dos meses había tenido varias disputas con su ayudante, y la última fue especialmente desagradable, pero atacar a Roxie... podría matarla por eso.

—Cogeré el primer vuelo hacia Tulsa. Me llevo a Roxie conmigo —declaró.

—Y ella, ¿lo sabe? —preguntó el sheriff sin necesidad, solo para hacer notar el problema.

Kawosa se dio la vuelta dispuesto a marcharse. George lo frenó con un comentario.

—Tus hombres... ¿también confías en ellos?

—La única persona que puedo asegurar a ciencia cierta que quiere hacerme daño, es tu mujer —le recordó solo para molestarlo.

—Sí, pero ella iría a por ti directamente, no a por tu... lo que sea, o tu casa.

Jeremy siguió su camino de forma que escuchó la respuesta de George como un sonido lejano, pero no podía más que darle la razón. ¿Acaso no podía confiar en nadie de su entorno? Mientras salía de la comisaría le envió un mensaje a Johny para que hiciera las reservas del vuelo, no quería pedírselo a Clare, prefería darle la sorpresa presentándose allí sin avisar, y él no tenía tiempo de entretenerse con eso, debía ir a convencer a su... a Roxie de que estaba más segura con él.

JEREMY\_18:05

Saca dos billetes en el vuelo de las nueve cuarenta y cinco a Tulsa, para Roxie y para mí. Nuestros datos están en el archivo adjunto al mensaje.

JOHNY\_18:06

Ok.

Sin preguntas, sin comentarios, era una de las cosas que más le gustaba de trabajar con él, jamás pensaría que podía estar involucrado en algo... No, simplemente no era posible. Sus hombres salían de la lista de sospechosos. Lo que tenía que averiguar para saber quién, era por qué. Casi siempre se trataba de dinero, pero en ese caso era algo discutible ya que no se habían llevado nada de la casa, aunque si se hablaba de dinero a lo grande, debería centrarse en el casino, y entonces sí debería pensar en Clare. Era la que podía meter mano y la que saldría ganando más si él estaba fuera de juego, como apoderada... ¡mierda! Tendría que quitarle los poderes, solo para asegurarse; eso iba a ser desagradable.

Hizo algunas llamadas para acelerar el proceso, desde ese mismo día no quería que ninguna firma que no fuera la suya pudiera usarse para cerrar tratos o hacer inversiones, ni siquiera la dejaría firmar pagos. No era un ángel, reconocía que le encantaba el poder que le daba el dinero, que su voluntad se hiciera realidad en el acto y con tan poco esfuerzo, lo suyo le había costado. En diez minutos quedaron cancelados todos los derechos de su ayudante, en cuanto a tomar decisiones sin consultarlas con él.

En menos de veinte recibió un mensaje de Clare.

CLARE\_18:30



Debe haber un error, me acaban de informar que ha sido revocado mi poder para representar al casino.

JEREMY\_18:35

No es un error. Hasta que todo este lío se aclare, solo yo represento al casino.

CLARE\_18:36

¿Lo has hablado con el Consejo?

JEREMY\_18:40

Que yo sepa, sigo siendo el socio mayoritario, no tengo que pedir permiso al Consejo para nada.

CLARE\_18:41

Pero tienes que notificarlo, y no creo que les guste tu decisión.

JEREMY\_18:45

¿Me estás desafiando?

No hubo respuesta, lo que hizo que Jeremy se pusiera nervioso. No podía ser, se repetía, ¿qué podía querer ella de su casa? No, era absurdo, le daba su vida a la empresa y no era plato de gusto darse cuenta de que su jefe ya no confiaba en ella. Sí, era eso. Trató de suavizar la situación con un último mensaje antes de poner el auto rumbo a casa de Roxie.

JEREMY\_18:50

Es por tu bien, te protegeré de futuras investigaciones, hablaremos cuando vuelva.

Tal vez debería haberle dicho que lo haría esa misma noche, pero no quería desvelar nada de momento.

El tráfico era intenso para ser una pequeña ciudad, conectó el manos libres y habló con Stuart, le contó que tenía que marcharse y la razón de ello.

—¿Crees que puede tener que ver con el caso?

—¿Tú has recibido algo más que amenazas?

—En realidad, no, pero yo soy fiscal, tú formas parte de la comunidad y tienes poder y dinero para competir con ellos. Quizá les parezcas más amenazador que yo.

—No sé, son hechos muy diferentes y en dos lugares distintos, quizá no tengan nada que ver entre sí, pero voy a ver cómo están las cosas.

—Con este último han conseguido alejarte, así es que tal vez se han salido con la suya.

—No voy a dejar el caso, solo me ausentaré unos días.

—Yo seguiré con las entrevistas y te mantendré informado. Tu ayudante, ¿Johny? ¿se va contigo?

—No, se queda, seguirá con la investigación en mi ausencia.

—Es muy bueno, ha apretado unas cuantas tuercas y los ha puesto nerviosos, quizá todo esto sea una reacción.

—Ya veremos.

—Además, se entiende bien con la chica.

—Sí, suele sucederle.

—Yo no consigo ni que me mire a la cara, pero con él y con George, habla. George sale de viaje en un par de días, así es que me vendrá bien tener a Johny por aquí.

—Tienes a Kin para ayudarte con Lucy.

—Mi ayudante ha perdido la perspectiva, parece más una madre que una investigadora.

—Supongo que eres consciente de lo mal que suena eso.

—Soy un capullo, lo sé, pero quiero tumbar a esos cabrones y haré todo lo necesario para conseguirlo.

—Estaría bien que dejases la agresividad para ellos, si la presionas demasiado la vas a perder.

—No puedo permitirme que titubee cuando la suba al estrado, prefiero que llore y se cabree conmigo a que lo haga en pleno juicio.

—Asegúrate de que llega al juicio sin romperse.

Stuart soltó una especie de gruñido y se cortó la comunicación.

Jeremy compadecía a la chica, Stuart no tendría compasión, era un hijo de puta codicioso y haría lo que pensase que era necesario para sacar de ella a la testigo perfecta.

Pero si algo había aprendido Jeremy, era que el testigo perfecto no existía, era mejor atar bien el caso: pruebas, lo que necesitaban eran pruebas, y para eso él tenía al mejor equipo.

Estacionó el vehículo en el camino de entrada de la casa de a Loba, era una casita pequeña, de apenas dos dormitorios y con la fachada pintada de amarillo. Salió del coche y se paró un momento a respirar hondo antes de entrar.

Cada vez que pensaba en el caso le daban ganas de mandar al carajo todo lo que estaba pasando en Tulsa; si se lo planteaba en serio, se daba cuenta de que ya no le apetecía ir allí, no le gustaba el casino, había perdido el placer que le proporcionaba la adrenalina del juego, él no apostaba, pero cada pasó que dio hasta conseguir lo que tenía era un juego en sí mismo; uno duro y sucio. Solo el poder lo mantenía allí, eso y el hecho de que Roxie ya no lo quisiera.

¿Era posible desenamorarse? Ni siquiera estaba seguro de que esa palabra existiese, pero para él no era una opción. Entonces, ¿cómo se le había ocurrido que podría seguir adelante sin ella? Tenía que hacerlo, se estaba convirtiendo en un puto acosador, quizá el resto de su vida estaría solo, o quizá encontrase a una mujer que lo quisiera a pesar de saber que él no podría ofrecerle lo mismo, tal vez alguien como la mujer que se casó con su abuelo.

Tocar a otra mujer... ¿cómo sería? Él solo había estado con Roxie, solo la había besado a ella, solo ella lo había acariciado a él, no sabía si sería capaz de estar con otra persona. Y no quería ni pensar en la posibilidad de que ella lo hubiera estado.

Se armó de valor y se decidió a entrar y pelear, porque sabía que tendría que pelear para convencerla de que fuese con él a un mundo que ella odiaba.

Pero nada le habría preparado para encontrarse con la escena que le esperaba.

## Capítulo 8

### EL VIAJE

Al acercarse a la casa escuchó jaleo, un murmullo que subía de tono poco a poco y que jamás sería provocado por Breakbones y Johny. Pudo distinguir una voz de pito femenina. No, la loca pelirroja; también distinguió el tono sexy de la esposa de su primo, y la líquida voz de whiskey de Roxie. Se le introdujo en el pecho consiguiendo que doliera. Una risotada sobresalió por encima de lo que en este momento se podía considerar ya bullicio: Doble M, que vendría acompañada de su escopeta.

Habían decidido defender a su amiga, y lo harían incluso de él. No pudo evitar sonreír.

Roxie escuchó el timbre por encima del ruido y observó la escena unos instantes. Candy le hacía la manicura a Rompehuesos, mientras Doble M y Johny perdían un montón de granos de maíz que iban a parar directamente a la cuenta de Nat.

Cuando fue a abrir la puerta, Johny la retuvo agarrándola de la muñeca, Rompehuesos se levantó del sofá y, soplándose las uñas abrigadas, se acercó a la puerta, divisó la imagen de su jefe a través de la mirilla y abrió.

Tras saludar a Jeremy con un gesto de cabeza, volvió a su posición en el sofá.

Jeremy posó toda su atención en Roxie, estaba de pie frente a él, lo miraba con una mezcla de anhelo y rechazo, y algo más, algo que él no sabía identificar. Dejó a los demás a lo suyo y cogió a su exmujer por la muñeca, por costumbre o por placer le acarició el pulso que latía allí con el dedo pulgar.

Ella se soltó de un tirón. Parecía que una vez que habían puesto fin a lo suyo, ella rechazaba su contacto; en realidad, eso era bueno.

—Tenemos que hablar —le dijo.

—No. No lo creo. —Roxie se cruzó de brazos y apoyó bien los pies sobre el suelo: le estaba dejando claro que no iba a moverse de allí.

La tentación de cargársela al hombro era muy fuerte, pero el revuelo que se armaría con todas esas Amazonas allí...

—Están pasando cosas y tienes que... yo tengo... ¡joder!

—La expresión que buscas es *por favor*. Escalera de color —soltó Doble M sin levantar la vista de sus cartas.

—Póker —se rio Nat.

—¡Mierda! —se lamentó su amiga.

Jeremy apartó la mirada de ellas y la dirigió de nuevo a Roxie.

—Por favor —le rogó.

—Vamos al dormitorio. No —se corrigió rápidamente—, a la cocina, vamos a la cocina.

Kawosa fue directo a la nevera y sacó la jarra de limonada que sabía que ella tendría preparada. Sirvió un par de vasos y le dio uno a ella.

—He aceptado el caso de la chica a la que ultrajaron —le informó.

—Lo sé, estoy muy orgullosa de ti —le aseguró ella.

Jeremy la miró con sorpresa, eso no se lo esperaba.

—Sí, bueno. Es solo que... —dio un trago a su refresco—, George se ha puesto muy pesado.

—¿Por qué lo has aceptado realmente?

Roxie vio cómo se soltaba el pelo y se lo volvía a recoger, era algo que hacía cuando se ponía nervioso. Estaba realmente guapo, ella quería pensar que el hecho de haber aceptado ese caso era el principio del cambio para él. Aunque no volviesen a estar juntos, estaba segura de que Jeremy sería mucho más feliz siendo el hombre que era antes. Ya no se reía, ahora solo peleaba; se había ganado la fama de hombre frío, pero ella sabía que no era así, él era tierno y considerado. Cierto que no hablaba mucho, pero había sido un hombre de sonrisa permanente, y tan íntegro que ella a veces se sentía en inferioridad de condiciones.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? —le dijo.

—Lo recuerdo —afirmó él.

—Me enamoré de ti nada más verte.

—Tu padrastro me alzó de la pechera y me tiró contra un árbol cuando se enteró de que habíamos... que te había...

—Sí, casi te parte la espalda, y yo lloraba como en una película romántica.

Se mantuvieron en silencio un minuto de esos que duraban varias horas.

—¿Cuándo nos perdimos? —le preguntó él acariciándole la mejilla con los nudillos.

Era demasiado complicado intentar explicarle en ese instante lo mucho que había cambiado con las responsabilidades del casino, con la rubia y con el dinero. No se veía capaz de tener esa conversación en ese momento, decirle que ella había seguido esperándole, pensando que volvería el chaval con ganas de mejorar el mundo.

—¿De qué querías hablar? —Decidió cortar esas palabras que se estaban convirtiendo en algo demasiado íntimo.

—Hoy han entrado en mi apartamento, lo han destrozado, pero no se han llevado nada. Stuart también ha estado recibiendo amenazas desde que comenzó con la investigación. No sabemos si lo que pasó en el bar tiene que ver con esto, pero...

—Como en los viejos tiempos, ¿eh? —le contestó ella con una genuina sonrisa.

—No es esa la mejor parte de nuestros viejos tiempos.

—A mí me gustaba. ¿Recuerdas lo que me decías? «Si he recibido una amenaza es que lo estoy haciendo bien.»

—Ella había imitado su tono de voz esperando que Jeremy se riese, pero no fue así.

—Sí, bueno. Era bastante idiota.

—A mí no me lo parecías.

—¿Y ahora sí?

—Tienes tus momentos. —Hizo una pausa antes de continuar—. De verdad te agradezco que te preocupes por mí, pero no hace falta, sé cuidarme sola.

—Preferiría tenerte cerca mientras averiguamos qué está pasando.

—Eso significa que no estáis seguros de dónde viene la amenaza —aseveró Roxie.

—Bueno, no es habitual, pero el casino... ya sabes... podría... en fin, que prefiero que vengas conmigo a Oklahoma.

Roxie notó cómo le temblaba la mano, llevaba dos meses sin verlo y ahora, de repente, ¿tenía que vivir pegada a él? Ni hablar. No iba a hacer tal cosa. Dejó el vaso de limonada sobre la mesa y se apoyó en el fregadero, de forma que le daba la espalda.

Jeremy se metió las manos en los bolsillos a la espera de una respuesta, contempló su figura desde atrás. Ese culo respingón y perfecto, esa espalda esbelta y el larguísimo cuello desnudo, casi estaba empezando a salivar. Si solo se acercara un poco y pudiera olerla, poner los labios sobre la zona en la que sabía que le estaba latiendo el pulso aceleradamente, clavarle los dientes y chupar... Se estaba poniendo duro.

¿Cómo iba a resistirse teniéndola cerca días... y noches...? Tal vez... ¡No! Se gritó a sí mismo, no podía volver a empezar con eso, además él no era ese tipo de persona, cuando tomaba una decisión la respetaba, se respetaba.

—Si la amenaza es por algo que has hecho tú, no sé porque crees que voy a estar más segura a tu lado —lo soltó sin moverse, sin levantar la vista que tenía fija en la taza que descansaba en el fregadero.

—Hablamos de gente que ataca a las mujeres por pura diversión, no van a ir a por mí directamente y tú eres mi única familia.

Esas palabras cristalizaron su corazón, que volvió a romperse en mil pedazos.

—No soy tu familia. —Esa vez sí se volvió para mirarlo directamente a los ojos.

—Me preocupo por ti, y sea quien sea el responsable del ataque a tu bar, sabe eso.

—¿Has pensado que quizá no tenga nada que ver contigo?

—Sí, pero no creo en las casualidades. —Abrió y cerró los puños que colgaban al lado de las caderas.

—Tengo un negocio que atender, Kawosa, no puedo simplemente desaparecer...

No lo vio venir, de repente estaba intentando razonar con él y al segundo siguiente todo lo que había en la mesa estaba en el suelo y ella tenía la espalda sobre la tabla y a Jeremy por todas partes.

Estaba chupando su cuello, la tenía completamente atrapada, y ella se aferró al largo cabello del indio con ambas manos mientras jadeaba al borde del éxtasis, tan solo se restregaba contra ella mientras succionaba su cuello como si estuviera intentando llenarse con su vida, y ella estaba ya al borde de perderse.

—Jefe, será mejor que salgáis antes de que las chicas... eh, están un poco nerviosas. —La voz de Johny se coló en la conciencia de Jeremy.

Se retiró como si se estuviera quemando, y en parte así era.

Roxie se sintió vacía, un frío glacial recorrió su cuerpo mientras se recomponía, se alisó la camiseta y se bajó de la mesa.

—No se te ocurra decir que lo sientes —le amenazó encarándolo.

—Lo que iba a decir, es que te advertí que no me llamas Kawosa. Ahora ya sabes lo que pasará si vuelves a hacerlo.

La dejó anonadada y completamente excitada, lo siguió con la mirada mientras él se recogía de nuevo el cabello a la vez que iba hacia la puerta.

—Prepara tus cosas, ya tengo los billetes de avión, salimos en diez minutos —le aseguró.

Salió de la estancia dejándola totalmente confundida.

—¿Cómo le hayas hecho algo juro que te vas a arrepentir! —gritaba Nat girando alrededor de Jeremy.

Él la detuvo agarrándola por el brazo.

—Nunca dejo que mis enemigos se pongan a mi espalda. —El tono de voz hizo que a la joven se le erizara la piel.

—Consideras tu enemiga a la mejor amiga de tu mujer —se atrevió a provocarlo.

—¿Has dicho mi mujer? —se rio él.

—Hum... no. Estoy segura de que dije exmujer —aseguró Nat mintiendo sin pudor.

Jeremy se acercó mucho a ella, hasta arrinconarla contra la pared. A pesar de la valentía rayana en la inconsciencia de Nat, en ese momento sintió miedo. Vio cómo el comanche acercaba su cara hasta que sus labios casi rozaban su oreja.

—Empiezas a caerme bien, pelirroja —le susurró.

—¿Habéis oído eso? —gritó a nadie, porque se había quedado sola, y temblando...

—Candance, ven un momento. —La voz de Jeremy le llegó alta y clara sobre el murmullo general.

Doble M y Nat entraron en tromba en la cocina.

—¿Estás bien? —le preguntó Nat con cara de verdadera preocupación.

—Sí, sí, es solo que...

—¡Dios mío! Ese hombre es... es...

—¿Aterrador? —preguntó Doble M.

—Sí, no, sí, pero también es...

—¿Seductor? —sugirió a Loba.

Doble M se paseó alrededor de la mesa, colocando los objetos caídos.

—Ahora ya sabéis por qué es tan bueno en los tribunales. Seduce y atemoriza a partes iguales.

—¿Ha estado bien? —preguntó la vaquera.

—Eh... —Roxie no llegó a contestar, se retorció las manos con nerviosismo.

De repente Nat se fijó en su entorno y alzó mucho las cejas.

—¿Te lo has tirado? ¿Aquí? ¿Ahora? —gritó la pequeña española.

—¡Shhh! —le ordenó la Loba—. ¿Te importaría no chillar? Y no, no me lo he tirado.

Sintió cómo se ruborizaba y se dio la vuelta para que no le vieran la cara.

—¡Mentirosa! —Nat se hizo la ofendida cruzando los brazos sobre el pecho.

Doble M soltó una carcajada.

—Creo que deberíamos irnos, Nat, estos dos no necesitan carabinas.

—No ha pasado nada —insistió Roxie.

—Ya, claro —contestó la vaquera—. Me voy a casa, mi marido y mis chicos me estarán esperando y ya he perdido todo el maíz que puedo perder en manos de esta —se quejó señalando a Nat con el dedo.

—Sí, yo también me marchó. ¿Me llevas, Doble M? —En realidad no era una pregunta—. Cúdate y llama si... bueno, ya sabes, si se te rompe la mesa de la cocina —se burló la española.

Sus amigas salieron riéndose de allí.

Para su vergüenza, tuvo que ver cómo Doble M le daba una palmadita a Jeremy.

—Bien hecho, muchachote. —Él la miró perplejo y ella se encogió de hombros en respuesta.

Candy se acercó a Roxie y le dio un abrazo.

—No pierdas el tiempo, hazme caso, sé de lo que hablo. ¡Esperadme, chicas! —pidió a sus amigas.

Las tres salieron en tropel de la casa y de repente se hizo el silencio.

—Tengo las manos tan suaves como la piel de un bebé. —Rompehuesos quebró la paz del momento.

—¿Te has pintado las uñas? —quiso saber Jeremy.

—No, tío. Me he hecho la manicura, que es muy distinto. Ahora, cuando acaricie a una chica se va a morir de gusto.

—¡Rompehuesos! —le amonestó Johny—. Jefe, tienes en el correo todo lo que necesitas; no os preocupéis por el bar, Canek se encarga.

—No sé si eso me tranquiliza, o todo lo contrario —comentó Roxie de camino a la habitación.

—No hace falta que te lleves mucha ropa, intentaré que estemos allí el menor tiempo posible.

Roxie entró en la habitación y sacó una bolsa de lona del armario. Escuchó cómo se cerraba la puerta principal y supuso que los hombres de Kawosa se habían marchado.

Kawosa, solo de pensar en el nombre indio de Jeremy un estremecimiento recorrió su cuerpo. Metió cosas sin fijarse siquiera en lo que cogía, respiró hondo varias veces intentando calmarse.

Un ruido en la puerta la hizo volverse, y allí estaba él, apoyado en la jamba de manera indolente. Con los brazos cruzados y cara de no sentirse avergonzado en absoluto.

—Lo de antes... —comenzó a decir.

—Tranquilo, no volveré a llamarte así, jamás —lo cortó mirándolo desafiante.

Él asintió y se marchó. ¡Maldito idiota! Introdujo una pequeña bolsa de aseo y se cargó el saco al hombro.

En cuanto entró en el salón, Jeremy extendió la mano y le quitó la bolsa.

—Puedo llevarla yo —se quejó ella.

—Lo sé. Vamos, es tarde —le ordenó empujándola suavemente hacia la puerta.

\*\*\*

El camino hacia el aeropuerto lo hicieron en absoluto silencio. Roxie pensó en los acontecimientos de los últimos años y se dio cuenta de que ella también había cambiado, ahora era intransigente y dura, incluso desagradable. Pero él no había dejado de amarla por eso, no hasta hacía dos meses. Ella antes era aventurera y divertida, le encantaba ir en moto, viajar, bailar.

—Lo pasábamos bien, antes digo, cuando éramos jóvenes.

—Aún somos jóvenes.

—Pero ya no lo pasamos bien.

—Supongo que eso se llama madurar.

—¿Tú crees?

—No lo sé, no sé qué quieres de mí. Hace tiempo que me perdí en esta relación.

—Sí, supongo que en algún momento nos perdimos.

Ninguno de los dos volvió a hablar hasta que estuvieron dentro del avión, acomodados en sus asientos.

Jeremy posó su mano sobre la de Roxie durante el despegue, como habían hecho siempre.

—Estos dos meses... te he echado de menos —le confesó ella.

—Y yo a ti. —Él la miró a los ojos, casi la acariciaba con la mirada.

Estaban tan cerca... Solo tenían que mover un centímetro el rostro y se besarían; sus alientos se mezclaban, sus olores eran uno, esa atracción tan fuerte como la gravedad y tan extrema como la falta de aire; sus miradas enredadas se llamaban y, a la vez, se mantenían a distancia; imanes, estaban siendo atraídos por el mismo imán que los separaba, ¿era eso posible?

Los azules ojos de Jeremy se desviaron hacia la carnosa boca de ella, y en un acto reflejo ella posó su mirada en la boca de él, un solo segundo y serían uno otra vez. Pero Jeremy reaccionó en el último instante y, cuando casi podía acariciar esa suavidad, giró la cabeza y llamó a la azafata.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó.

Ella se quedó en blanco por un momento, había perdido la noción del tiempo y del espacio, tuvo que sacudir la cabeza para entender qué estaba pasando.

—Yo... no. No, gracias. —Giró la cabeza hasta apoyarla en la ventanilla y no dijo nada más en todo el viaje.

## Capítulo 9

# LA APUESTA

La fachada del casino era aún más impresionante que la última vez que la vio hacía ya... en fin, hacía un siglo.

Estaba claro que había hecho algunas reformas, y aunque las fuentes de la entrada no podían compararse con El Bellagio, tampoco se podía decir que tuvieran mucho que envidiarle. Eran ostentosas y con mucho color, los chorros altos subían por encima del edificio en un baile imposible.

Roxie se sentía nerviosa, le habría gustado llevar puesto un impresionante vestido con pedrería y unos tacones de esos que hacían que quisieras cortarte los pies. En cambio, se había colocado unos vaqueros, unas deportivas y una sudadera con la insignia de las Harley que tanto le gustaban y que, de paso, harían rabiarse a su ex, él era un fan incondicional de las Indian, naturalmente. Jeremy siempre vestía de manera formal, así es que no desentonaba en ese ambiente. Además, no llevaba más que un maletín de colgar al hombro con el portátil, guardaba ropa en casa de su primo, así no tenía que andar con maletas y no se le estropeaban o arrugaban los trajes. Ella, por el contrario, portaba la vieja bolsa de lona, esa vez no le había consentido a Jeremy que se la quitara.

Desde la puerta vio acercarse a tres personas: uno de los hombres portaba uno de esos pomposos atavíos de portero anticuado, el otro hombre y una mujer vestían trajes oscuros; Roxie supuso que los dos últimos pertenecían a la seguridad del casino.

La siguiente hora pasó como en una burbuja de incompreensión, se sentía totalmente fuera de lugar. La llevaron poco menos que en volandas al ala del casino en la que reinaba el hotel. Era lujoso y perfectamente frío.

Los uniformes del personal costaban lo mismo que su presupuesto de varios meses. No pudo evitar mirarse una y otra vez al gran espejo que destacaba en el baño de la suite. Suite en la que estaba completamente sola. Los *men in black* que los recibieron en la entrada la habían acompañado a la enorme habitación con salón y baño incorporados, mientras Jeremy se había marchado con otros dos del mismo estilo y un caballero mayor, con el blanco cabello muy largo. No le dirigió ni una mirada, tenía el ceño fruncido y los labios apretados, ese típico gesto de *no te acerques a mí si no quieres que te ruja*, y no lo hizo, no se acercó; el caballero, en cambio, le dirigió una sonrisa paternal, que ella devolvió nerviosa.

Quitó el vaho que había enturbiado el espejo mientras se daba una ducha caliente, que pretendía relajar sus tensos músculos. Se secó el pelo y se colocó el pijama, abrió el minibar: un paquete de cacahuets no era suficiente. Llamó al servicio de habitaciones. Un chico almibarado y muy amable la informó de que el señor Hunter había reservado su mesa habitual para cenar con su esposa en el restaurante.

—Yo... lo siento, sí es verdad, no lo recordaba.



—No tiene que disculparse, señora Hunter, nos alegramos de tenerla de nuevo entre nosotros. Ahora mismo subirá Katie, de la boutique, con un vestido y algunas chucherías de última hora para usted, espero que nos disculpe si no son de su absoluto agrado, no hemos... tenido tiempo de...

—¡Oh! Tranquilo, estará bien, estoy segura. Perdona, yo... tu... ¿me conoces?

—Pues claro, señora Hunter, antes era el chico de los recados, usted solía darme golosinas cuando el señor Hunter no miraba y unas propinas que me ayudaron a estudiar; ahora soy el jefe de esta recepción, ¿qué le parece?

—¡Dios mío! ¿Kevin?

—El mismo, señora Hunter.

—No sabes cómo me alegro de oír una voz conocida, pero has crecido mucho.

—Sí, señora. Y, a parte de la señorita Dumont, creo que soy el único no indio del casino.

Roxie recordó aquellos tiempos tiernos y amargos a la vez. Su amor por Jeremy la había dejado totalmente ciega a la realidad, y la bruja Dumont, como ella y Kev la llamaban a escondidas, había dinamitado la confianza que durante tantos años se habían tenido ella y su entonces marido.

—Así es que la... señorita Dumont sigue por aquí, ¿verdad? —le preguntó casi inocentemente.

—Sí, señora. Y déjeme decirle que últimamente su humor ha empeorado sustancialmente.

—La bruja vuela en su escoba —no pudo evitar decir con una amarga risa.

—Según veo en las cámaras, los vuelos se acercan a la zona de conflicto, enviaré a Katie cuanto antes.

—A la zona... —En ese momento oyó voces en su puerta, y alguien que tocaba en la madera.

—Sí, es ella.

—Está bien, Kev, luego pasaré a verte y que me pongas al día.

No le dio tiempo a contestar, la bruja en persona se plantó en el centro del salón de la suite. Roxie apretó el botón de interrupción de llamada.

—Normalmente uno espera a que le den paso antes de entrar en la habitación de otra persona.

—Lo siento, señora Hunter, yo... —La *woman in black* se ganó una mirada de fuego de Clare.

—Tranquila, puedes dejarnos a solas.

—La chica se fue llevándose la mano directamente a un auricular. Roxie supuso que estaba avisando de situación en rojo en la suite principal, o algo así.

—Así es que aquí estás —le dijo la rubia, en tono de reproche.

—Eso parece. ¿Querías algo? —preguntó la Loba, mientras se entretenía en secarse el pelo con una toalla.

—Supongo que crees que el hecho de que te haya traído aquí significa que estáis juntos de nuevo y que se va a deshacer de mí.

—Me pillas algo liada. ¿Hay algo importante por lo que tengas que estar aquí?

—Trabajo aquí, prácticamente dirijo este lugar, ya que Jeremy está demasiado ocupado con sus asuntos familiares como para pasar aquí más de dos meses seguidos.

Y eso era una acusación en toda regla.

—Supongo que, para ti, ya ha dejado de ser el señor Hunter.

—¿Por qué no le dejas rehacer su vida? No quieres estar con él, pero tampoco lo sueltas. Eso es muy egoísta por tu parte, si realmente lo quisieras, lo dejarías ir.

—¿Como haces tú? —le devolvió la acusación.

—Soy yo la que ha estado a su lado todos estos años, la que le ha confortado y ayudado en los momentos de dolor.

Roxie se quedó callada, porque no sabía qué contestar a eso, era verdad. Todo lo que había

dicho lo era.

La puerta se abrió y, como si lo hubieran conjurado, Jeremy apareció.

—La chica de boutique me ha dado esto para ti —declaró tendiéndole varios paquetes y lo que parecía un vestido envuelto en una funda protectora.

Aprovechando que tenía las manos ocupadas, se acercó y, cogiéndola de la cintura, le plantó un beso en los labios, uno de esos dulces y lentos. Exactamente el tipo de beso que la había dejado esperando en el avión.

—Siento interrumpir esta bonita reunión, pero tengo que consultar unas cosas con Clare. Volveré en diez minutos, en cuanto me duche bajaremos a cenar.

—Es muy tarde, Kawosa —le provocó—, preferiría tomar algo aquí y acostarme.

La mirada azul se hizo casi negra, tal vez se había excedido, porque dio un par de pasos más hacia ella, sus cuerpos se tocaban, sus miradas de nuevo enredadas, Roxie tuvo la impresión de que iba a echarla en el sofá allí mismo, delante de la bruja rubia.

—Será como quieras, entonces —la amenazó tan cerca que pudo respirar sus palabras.

Ella se quedó inmóvil, con el corazón palpitándole como si hubiera corrido la maratón de Boston. La mirada fija en la puerta mientras lo veía salir, y detrás a Clare, que destilaba odio hacia ella por todos los poros de su cuerpo.

Pensó con rapidez, su marido no era de los que se echaba atrás en sus decisiones, pero con respecto a ella parecía que estaba flaqueando, y además estaba el caso que iba a llevar en Houston, ¿podría ser que estuviera cambiando?, ¿que pudiera volver a ser el que era?, ¿que la rubia ya no ejerciera tanta influencia sobre él?

Sintió un golpe de ilusión subiendo por su estómago. No podía dejarle volver sin más a su cama, no antes de saber que tenían una verdadera oportunidad de volver a ser los que eran. Si se dejaba llevar por la ilusión volvería a pasar lo de siempre.

Buscó una estrategia para que no sucediera lo que parecía que iba a suceder entre ellos. Comenzó por secarse el pelo. Era muy tarde, pero afortunadamente el hotel daba comida durante casi toda la noche. Sacó el vestido del envoltorio, era un traje largo sin hombros de color champán, la falda caía en cascada desde un corpiño ajustado y con pedrería. Era precioso y le recordó a la que fue durante el tiempo que vivieron los dos en ese hotel, la que no le gustaba. Bien, eso le recordaría que no debía ablandarse con tanta facilidad. Se colocó las maravillosas sandalias Jimmy Choo y se maquilló ligeramente, y todo ello en ocho minutos, había batido su propio récord.

Salió al pasillo donde, en ese instante, dos *women in black* custodiaban su puerta.

—Mi marido me espera en el restaurante —mintió. Ellas se miraron, hasta que la que ya conocía de antes habló.

—Su marido nos ha dicho que volverá a por usted en... —miró su reloj— dos minutos.

—Como soy mayor de edad, voy a ir donde me dé la gana, podéis acompañarme o dejar que vaya sola.

En ese momento el ascensor se abrió y Jeremy la miró de arriba abajo. Un brillo especulador se reflejó en su cara.

—La señora Hunter es muy valiente, señor Hunter —declaró la ya conocida guardaespaldas; Roxie se preguntó si la otra sabría hablar.

—¿Tú crees? —le contestó él sin llegar a mirarla.

—No teme enfrentarse a mujeres que portan armas o veneno.

—Hablando de veneno, procura no morderte la lengua —le aconsejó su jefe mientras pasaba entre las tres y abrió la puerta—. Nos vemos en el restaurante, Loba.

Cuando entró en el baño, todavía olía al champú de Roxie, era una mujer muy rápida, siempre lo había sido, tardaba incluso menos que él; teniendo en cuenta la cantidad de cabello que él debía arreglar, era casi normal. Le parecía todo tan natural, tenerla allí, compartir el baño, el olor, las provocaciones, incluso los problemas. Así era como deberían ser las cosas y no entendía por qué ella no las quería así.

La conversación con Clare fue corta y desagradable. Hubo amenazas, lágrimas y algunos golpes en los muebles y en su propio cuerpo.

La había dejado desahogarse, al fin y al cabo, en parte era culpa suya, nunca debería haberle dejado tanto poder, se había desentendido del casino y le había dejado todo el trabajo duro a ella. Si finalmente Roxie se salía con la suya y él dejaba todo aquello para dedicarse de nuevo al derecho únicamente, se lo dejaría todo a Johny y Clare seguiría siendo la segunda al mando, no era india, el Consejo nunca la admitiría como algo más, y él no confiaba en ella tanto como para dejarla manejar sus acciones, ya no. Pero si descubría que tenía algo que ver con lo que había pasado en Houston o en su apartamento... entonces...

Cuando salió se encontró con una de las dos guardaespaldas en la puerta, la más joven.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —se cernió sobre ella.

La chica siguió mirando al frente, con los brazos cruzados detrás de su espalda.

—Órdenes de la señora Hunter —le informó escuetamente.

—Órdenes de... —La risa le quebró el enfado y se dirigió al restaurante seguido de cerca por la joven.

Una vez allí, vio que en la zona de la barra había diferentes personas con distintos grados de ebriedad, incluso algunas sobrias; eso tenía que arreglarlo, a esas horas si tenían la cabeza despejada era porque hacían números y debían tener los bolsillos llenos. Hizo una llamada antes de acercarse a la mesa en la que lo esperaba la Loba tomándose una cerveza directamente de la botella.

No, definitivamente no era una mujer de *Cosmopolitan*.

En cuanto se sentó el camarero le puso un vaso repleto de agua con hielos y limón.

—Gracias —le dijo—, ponnos el especial de la noche.

—Sí, señor —contestó mientras ponía unos palitos de pipas y olivas con aceite en un platito.

—¿Me vas a decir ya por qué estamos aquí? —inquirió Roxie.

—Ya te lo dije, prefiero que estés pegada a mí y mi equipo de seguridad mientras aclaramos los últimos incidentes —dio un largo trago de agua.

—Seguridad para mí. ¿Y para ti? —se quejó ella dando un gran bocado al palito.

—Ya te has encargado tú de eso, ¿no?

—Alguien tenía que hacerlo —se quejó ella.

—Me parece bien. Me alegra saber que te preocupas por mí. —Él seguía mirándola con hambre, y no de comida.

—Siempre me preocuparé por ti, has sido una parte muy importante de mi vida.

—Pero...

—Tú decidiste cerrar cualquier puerta a nuestra... relación, hace un par de meses, ¿recuerdas?

—Sí, y lo decía en serio, pero lo que quiero y lo que debo hacer no siempre coinciden.

—Ya. Y aquí estamos ahora.

—Sí, aquí estamos.

Se quedaron callados, mirándose fijamente a los ojos, dejando correr esa tensión entre ellos, el anhelo, el deseo y la frustración. Pasaron muchos minutos, o quizá tan solo unos segundos, hasta

que la camarera les interrumpió.

La cena transcurrió en silencio, demasiado absortos en sus sentimientos, ninguno de los dos se dio cuenta de una mirada que los observaba a ambos desde un reservado. A nadie parecía llamarle la atención, ninguno de los empleados de seguridad le dio importancia, mientras esa persona calculaba y planeaba las distintas formas de llegar a ellos, de hacerles daño, y tratar así de evitar el desastre.

Roxie notaba el calor de Jeremy caminando a su lado, se sentía débil, incapaz de resistirse por más tiempo; si él le diera la más mínima señal, era consciente de que claudicaría. Se dejaría llevar y volvería a hacer el amor con él, como siempre. No quería compartirlo, pero lo hacía, llevaba años haciéndolo.

Era diferente cuando estaban en Wellstone y él iba a verla, no tenía tan presente su mundo, la rubia no estaba allí mismo; en ese momento, ella era la intrusa y, a pesar de que en un principio le hubiese ayudado a crear su pequeño imperio, ya no pertenecía a esa parte de su mundo. Ojalá no hubiese tomado la decisión de acompañarlo.

—No hace falta que me acompañes hasta la puerta, hay cuatro armarios roperos detrás de nosotros que estarán encantados de hacerlo.

—No te estoy acompañando, voy en la misma dirección.

—¿Tu suite está en el mismo piso que la mía? —le preguntó.

Él dudo un momento antes de contestar.

—Sí.

Entraron en el ascensor y marcaron el piso catorce.

El aire en el elevador estaba fallando, estaba claro, porque Roxie no podía respirar, el olor que lo inundaba todo era la fragancia de Kawosa, a madera, como siempre. Cerró los ojos intentando controlar las sensaciones que la llenaban por completo. Piso cuatro, aún quedaban diez. Se estiró y dio unos pasos hacia delante, intentando alejarse de él. ¿Qué demonios tenían los ascensores?! ¿Por qué resultaban tan eróticos? ¿Y por qué infiernos nadie tenía que subir al ascensor? Piso seis.

Esto iba a ser eterno.

De repente se le ocurrió algo. Se giro para encararlo.

—¿Por qué vamos solos? Los guardaespaldas no han subido con nosotros.

—Este ascensor no es público, estás instalada en mi suite privada. Podemos ir por el del pasillo como antes, o por este que da directamente a la habitación. Aquí solo subo yo y quien yo diga.

—Antes no... —Miró los botones, piso diez.

—No, esto es posterior a que me dejaras. Me resultaba más cómodo vivir en el hotel todo el tiempo, así es que hicimos algunas mejoras.

Se aguantaron las miradas durante unos segundos, la referencia a lo que los separó quedó suspendida en el aire. Piso catorce.

## Capítulo 10

# SIEMPRE QUIZÁ

Roxie miró a su alrededor, la suite era impresionante, ya se lo había parecido antes, lo que no veía era la puerta que comunicaba con otra habitación, porque debía estar en algún lado.

—¿Dónde vas a dormir tú? —le preguntó a Jeremy sin atreverse a mirarlo directamente.

—Si te da vergüenza que durmamos juntos, lo haré en el sofá. Pero no sería la primera vez que estamos en la misma cama —recalcó con sorna.

—¿Crees que podrás resistirte a mis encantos cuando se rocen nuestros cuerpos? —se rio ella.

—No, por eso tal vez lo mejor será que duerma en el sofá.

—¿Por qué no me buscas una habitación diferente? Ambos estaremos más cómodos —sugirió Roxie.

—Quiero tenerte cerca, lo más cerca posible.

—Ah, ¿sí? —La Loba se fue hacia él con paso insinuante. Jeremy no se movió.

—No voy a perderte de vista. Y no te va el papel de Mata Hari.

—Claro que no, eso lo hace mucho mejor tu...

—Será mejor que descansemos —la interrumpió.

La miró con un brillo extraño, pero se dio la vuelta y se metió en el baño.

Roxie estaba realmente enfadada, decidió que se buscaría otra habitación ella sola.

Al intentar salir se encontró a las dos guardaespaldas; Mudita y Dicharachera las llamaría su amiga Nat.

—Ha habido un error, tengo que buscarme otra habitación —les informó.

—Me temo que no podemos permitirselo, señora Hunter.

Roxie apretó los dientes.

—Supongo que sabéis que esto es un secuestro.

Ninguna de las dos mujeres contestó.

La Loba no se anduvo con contemplaciones, simplemente empujó a la más menuda.

La chica no se movió del sitio, era pequeña pero robusta, la otra la inmovilizó sujetándola por el brazo.

—Permítame que la acompañe dentro.

—¡Vaya! Pero si sabes hablar. No me toques. —Se soltó de un tirón.

La chica la dejó dentro y cerró la puerta. Llena de rabia golpeó con el puño en la madera. Podía pelearse con ellas, era buena en la pelea, pero no pensaba que mereciera la pena, el resultado final sería el mismo.

—¿Qué pasa? —indagó Jeremy saliendo del baño al escuchar el escándalo.

—¡Por el amor de Dios! ¿No podías tener el detalle de haber echado barriga, haberte quedado calvo o algo? —le gritó al verlo desnudo en todo su esplendor.

Dos meses, habían pasado dos meses desde la última vez que lo había visto desnudo, quizá

estaba algo más delgado, pero igualmente atractivo.

Jeremy se miró a sí mismo sorprendido.

—No hace tanto tiempo que me viste... así. Soy el mismo, no he cambiado, ni por dentro ni por fuera. Tampoco lo que siento. Y los indios no nos quedamos calvos.

Roxie tragó saliva y lo miró a los ojos. Allí estaba, delante de ella como una ofrenda de los dioses, le encantaría olvidarse de todo y tomarlo, pero nada había cambiado, y él se estaba encargando de recordárselo.

Aun así, no pudo evitar bajar la mirada y recorrerlo por completo, y sí, estaba duro, sus ojos se demoraron en esa parte un poco más de lo prudente.

—¿Ves algo que te guste? —se burló él.

Ella carraspeó y volvió a mirarlo a los ojos.

—¿Has terminado? —le preguntó apoyando las manos en las caderas para intentar infundirse valor.

—Solo me ha dado tiempo a ducharme, me falta el pelo, ¿quieres lavármelo?

—No, gracias, busca otra esclava.

Pasaron un minuto en silencio, desafiándose con la mirada, con los gestos, con los pequeños ruidos de protesta que emitían sin darse cuenta.

—¿Qué era todo ese escándalo? —le preguntó él al fin.

—Me has secuestrado —lo acusó.

—No seas absurda. —Sin la más mínima explicación se dio la vuelta y, mostrándole sin pudor la parte trasera, volvió a meterse en el baño. Ya no tenía veinte años, pero seguía teniendo el mejor culo que ella hubiera visto. Él decía lo mismo del suyo. En pasado.

Roxie se rindió, o casi, su pequeña rebelión consistió en arreglar el sofá y ser ella la que se acostara allí. Se desnudó, pero en vez de buscar en su equipaje un pijama, cogió una camiseta de él y se la colocó, la de los Oklahoma City; según recordaba era la favorita de Jeremy para dormir. Pues si la quería, tendría que quitársela. Sacó una toallita del bolso y se quitó el maquillaje, sabía que él aún tardaría un rato, su cabello requería muchos cuidados. Sonrió; en otro tiempo a ella le encantaba peinarlo, acariciar su melena y hacerle la trenza que llevaba a menudo cuando era un chico revolucionario, idealista y soñador.

Con esos recuerdos se acurrucó en el sofá y se relajó. No supo en qué momento el sueño se apoderó de su consciencia.

Jeremy salió del baño con una toalla en las caderas, el cabello seco y suelto, la buscó con la mirada, pero la cama estaba intacta. Fue hacia la entrada temiendo que se hubiera salido con la suya, sintió un nudo en la garganta, aún no sabía de dónde provenían los ataques, pero tenía un mal presentimiento. Todo lo sentía como muy personal, y por alguna razón creía que estaba conectado con la Loba.

Al pasar frente al sofá divisó un bulto tapado con una manta.

—Maldita cabezona —farfulló con una sonrisa en la boca.

Se acercó hasta ella, la tomó en brazos y la llevó a la cama. Ella se removió y le echó los brazos al cuello aún dormida. Jeremy la sostuvo unos minutos disfrutando del contacto, se permitió inhalar el aroma de su cabello, olía a frutas, enterró su nariz en el cuello de la joven y la respiró; a ella entera, empapándose de su esencia, atesorando en su memoria un momento más que pudiera hacerle sufrir cuando volviera a separarse de él.

Se interrogó a sí mismo para saber cómo habían llegado a esta situación, pero no halló respuestas, solo sabía que ella anhelaba algo que él ya no podía darle, ya no era un muchacho iluso, ahora era un hombre hecho a sí mismo, con una gran fortuna y muchas responsabilidades;

cualquier mujer estaría encantada de apoyarlo, pero no ella, su Loba, no.

Roxie seguía enamorada de un chico de veinte años que se daba cabezazos contra la pared a diario. Que peleaba y peleaba y no conseguía nada. Todo el mundo lo respetaba, su nombre era conocido y solo tenía que pedir algo para que se le concediera de inmediato; menos ella, claro, ella no le daba nada.

La depositó en la cama y se dio cuenta de que llevaba puesta su camiseta preferida, siempre le gustó decir la última palabra, parecía que eso no iba a cambiar en un futuro próximo. Jeremy se quitó la toalla y se acostó junto a ella, la atrajo hacia sí, y se dispuso a pasar una noche de tormento y placer; estar cerca de Roxie, tocarla y no poder tenerla lo iba a matar, y él iba a disfrutar cada segundo de esa maldita y maravillosa agonía.

\*\*\*

Roxie abrió un ojo y luego otro, la luz del sol empezaba a filtrarse por la ventana, estaba amaneciendo. Intentó estirarse, pero algo se lo impedía: un peso, el peso de un hombre. Parpadeó varias veces y todos los sucesos de los últimos días se agolparon en su mente.

Sintió un cosquilleo en el estómago, el corazón le dio un vuelco y notó todas las absurdas cosas que se decían en los libros para describir la enorme descarga de adrenalina que le provocó saber que el brazo y la pierna que la aprisionaban eran de Jeremy. Intentó recordar si había pasado algo, pero no, ella se había acostado en el sofá y no recordaba cómo había llegado hasta la cama.

Estaba pensando en cómo salir de allí sin despertarlo, cuando la voz profunda de Kawosa le acarició la garganta.

—Creo que es hora de que me devuelvas mi camiseta.

La Loba no se movió, no contestó, lo deseaba tanto que dolía, pero nada había cambiado, él seguía empeñado en ser el amo del mundo y ella no quería al hombre en el que se había convertido y no estaba dispuesta a compartirlo con la rubia, bajo ningún concepto. En todo caso la regla del *no sexo* la puso él, por tanto, era él quien tenía que romperla y dar el primer paso.

Y Jeremy lo hizo. Metió la mano bajo la camiseta y comenzó a subirla acariciando deliberadamente su estómago, su pecho, el cuello. Se la sacó por la cabeza y le inmovilizó los brazos con ella, recorrió entonces su cuerpo con la boca, labios, lengua y dientes.

## Capítulo 11

### SI ME DEJAS

Jeremy se despertó con la cabeza abotargada, todos sus sentidos estaban ocupados en ella.

Su fragancia se había ocupado de meterse en su cuerpo, su tacto la pedía a gritos, la boca se le hacía agua al recordar su sabor; aún no había abierto los ojos, pero estaba seguro de que en cuanto viese el más mínimo trozo de piel de ese cuerpo, se daría un festín, ya no podía resistirse más. Después vendría el dolor, los ataques, el arrepentimiento; estaba seguro, pero no le importaba, nada importaba más que sentirla de nuevo, volver a estar dentro de ella.

La había notado moverse, estaba despierta, podía dejarla marchar o arriesgarse. Le dijo una tontería sobre su camiseta y se dispuso a quitársela.

Ella no le contestó, pero se acercó al él descaradamente, le puso las nalgas pegadas a la pelvis y se restregó insinuante. Esa vez no la iba a dejar escaparse, la obligaría a hablar antes de que se revoliera, aunque le costara la misma vida. Le sujetó las muñecas con la camiseta y se las mantuvo arriba con una mano, le aprisionó las piernas entre las suyas y con la mano libre comenzó a recorrerle el cuerpo. Empezó por el cuello, sus ávidos dedos se demoraron jugueteando con el pulso latiente de ella, bajó pasando por la clavícula, acompañó la caricia con un bocado poco tierno en la erizada piel del hombro, ella gimió un quejido incierto, se revolvía en su agarre sin mucha convicción.

Jeremy continuó su particular camino al infierno recorriendo el pecho de Roxie, dibujaba espirales sin llegar a rozar la eriza punta, el duro pezón clamaba por atención, él se acercaba con la promesa de una caricia y se alejaba sin dársela, hacia la otra cúspide. Su Loba respondió tratando de darle una patada, él se rio contra su piel.

—Aguanta —le susurró.

—Eres un capullo.

—Lo sé. ¿Me quieres? —No tenía planeado empezar a presionarla tan pronto, pero sus labios formaron la pregunta, y su garganta la expulsó antes de que su cerebro procesara lo que acababa de hacer.

Sintió cómo ella se envaraba en sus brazos. Estaba rígida e inmóvil, la respiración agitada era la única pista de la excitada laxitud de antes.

—¿A qué viene eso? —le preguntó enfadada.

—Quiero saberlo. —Ella trató de girarse para mirarlo—. No. —Retomó las caricias mientras esperaba su respuesta, no quería que se volviera y discutir; ellos se entendían cuando había sexo de por medio, pues así sería.

Los labios de Jeremy se cerraron en la base del cuello de la joven, que de nuevo comenzó a contonearse contra él.

Kawosa aún la mantenía sujeta en la misma posición, y su traviesa mano volvió a jugar con sus pechos. Esta vez cogió un pezón entre el pulgar y índice y lo apretó como a ella le gustaba, tiró



de él para luego soltarlo y amasarlo con la palma, el gemido de ella fue más intenso esa vez.

—¿Por qué no puedes quererme como soy ahora? Sigo siendo yo, sigo siendo tuyo —le susurró al oído.

—Kawosa, no... en este momento... no...

Roxie sintió que Jeremy reaccionaba al escucharla mencionar su nombre indio, le dio la vuelta y se colocó encima de ella. La intensidad de su mirada le hizo un nudo en la garganta.

Casi no le salían las palabras, ¿cómo iba a poder contestar a algo así cuando su cerebro estaba totalmente fundido?

—Este es el mejor momento, no pienses, solo contesta —insistió.

—Yo... no puedo... —Se había quedado completamente quieto.

Respiraba con dificultad, sus preciosos ojos empañados por las lágrimas.

Roxie se sintió tentada de decirle la verdad; que sí lo quería, lo amaba más que a nada en el mundo, pero no podía vivir con él de esa manera. Tal vez, si él seguía con el juicio, si dejaba atrás el casino... ojalá pudiera contestarle en ese momento, pero no, en ese momento no podía.

No podía quererlo, se lo estaba diciendo, así, entre sus brazos, con su marca en el cuello, con todo el cuerpo vibrando por sus caricias, y era capaz de... se retiró de ella despacio, la soltó y se quedó acostado en su lado, con el brazo sobre la cabeza, tratando de controlarse, no quería ponerse a llorar como un niño y hacer un ridículo espantoso, pero se temía que sería así si ella volvía a negarle el amor.

Sintió la mano de Roxie sobre su estómago bajando peligrosamente, y supo hacia dónde se dirigía. Su pene reaccionó, claro, cómo no iba a hacerlo, la conocía tan bien... Él también la echaba de menos, casi estaba saltando, esperando el contacto de esos largos y sedosos dedos.

Kawosa hizo un movimiento brusco y le apartó la mano.

Ella no cejó en su empeño de hacerlo reaccionar, pegó su cuerpo a él por completo, él se movió hacia el borde de la cama, ella le siguió. Jeremy no podía moverse más o caería. Se obligó a echar los pies al suelo y se quedó sentado en la cama con los brazos apoyados en los muslos y la mirada perdida en el infinito.

La Loba se puso de rodillas sobre el colchón y se acercó a él, le cogió el cabello y comenzó a peinarlo con los dedos. Despacio y entre caricias en la espalda le hizo una trenza, a ella le encantaba verlo con ese peinado. Se dio cuenta del momento exacto en que lo había conseguido, Jeremy estaba flaqueando y en cualquier momento la echaría sobre la cama y se la comería viva, tal y como a ella le gustaba.

Notaba la lucha interna que sufría, la tensión de sus músculos era extrema, casi le temblaban. Roxie se sintió más atrevida y recorrió la cintura de él desde atrás con la mano, una vez que llegó al ombligo, buscó el objeto de su deseo y lo rodeó con ella, bajo un par de veces con cierta fuerza, se vio recompensada por el aullido de Kawosa, más Kawosa que nunca. En un abrir y cerrar de ojos ella estaba de nuevo en el centro de la cama, con él encima abriéndole las piernas con sus poderosos muslos, las manos aprisionadas contra la almohada y su erección tentando la húmeda entrada de su centro.

—Solo di sí o no. ¿Me amas? —exigió clavando su azul mirada en ella.

—No puedes... —Por toda respuesta él entró ligeramente en ella y volvió a salir rápidamente.

—Sí o no.

—¡Eres un cabrón! —Él respondió volviendo a introducirse en ella lo justo para desequilibrarla.

Ella gritó.

—Sí o no. Responde, es una pregunta simple.

—Y un cuerno es simple. —La furia de Roxie refulgía en sus ojos, era amenazadora, pero él no se dejó intimidar.

—Sí o no. —Volvió a jugar con ella.

Roxie no supo de qué manera las palabras salieron de su boca, pero lo dijo, y era total y desgarradoramente sincera.

—Te amo. Te quiero de todas las maneras, capullo. —Sintió cómo le liberaba las manos para acariciarle la cabeza, sus labios atraparon los de ella y sus lenguas lucharon por fundirse.

No fue un beso amable ni perfecto, hubo dientes, mordiscos, lucha de poder, no hubo contención ni miramientos.

Roxie le puso las manos en las nalgas para asegurarse de tenerlo justo donde quería y lo empujó hasta dentro clavándole las uñas. Él le respondió succionándole el cuello para lamerlo después mientras la penetraba con fuerza una y otra vez.

Desde lo lejos irrumpió en sus conciencias el sonido de un golpeteo contra la puerta.

Una voz femenina llamaba a gritos a Jeremy, mientras otras voces la instaban a marcharse.

Roxie reconoció la voz de Clare, y todo se desmoronó de nuevo, se quedó rígida, apartó la cara hacia un lado.

—¡Joder! No puede ser más inoportuna. Tal vez sea algo relativo al robo, puede que sea importante —le susurró temiendo su respuesta.

—Eres idiota, Jeremy —le contestó ella apartándolo de un empujón.

El fuego inundaba el pecho de Roxie, esta vez iba a matarla, lo tenía claro. Se dirigió a la puerta sin molestarse en ponerse nada encima. Casi había llegado cuando sintió unos fuertes brazos la sujetaban por la cintura y la echaban en la cama sin miramientos.

La apuntó con una mano advirtiéndole sin palabras que no se moviera de ahí.

—¡Lárgate, Clare! Estoy ocupado con mi esposa y no voy a atenderte ahora.

Jeremy observó cómo una sonrisa curvaba los carnosos labios de la Loba.

—¿De qué cojones te ríes? —le recriminó él.

—Tú nunca... —cuando ella interrumpió—, nunca...

—¿Qué? ¿Nunca me había comportado como un mezquino hijo de puta? ¿Es eso lo que quieres? —le preguntó mordaz.

—No, yo no... no quería eso, pero es que ella...

—Si vamos a volver a estar juntos tienes que hacer algo con esos celos enfermizos...

—¿Celos enfermizos? ¿Yo?

—Sí, tú, lo que sientes por Clare... un momento... no has dicho nada de lo de volver a estar juntos ¿quieres?

Roxie vio la ilusión invadir los ojos de Jeremy, y cómo una de sus raras sonrisas se asomaba a la cara para iluminársela. Era verdad, no se había dado ni cuenta, pero implícitamente había aceptado que estarían juntos, en un rincón de su cabeza era así.

—Supongo que después de hablar mucho podemos... no lo sé... ¡Dios! No lo sé, Jeremy, no tengo ni idea de lo que va a ser de nosotros. Sé que te quiero, pero también sé que no quiero esto. —Abrió los brazos abarcando la habitación.

—Me quieres. —Él se acercó de nuevo a ella, despacio, con los labios aún curvados de satisfacción.

—¿Has escuchado lo que te he dicho? —se quejó ella haciéndose a un lado para que no la tocara.

—Claro que te he escuchado, has dicho que me quieres. —Dio un paso hacia ella extendiendo el brazo para que no pudiera escaparse.

Ella se subió de pie encima de la cama para poner una barrera entre ellos.

—Lo otro, no quiero esto, no quiero esta vida, el casino, el apartamento de lujo, los guardaespaldas, los vestidos caros, esperar cada noche a que regreses y quedarme esperando... que te olvides de nuestras fechas señaladas, que me cambies por... Todo esto no va conmigo, no podría soportarlo.

Jeremy por toda respuesta se acercó a ella, Roxie se dio la vuelta para huir, pero él la sujetó por la cintura y la echó de nuevo en la cama poniéndose encima para evitar que escapara.

Le apartó el pelo de la cara delicadamente y se quedó un mechón de ese rebelde flequillo entre los dedos.

—Me estoy acostumbrando rápidamente a esto de tirarte sobre la cama.

Tras un silencio en el que solo se miraron a los ojos, sin mover un solo músculo, él volvió a hablar.

—Lo solucionaremos, necesitamos... necesito tiempo. Confía en mí, por favor.

—¿Cómo vas a arreglarlo?

—Iré delegando, preparé a Johny, será un buen sucesor, pero tengo que convencer al Consejo, le venderé mis acciones, bueno, las suficientes como para que pueda actuar. Volveré a ejercer, me dedicaré al derecho de nuevo. ¿Es eso lo que quieres?

—Lo que quiero es que tú quieras eso.

—Yo te quiero a ti, es lo único que me importa en este momento.

—Pero yo...

—Dame tiempo, ¿vale?

Ella cabeceó y él volvió a sentir la premura del deseo descarnado, se introdujo en ella despacio, mirándola a los ojos, diciéndole con la mirada lo mismo que antes le había dicho con palabras.

Sus ojos azules eran impresionantes, Roxie sabía que él los odiaba porque eran la parte que le recordaba quién había sido su padre: un monstruo. Pero ella los adoraba porque eran el alma que reflejaba todo el corazón de Jeremy, se abrazó a él y se dejó llevar hasta sentir los primeros temblores, no pudo evitar gritar agarrándose a las sábanas con los puños, sus dientes clavados en el hombro de él.

Jeremy empujó con fuerza y siguió mirándola, viendo cómo se corría para él, cómo le daba todo y disfrutando de saber que esa vez no saldría huyendo, esa vez no se revolvería, ahora iban a construir su futuro. Y con ese pensamiento se dejó ir con ella.

## Capítulo 12

# DESPERTARES

Roxie se despertó sola. Habían pasado dos semanas ya y seguían en el casino.

Jeremy había estado en contacto con Stuart y por fin parecía que se había puesto fecha para el juicio. Los incidentes habían quedado atrás, aunque las investigaciones no revelaron nada por el momento, ni en Wellstone ni allí.

Habían establecido una rutina no muy sólida, pero estaba funcionando. Jeremy se levantaba temprano e iba directo a su despacho, ella desayunaba, adelantaba trabajo administrativo para el bar y salía a correr, siempre con Mudita acompañándola; la primera mañana no fue muy cómoda para la joven que corrió con su uniforme de super dura, después de eso aprendió a ir en chándal.

Roxie recogía a Jeremy a la hora del almuerzo, que normalmente hacían en el casino, tras el cual él volvía a su trabajo y ella daba vueltas por la ciudad, el tercer día había encontrado un garaje en el que perdía bastante tiempo. Sobre las siete se veían en el gimnasio del hotel.

Durante las dos semanas, solo interrumpieron esa dinámica para acudir a encuentros con la policía que seguía trabajando en el allanamiento del apartamento, hasta entonces la investigación seguía en punto muerto, ellos sospechaban que en breve lo mandarían al cajón del olvido. Después de todo, no faltaba nada.

Sintió la luz del sol en la cara, abrió los ojos despacio y tardó unos segundos en recordar dónde estaba y algunos más en ser consciente de lo que estaba pasando, recordó otro amanecer, cuando se despertó pegada al cuerpo de Jeremy deseando que la abrazara, que la tocara.

Y al fin pasó. Esa vez había sido distinto, habían llegado a una especie de acuerdo dominados como estaban por el deseo.

Se levantó despacio, con toda la pereza que su cuerpo le pedía, habían hecho el amor varias veces, de forma salvaje y de forma lenta. Sus cuerpos se conocían a la perfección y reaccionaban con antelación a sus caricias. Una sonrisa se dibujó en su cara, por primera vez estaba dejando que la esperanza se colara en su corazón. Los últimos días habían sido mágicos, se estaban volviendo a conocer, la rubia había desaparecido, no sabía cómo, pero no le importaba. Le pareció posible llegar a solucionar sus problemas. Ella también tendría que ceder, quizá tendría que acostumbrarse a que Jeremy viajara, incluso acompañarlo en alguna ocasión.

Le daría el tiempo que le pedía, y rogaba que su amor pudiera con todo.

Se colocó el albornoz cortesía del casino y abrió la puerta justo cuando Mudita tocaba con los nudillos.

—Señora, han traído su desayuno —le informó haciendo amago de entrarlo en la habitación.

—Buenos días, puedo hacerlo yo, gracias. ¿Duermes en algún momento?

—quiso saber metiendo las bandejas en la habitación.

—Lo necesario para estar alerta —contestó la otra, volviendo a su posición de firmes.

—¿Has desayunado? —insistió.

—Sí, señora.

—Si te digo que no me llames señora, estaré perdiendo el tiempo, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Ya. ¿Cómo te llamas?

—Jenifer, señora.

—Jenifer, ¿sabes dónde está Jeremy?

—El señor Hunter está reunido con Johny.

—¿Johny? ¿Él no es el señor... —en ese momento se dio cuenta de que no sabía cómo se llamaba Johny en realidad— lo que sea? —Vio cómo la joven se ponía roja.

—¿Desea algo más, señora? —Se zafó de la pregunta.

—Gracias por todo, Jenifer. ¿Dónde está tu compañera últimamente? —La joven desvió la mirada y apretó la boca.

Era evidente que no iba a contestar.

La Loba entró en la suite y cerró la puerta. Johny no había viajado con ellos, en un principio se había quedado en Houston para ayudar a Lyon con el caso.

Levantó una de las tapas plateadas que ocultaban los platos, cogió una fresa del cuenco de frutas y se sirvió un café. Al sentir el jugo de la fruta romperse en su boca se despertaron de nuevo sus sentidos, y se dio cuenta de que estaba hambrienta, descubrió otro plato y atacó los huevos revueltos con verduras.

Llevó el carro hasta el sofá y se sentó a devorar los manjares.

¿Qué hacía Johny allí? Era posible que Kawosa hubiera iniciado ya su plan para introducirlo en la dirección del casino. Iba a estar bien ver la reacción de la rubia, pero eso sería problema de Johny en breve; bueno, esperaba que fuera en breve. Tenía que confiar en que Jeremy había sido sincero, en que no hablaba solo la pasión, debía creer que realmente deseaba volver a Houston, a sus orígenes, al derecho y a ella. Su teléfono emitió varios pitidos, fue hasta el dormitorio y lo cogió de la mesita en la que estaba cargándose.

«Me han dicho que ya te has despertado.»

«Buenos días.»

«Estoy con Johny tratando varios asuntos.»

«Ven a mi despacho en cuanto vuelvas de correr.»

«Hoy nos saltaremos el almuerzo e iremos directamente a la cama.»

«Te quiero.»

¿Existía un hombre más directo que su marido? Se quedó paralizada al darse cuenta de que había pensado en él como *su marido*.

Ella le envió un pulgar hacia arriba junto a un corazón.

Jeremy se guardó el teléfono en el bolsillo y dejó que la sonrisa que pugnaba por salir luciera en su rostro.

—¿Buenas noticias? —le preguntó Johny desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué? Eh... no, bueno sí, en realidad... continuemos. Tienes que aprender mucho en poco tiempo.

—Lo haré, lo sabes. Pero yo no soy abogado, necesito un apoyo.

—Clare te ayudará en todo lo que...

—No. —Fue tajante en la respuesta.

—Johny, no quiero que maneje todo esto sola, ya no confío en ella hasta ese punto, y además no es india, pero el trabajo que hace lo hace muy bien y conoce esto como la palma de su mano.

—No —repitió.

—Ha hecho mucho por mí, no puedo deshacerme de ella sin más.

—En lo que respecta a esa mujer estas ciego, amigo. No hace falta que se vaya, puedo manejarla, pero quiero a alguien de confianza a mi lado. A ser posible, alguien que lo vea todo con nuevos ojos.

—No voy a dejarte solo desde el principio, haremos una transición paulatina, yo te ayudaré.

—Si lo hago, será a mi manera —le informó, sacando de la funda la guitarra e iniciando una triste melodía.

Jeremy miró en el interior de esos ojos de niño bonito, había algo más, lo sabía. De todas formas, el joven tenía razón, debía hacerlo a su manera. Él había tomado una decisión y tenía que mantenerse firme. Se preguntaba si sería capaz de continuar con ello.

Desde que había vuelto de la locura que supuso el arresto de Byron y Candy, la conexión con el casino no había sido la misma. Ya no tenía tan claro que debía estar ahí. Sentía constantemente el tirón de lo que había dejado en Wellstone, no solo a Roxie, sino a la lucha en el juzgado, había disfrutado hasta el último segundo de la pelea con Stuart Lyon, ese cabrón ambicioso sin conciencia. A partir de ese momento iban a trabajar juntos, sería toda una experiencia si conseguían no matarse, aunque lo más importante era la chica.

Era evidente que le tenía miedo a Stuart, nunca se iba a abrir al fiscal, se sentía más segura con él, a pesar de que casi no lo conocía, pero sobre todo creía en George. Lo malo era que no se trataba un caso en el que George pudiera involucrarse más allá de lo que ya lo había hecho, en breve tendría que salir a investigar uno de esos crímenes sin resolver a los que se dedicaba, y trabajar con la chica sin su intermediación no sería fácil, afortunadamente su ayudante, la joven india, no recordaba su nombre...

—¿Cómo se llama la chica que trabaja con Lyon? —le preguntó cambiando de tema.

—La quiero.

—¿A quién?

—A la chica que trabaja con el cabrón de Lyon.

Jeremy abrió los ojos con sorpresa, se dio cuenta de que Johny no había cambiado ni su postura, ni su gesto; nada.

—La quieres... ¿en qué sentido?

—En todos —contestó mirándolo a los ojos, como retándolo a pelear.

—Vaya —Fue lo único que pudo decir su amigo.

—Sí, vaya.

—Entonces lo tuyo con Jenifer... —Jeremy se quedó esperando que Johny contestara; no lo hizo, tan solo siguió con su música.

Su jefe se levantó y se acercó a una nevera pequeña, sacó dos botellines de agua y le ofreció uno. El otro lo miró decepcionado.

—¿No hay una cerveza?

—Me temo que no.

Johny aceptó el botellín.

—Si diriges el casino tendrás que vivir aquí.

—Lo sé.

—Créeme, para las mujeres eso de la distancia suele ser un problema.

—Johny le dio un trago al agua, y no respondió—. ¿Ella lo sabe?

—No. Y tampoco sabe que va a ser mi asesora en esta locura tuya y, por tanto, también vivirá aquí.

Jeremy se atragantó escupiendo sobre la mesa el contenido del trago. Cuando se calmó, sacó

un immaculado pañuelo del bolsillo y lo limpió.

—Supongo que mi trabajo consiste en convencer a Stuart de que la deje marchar —afirmó.

—Estaría bien.

—¿Y cómo piensas convencerla a ella?

Johny sacó su famosa sonrisa de medio lado.

—Eso déjame a mí.

—La fecha del juicio nos beneficia, tenemos tiempo de trabajarlo a fondo y, a la vez, de dejar que te pongas al día con esto, por otro lado, también ellos tienen más tiempo.

—Para tratar de intimidar a la chica y seguir con los ataques, si es que han sido ellos...

—No lo crees. —No fue una pregunta.

—He estudiado las amenazas que le hicieron a Lyon, son casi infantiles, pataletas. Lo del bar y lo de tu apartamento es algo organizado, un tanto desesperado, pero organizado. Sobre todo, lo de tu apartamento.

—Por eso has cogido el primer avión de la mañana y te has plantado aquí. No me malinterpretes, me alegro de que hayas venido, en cualquier caso, estaba a punto de llamarte para plantearte lo del casino.

—¿Seguro?

—Solo necesitaba tiempo para... hacerme a la idea.

—Stuart y yo consideramos que hay que investigar aquí.

—¿Stuart y tú?

Johny soltó una carcajada.

—No te pongas celoso, cariño —se burló.

Jeremy no hizo caso de la chanza.

—¿Cómo está la chica? —le preguntó.

—Se mantiene, le cuesta tratar con Lyon, ya sabes, se parece al principal agresor y además es gilipollas, pero se abre con George. La llevó al rancho de Candy para que Byron trabajara una especie de terapia con ella y los caballos, su madre dice que es la primera vez que la ha visto reírse desde que pasó. Parece ser que Candy y ella conectaron rápidamente, pero es mejor no meter a tu primo en esto, ya sabes cómo es.

—Si llega a saber quiénes son, los buscará y les meterá un palo por el culo.

—Literalmente, es lo que dijo.

—Literalmente, es lo que haría.

—Se va a quedar allí hasta el juicio, Candy se lo ofreció y Stuart ha pensado que será la mejor manera de mantenerla protegida y poder trabajar tranquilo. Prefiere que se aleje de Houston.

—¿Su familia está de acuerdo?

—Parece que sí.

—¿Y ella?

—Se siente segura con Byron y Candy y le encantan los caballos. Además, tu primo controlará a Stuart.

Jeremy se levantó y miró el reloj con impaciencia.

—¿Te aburro? —Se había dado cuenta de que ya no le estaba prestando atención.

—¿Qué? Perdona, no, es que... bueno, Roxie tenía que haber llegado hace un rato, no suele retrasarse.

—Por cierto, ¿dónde está la rubia?, no la he visto en toda la mañana. Es raro que no esté por aquí al acecho.

Jeremy lo miró con desaprobación, pero no dijo nada. Si Clare estuviera allí, ya habría

entrado en el despacho varias veces, con cualquier tipo de excusa; era cierto, ella era así y tal vez por eso era tan buena en su trabajo, nada se le escapaba.

—Le he dado vacaciones, mi mujer no estaba cómoda con ella por aquí.

—Tu mujer... —repitió su amigo.

—Sí, mi mujer.

Johny levantó las manos en señal de rendición.

—¿Por qué no haces esa llamada a Lyon?

—Sabes que esa granada te puede explotar en el culo, ¿verdad?

—Jefe, tú no...

—Ya no soy tu jefe, desde este momento somos socios. La documentación del poder está firmada, poco a poco podrás ir comprándome acciones y finalmente será tuyo.

—Falta la aprobación del Consejo.

—Sí, bueno, mientras los números den, no te pondrán problemas. Solo hay dos cosas que los echen para atrás.

—Y son...

—La falta de ingresos en sus cuentas y el color de piel apropiado. Además, por muy bueno que sea el trabajo de Clare, tu asesora les va a gustar más que la mía. —Miró de nuevo el reloj.

—Llámalas, Stuart puede esperar.

Jeremy sacó el móvil del bolsillo y marcó el número en la agenda. Después de varios tonos, volvió a guardarlo.

—Salta el buzón.

—Se estará duchando o estará de camino.

—Sí, claro, es solo que...

—No seas paranoico, tío.

—Claro, voy a llamar a Stuart, prepárate para un no.

\*\*\*

El teléfono de Stuart sonó justo cuando esperaba la respuesta de la joven india.

Lo estaba mirando con los ojos tan abiertos que parecía un ciervo deslumbrado por unos faros. Candy le tenía la mano cogida, dándole fuerzas, a él no le parecía que le hiciera falta tanto cuidado, la trataban como si fuera a romperse en cualquier momento, aunque era evidente que no era ese el caso, esa chica escondía mucha más fuerza y determinación de la que demostraba, pero entre todos la iban a estropear.

—Te repetiré la pregunta y será mejor que seas totalmente sincera porque si no lo haces ahora, ya no habrá otro momento. ¿Deseas perderme de vista? ¿Quieres que le pida a algún compañero que se encargue del caso?

La chica levantó la mirada del suelo que estaba contemplando desde que había entrado en su despacho acompañada de Candy y del idiota de su marido, que se había quedado en la puerta con los brazos cruzados y mirándolo mal. Si no fuera porque le estaban ayudando a que la chica se abriera, los habría... en fin, la rubia parecía una buena mujer, algo loca y muy cursi. No se explicaba cómo pudo llegar a plantearse que hubiera tenido algo que ver en el asesinato de Wellstone el año pasado. En cambio, él... era un salvaje, y la culpa no la tenían sus ancestros. Simplemente era una realidad. Hacía lo que le venía en gana sin calibrar las consecuencias.

—Sí... no —contestó la joven.

—Sí o no, decídetes, en esto no valen ambages.

Ella lo miró a los ojos directamente, algo que normalmente no hacía.



—Sí quiero perderle de vista, no quiero que le pase el caso a nadie. No... no deseo volver a empezar. —Volvió a fijar la mirada en la alfombra persa que descansaba bajo la mesa y las sillas del despacho de Stuart.

El ayudante del fiscal sonrió; él tenía razón, la muchacha sabía defenderse sola.

Stuart miró el teléfono que había vuelto a sonar.

—Lyon —contestó conciso.

—Necesito un favor —le pidió Jeremy.

—Y yo necesito tantas cosas... Estoy reunido con tu primo, su esposa y la chica. ¿Pongo el manos libres?

—La chica tiene nombre —le recordó—. No, es algo personal, bueno, en parte.

—Me has intrigado.

—Quiero volver cuanto antes a Houston para dedicarme de lleno al caso, voy a dejar aquí a Johny encargándose del casino.

—Y me lo cuentas a mí porque...

—Creí que querías que fuese cuanto antes.

—Sí, pero no me interesa lo que hagas con tu casino.

—Para poder hacer eso, necesito que tu ayudante venga aquí, Johny necesita asesoramiento jurídico.

El silencio se extendió por varios segundos.

—En calidad de qué.

—Ayudante, supongo.

—Vamos, puedes hacerlo mejor.

—Asesora.

—Asociada.

—De acuerdo.

—En cualquier caso, no me corresponde a mí contestarte. Es adulta, puede tomar sus propias decisiones. Aunque le pides un gran cambio, y dejará de trabajar conmigo, lo que puede suponerle casi un sacrificio.

—Lo dudo. ¿Sabe algo de derecho financiero?

—Es una de sus especialidades, es algo así como un prodigio.

—¿No te importa perderla?

—Por supuesto que me importa, pero es su carrera. No soy el capullo egoísta que pensáis.

—Sí, bueno, tal vez.

—Le diré que te llame.

—Cuanto antes. Y ahora, pon el manos libres.

## Capítulo 13

# Y AHORA QUÉ

Jeremy se sentía inquieto, ni Jenifer ni Roxie atendían el teléfono. Johnny había salido siguiendo los pasos que ambas habían dado esa mañana y él estaba rebuscando en la suite. Sus cosas se mantenían tal y como las habían dejado, nada había cambiado, no encontraba nada fuera de lugar.

Cathy, la compañera de Jenifer, había informado de los pasos de Clare, y tal y como él imaginaba no había nada sospechoso en su conducta. La había hecho seguir solo por si acaso, pero no estaba implicada en nada, como era de esperar. Era una mujer obsesiva y bastante agresiva, pero eso era algo necesario en su trabajo rodeada siempre de hombres igual de ambiciosos y casi tan agresivos como ella.

Una quemazón comenzó a instalarse en su pecho, todo eso no estaba bien, estaba seguro de que algo había pasado, Roxie no desaparecería sin más. En un primer momento pensó incluso que podía haber vuelto a Wellstone cansada de esperar a que él solucionase sus asuntos en Tulsa, no era posible porque allí estaban todas sus cosas, incluso una lista de temas pendientes para resolver, algo de un préstamo bancario para reformas en el bar; un préstamo, como si no pudiese disponer del dinero de él. Esa mujer era desesperante, cuando volviera iban a tener una conversación acerca de lo que era de ambos. Cuando volviera... de nuevo ese pellizco en el corazón.

Toda clase de cosas horribles se le estaban pasando por la cabeza. Escuchó un grito aterrador y tardó varios segundos en darse cuenta de que procedía de su garganta, había tirado al suelo todo lo que había en la mesa, con una barrida del brazo. Trató de calmarse, él no era así, él mantenía siempre la compostura, sabía parar y pensar; tenía que pensar...

Sonó el teléfono móvil en su bolsillo, al cogerlo se dio cuenta de que le temblaban las manos, al levantar la vista vio que alguien había irrumpido en la estancia a la fuerza; alguien de seguridad acompañado por Clare y el chico de recepción. Ni siquiera se había percatado en un principio.

—Deberías cogerlo, es probable que sea importante —le animó Clare apoyando su mano en el brazo de Jeremy.

Él deslizó el dedo por el icono verde.

—¡Joder, Jeremy, ya era hora! —se quejó la voz al otro lado de la línea.

—¿Tienes algo? —preguntó él con la voz ronca.

—Jenifer está en el hospital, le han disparado.

—Está... —No pudo continuar, tragó saliva y esperó a que su amigo le informara del resto.

—Está viva. Aún no saben el alcance de la herida, la están operando. Roxie no estaba con ella cuando la han encontrado.

Johnny se había adelantado a su pregunta, a esa pregunta que no se habría atrevido a formular ni en un millón de años. Aún con el teléfono en la mano se dejó caer al suelo, las piernas no le

sostenían, eso no podía estar pasando, ya estaba todo arreglado, iban a volver, no había habido más incidentes, no era una alerta roja, tan solo... gimió y se golpeó la cabeza contra la pared. ¿Cómo podía haberse dejado llevar así? Él siempre había sido cuidadoso, la seguridad estaba presente en cada una de las facetas de su vida. ¿Por qué la había dejado a cargo de una sola persona cuando no se había confirmado la ausencia de peligro? Esas preguntas le atormentarían siempre. Tenía que aparecer, debía estar a salvo. Él no podría resistir otro desenlace, no sobreviviría al golpe de su ausencia, sobre todo, sabiéndose culpable.

—¿Kawosa, estás ahí? —insistió Johnny.

Jeremy no podía hablar, no le salían las palabras. Echó la cabeza hacia abajo y la metió entre las rodillas levantadas.

Trató de respirar con regularidad, pero sus pulmones se negaban a ello.

Clare le quitó el teléfono de la mano.

—Soy Clare, no está en condiciones de... hablar contigo, dime qué pasa.

—Voy para allá, dile que no se mueva de donde está.

—No es necesario, yo me encargo de él, solo dime...

No pudo continuar, el joven había interrumpido la comunicación.

Jeremy se puso de pie y con voz atterradoramente calmada y profunda exclamó: —Fuera.

—Ya le habéis oído, salid todos —confirmó Clare empujando al recepcionista hacia la puerta.

—Tú también, Clare —la sorprendió Kawosa.

—Pero...

—¡Fuera! —gritó desesperado por quedarse a solas.

Clare demudó la cara, pero alzó la cabeza y salió sin decir nada.

—Señor, yo... —se atrevió al desafiarlo el joven.

Jeremy se cernió sobre él mirándole de forma que habría encogido al más valiente.

—Largo —indicó remarcando cada sílaba.

—Sí, sí, me voy, pero he llamado a los hospitales más cercanos y no hay nadie con su descripción y... la policía de la reserva está de camino.

—¿También los has avisado tú?

—No, señor.

—Ya... no estoy seguro de que la desaparición de mi mujer sea un asunto indio.

—Eso pienso yo, señor.

Jeremy lo miró con curiosidad, el chico tenía agallas.

—Y ¿qué más piensas?

—Creo que... no sé cómo decirlo, pero... la señora Clare y su esposa, bueno, tenían sus problemas.

Jeremy sabía eso, pero ahora más que nunca descartaba la participación de su ayudante, podía ser insistente y ambiciosa, pero no la imaginaba pegando tiros por ahí.

—Gracias, sigue llamando a hospitales y clínicas, tiene que estar en algún sitio.

—Sí, señor.

De todos era sabido que Clare no era especialmente cortés con los empleados, era normal que le chico pensara en ella, después de todo, la Loba y Clare habían discutido varias veces desde su llegada, pero eso era un callejón sin salida.

Jeremy se entretuvo revolviendo en los papeles que descansaban sobre la mesa; facturas, albaranes, inventarios, su Roxie seguía usando mucho papel, hoy en día no hacía falta, tenía que enseñarle algún programa alternativo para... interrumpió el curso de sus pensamientos, su cerebro había ido por libre decidiendo que no pasaba nada, que Roxie estaba aún de compras o corriendo

por el parque o lo que fuera.

La realidad se impuso como un jarro de agua fría: si no aparecía, jamás tendrían ninguna conversación.

Estiró ambos brazos barriendo todo lo que había sobre la mesa a la vez que un alarido escapaba de su yo más profundo.

—Eso no ha sido muy inteligente. —Una voz desconocida sonó en la entrada.

Jeremy reaccionó sin pensar, fue hasta el intruso, lo enganchó de las solapas de la chaqueta y lo estampó contra la pared.

Se oyó un crujido de huesos y un rechinar de dientes demasiado ligero para lo contundente del golpe.

—¿Quién demonios eres? pronunció Jeremy en la cara dolorida del desconocido.

Dos de sus hombres de seguridad entraron e intentaron separarlo del cada vez más enfadado hombre misterioso.

—Si me sueltas te enseñaré mi identificación —consiguió concluir el otro.

Jeremy abrió las manos dejándolo caer sobre sus pies y dio un paso atrás, sus hombres lo soltaron. Por la puerta que había quedado abierta se coló Johny. Kawosa se olvidó de todo a su alrededor, se dirigió a su amigo con la angustia más absoluta reflejada en su rostro.

—Estamos revisando las cámaras de la zona, en cuanto sepamos algo... —le dijo sin preámbulos antes de que el desconocido, que en ese momento le mostraba una placa identificativa en la mano, lo interrumpiera.

—¿Eres agente del FBI? —se dirigió a Johny.

—No —contestó el joven.

—Eso imaginaba. —El veterano policía lucía una trenza al modo antiguo, con el cabello entrecano, camisa abrochada hasta el cuello y pantalón vaquero que había visto mejores días.

—Ahora mismo me importan una mierda sus leyes y las leyes federales, lo único que quiero es encontrar a mi mujer —le recriminó Jeremy.

—Es usted abogado, ¿no? —El joven asintió con un gesto de cabeza—. Normalmente soy yo el que habla mal de su oficio y no al revés. Imagino que esto es muy duro para usted, pero será mejor que se calme para que podamos intercambiar información.

Jeremy y Johny se miraron sin decir nada y se dirigieron a la puerta intentando dejar allí plantado al policía.

Este tomó asiento, se puso cómodo en el sofá y, justo cuando iban a cruzar la puerta, le informó: —O también puedo detenerles por obstrucción a la justicia y hacer una bonita inspección en este antro tan suculento.

Jeremy sabía cuándo debía dar un paso atrás en una negociación, igual que en un juicio, y ahora había llegado ese momento. Se puso las manos en las caderas, levantó la cabeza y suspiró; tras infundirse algo de serenidad con ese gesto miró a su compañero y asintió, Johny le entendió y fue hacia la zona de asientos en la que tan plácidamente les esperaba el investigador de la reserva.

Se sentaron en el mismo sofá, justo frente al hombre, sin decir una palabra, tan solo le miraban fijamente, ambos con los brazos cruzados y actitud beligerante.

—Parece que tendré que hablar yo primero —declaró el policía con una sonrisa. Cualquiera otro se habría sentido intimidado, pero no Chama, él portaba en la robusta espalda muchos años de carrera, bien podría decir que lo había visto casi todo en el oficio—. Mi nombre es Chama Benson, soy investigador de delitos de la Policía de la Nación India, más concretamente de la reserva de Oklahoma. Mi deber es investigar cualquier delito que se haya producido en la Reserva.

—Y aquí termina nuestra conversación, a no ser que quiera hablar del disparo recibido por mi agente de seguridad, pero si ese es el caso, tendrá que hacerlo con su compañera, que fue la que estuvo en contacto con ella durante el día de hoy. Y ahora, si nos disculpa, mi socio y yo tenemos temas pendientes. —Jeremy se levantó seguido de Johny.

—Todo sería más fácil si colaborásemos. ¿Acaso se ha vuelto tan blanco que prefiere a los federales? —le acusó el investigador.

—Lo que prefiero es que la gente con placa no intervenga en mis asuntos, por norma suelen complicarlos.

El hombre se levantó y se acercó a él despacio, sacó una tarjeta del bolsillo y se la tendió.

—Por ahora lo dejaremos así, espero que me faciliten los datos de las personas que hablaron con su empleada durante el día de hoy, el móvil y todo lo que nos pueda ayudar. Doy por hecho que no me encontraré con cintas borradas o desaparecidas cuando vaya con la orden de registro a los locales cercanos al incidente, señor... —Miró a Johny con las cejas levantadas.

—Johny Guitar —contestó el joven.

—¿En serio? —El indio no contestó y el policía asintió con una sonrisa.

Jeremy tecleaba algo en su teléfono con frenética eficiencia. Los otros dos hombres lo miraron con interés. Un par de silenciosos minutos después levantó la cabeza y se dirigió al agente.

—Howard le espera en la puerta con instrucciones de ponerle las cosas fáciles. Siempre colaboramos con la BIA, después de todo la Agencia De Asuntos Indios, cuida de nosotros ¿no? —comentó con ironía.

El otro asintió y fue hacia la salida.

—¿Usted debe ser Howard? —Oyeron que decía antes de cerrar la puerta—. Soy Chama Benson, agente de la oficina de asuntos indios, por decirlo de otro modo, policía de la reserva.

## Capítulo 14

# DÓNDE ESTOY

Roxie sintió frío, no de la manera habitual, no ese frío que se va cuando lo cubres con ropa. La humedad del ambiente se le había clavado en los huesos, no sabía si estaba tiritando o eran convulsiones, lo que estaba claro es que su cuerpo sufría violentos e incontrolables espasmos. Se atrevió a abrir los ojos despacio y fue recompensada con más dolor, punzadas repletas de fuego se clavaron a través de las rendijas abiertas y llegaron hasta su cerebro en forma de angustia. Sintió ganas de gritar, pero algo le advertía de que seguía en peligro, algo le decía que debía mantenerse en silencio.

Con mucho esfuerzo consiguió enfocar la mirada, lo que distinguió hizo que su alocado corazón se parara en el acto. Estaba en un agujero, era un espacio pequeño, tal vez un minúsculo sótano, o... un simple hoyo excavado en el suelo; pensar eso hizo que el pánico tomara el control, comenzó a gritar pidiendo ayuda, pataleó y tironeó de sus brazos, tenía bridas en las muñecas que le cortaban la piel, y algo atado a ellas le impedía el movimiento. Se dio cuenta en ese momento de su postura; estaba tumbada boca arriba, si estiraba la mano podría tocar el techo, lo intentó, a pesar de saber que era imposible. Giró la cabeza de forma brusca y el agujonazo que sintió la hizo gritar aún más, había perdido el control, las lágrimas se le escaparon empañando más su ya de por sí, borrosa visión.

No sabía cuánto tiempo había pasado, hacía ya mucho que había dejado de llorar y gritar, o tal vez no, tal vez solo hacía un instante. Sorbió por la nariz y respiró hondo, trató de serenarse, no podía perder la poca fuerza que le quedaba con gestos inútiles. Pensó en Byron, ¿cómo lo había superado él?

Cuando estaba al borde de la muerte solo una cosa lo mantenía con vida, concentrarse en su objetivo, «si quiero algo, lo hago», eso decía siempre su amigo.

Pequeños haces de luces provenientes de un lateral iluminaban el agujero de forma muy tenue, eso lo agradeció, tanto la luz como el hecho de que apenas alumbrara. Se dio cuenta de que estaba recostada directamente sobre suelo de tierra, y el corazón comenzó a latirle poderosamente amenazando de nuevo con otro ataque de pánico. Cerró los ojos calculando sus opciones. Si la habían dejado ahí para que se pudriera, no tenía muchas salidas; si era un secuestro para presionar, tarde o temprano aparecería alguien. Se sintió terriblemente reconfortada con esa idea.

Se pasó la lengua por la rasposa boca, la notaba hinchada y reseca.

Suponía que en algún momento le habían dado algún tipo de droga que ahora le dejaba ese regusto amargo.

Le parecía irreal, como si no le estuviera pasando a ella; era una de esas cosas que veía en la tele con sus amigas, una de esas cosas que le pasaban a los demás, nunca a uno mismo. Respiró hondo varias veces intentando controlar las ganas de dejarse arrastrar por la histeria.

Palpó con los dedos y sintió unas argollas, tal vez estuvieran clavadas a la tierra y eso le

vendría bien porque del cemento no habría podido sacarlas, pero de la tierra... tenía que intentarlo.

Pensó en su padre indio, en cómo le enseñó desde pequeña a meditar, a visualizar lo que quería y lo que iba a hacer para conseguirlo; era curioso, hacía mucho tiempo que no pensaba en eso, había perdido tanto de su pasado como Jeremy. Jeremy... vio su cara animándola desde donde quiera que estuviese, esos poderosos ojos que él tanto odiaba y ella tanto amaba mirándola y retándola a conseguirlo.

Consiguió encoger las rodillas y ponerse sobre ellas, siempre había sido una mujer fuerte y fibrosa, en ese momento se alegraba enormemente de no tener las maravillosas y suaves curvas de Candy. Su cuerpo atlético y acostumbrado al deporte la ayudó a pesar del dolor. En esa posición la cabeza casi rozaba el techo, divisó restos de madera por el suelo.

Por las minúsculas partículas de luz que se colaban entendió que no era un agujero en el suelo, no sabía por qué, pero eso la tranquilizó. Rezó por que las paredes también fueran de madera o algún otro material que pudiera atacar con lo que tenía a mano; si conseguía soltarse, claro. En alguna parte debía haber una puerta.

Tiró con desesperación de las argollas de forma casi frenética para darse cuenta de que apenas conseguían nada. Entonces volvió a concentrarse, se imaginó levantando las manos y consiguiendo sacar los malditos hierros.

Dirigió todos sus esfuerzos a la mano izquierda, era su lado predominante, rascó en la tierra alrededor de la empuñadura de la argolla hasta tener los dedos ensangrentados, se dio cuenta de que en ese momento sí flojeaba su agarre, entonces comenzó con movimientos rítmicos: la estaba sacando. Intentó escarbar un poco más pero casi no llegaba con los dedos a la tierra, una vez que había conseguido subir su agarre unos centímetros, decidió mover la muñeca hacia los lados y hacer giros, sintió algo cálido escurrirse por la muñeca, también ahí estaba sangrando, eso no la hizo cejar en su empeño y al fin sacó de un fuerte tirón la herramienta.

Casi se puso a llorar de alivio cuando se dio cuenta de que no tenía tiempo para ello, era curioso que en ese momento ya no sintiese ningún dolor, la adrenalina que corría por sus venas la mantenía en pie. Le gustaba pensar que sus padres la empujaban desde donde quiera que estuviesen, era una forma de evitar sentir la terrible soledad en el encierro.

Se ayudó con la argolla suelta para desenterrar al otra, esta vez fue más fácil y menos doloroso, salvo por algún que otro golpe que había ido a parar a su mano en vez de al suelo. Con los metales colgando, no se molestó en intentar cortar las cinchas de plástico que los sujetaban a sus muñecas, y comenzó a palpar las paredes, eran de madera; recorrió rápidamente los cuatro laterales, pero no notó ninguna ranura o algo que le indicase una salida. Palpó con más decisión la pared por la que se filtraba algo de luz y se dio cuenta de que se movía ligeramente, no podía imaginar qué sería hasta que sus dedos moldearon la forma de un tronco: ¡una leñera!

Estaba en una leñera y una de las paredes eran los troncos reservados para quemarse, estaban muy prensados, pero sería fácil escapar de ahí. Dudó por instante ante la multitud de posibilidades de lo que imaginó que le esperaba fuera.

La impaciencia casi se apodera de ella, pero no, tenía que ser fría y actuar con inteligencia, debía comenzar a quitar los troncos desde arriba, el peligro de que se desprendieran y cayeran encima de su ya maltrecho cuerpo sería menos.

Ahora que estaba cerca de escapar, su cuerpo comenzó a quejarse de nuevo, cada vez que intentaba levantar los brazos cargando con las pesadas anillas que la aprisionaban, sentía que se le partían en dos, pero aun así siguió, decidió no escuchar los salvajes gritos de sus músculos, el martilleo de su cabeza ni el pitido de sus oídos, siguió, y una vez más, y otra, hasta que tuvo un

agujero lo suficientemente grande como para pasar por él.

Sentía la respiración pesada y la mente aturdida, aun así, fue lo suficientemente precavida para mirar antes de salir. El primer golpe de luz la dejó momentáneamente ciega, parpadeó con fuerza hasta provocar lágrimas que le aclararon la visión, lo consiguió sin demasiado esfuerzo, lo que le hizo suponer que no llevaba allí demasiado tiempo. Mientras salía, también su vejiga comenzó a quejarse y eso despertó la realidad de lo que había pasado, como un fregonazo recordó ir corriendo por el parque con Jenifer detrás de ella a pocos pasos, entonces escuchó un ruido que se parecía a un silbido y un golpe, el golpe de un cuerpo al caer, se volvió y vio a su guardaespaldas en el suelo, no pudo ver nada más ya que de un empujón alguien la metió en una furgoneta y le propinó un puñetazo en la cara, no recordaba nada más hasta haber despertado en el leñero.

Pero eso explicaba también el dolor de mandíbula y el sabor amargo de la sangre; escupió en el suelo y de nuevo pidió a los dioses: esta vez deseó que Jenifer estuviera viva.

Un ruido llamó su atención, a lo lejos divisó un coche acercarse. El agujero que había dejado era muy pequeño, pero incluso así lo intentó, ya tenía la cabeza fuera, con mucho esfuerzo pasó los hombros arrastrando algunos troncos con ella, se mantuvo quieta un instante para evitar que se desmoronara toda la leña dejándola atrapada, cuando se dio cuenta de que el ruido del coche estaba a muy poca distancia, decidió correr el riesgo y con un fuerte empujón acabó fuera, algunos maderos le cayeron encima, se los quitó y se puso en pie, corrió todo lo que pudo en dirección opuesta al coche, teniendo en cuenta que llevaba colgando las argollas y que se sentía todavía abotargada. No fue lo suficientemente rápida.

Clare la vio correr por el borde del camino, la maldita idiota había conseguido salir del agujero, tampoco es que Ricky se hubiera esmerado mucho con el escondite. Vale que no le había dado mucho tiempo, pero era un delincuente habitual, cabría esperar algo mejor de él. En cualquier caso, eso también tendría que solucionarlo, no se podía permitir que se le fuera la lengua, porque por mucho que se lo hubiera insinuado, no tenía la más mínima intención de acostarse con él, tampoco iba a pagarle el dineral que le había exigido, y menos después de la chapuza que había hecho.

La Loba corría como alma que lleva el diablo, pero se estaba acercando peligrosamente al barranco, lo que le dio a Clare una gran idea, aceleró mientras una risa le recorría la sangre.

En breve comenzaría a disfrutar de su triunfo: sin la cualquiera esa, podría manejar a Jeremy a su antojo.

Roxie no pudo evitar mirar hacia atrás un momento, el coche de color rojo se estaba acercando, se dio cuenta de lo que iba a pasar justo en el momento en que el pequeño deportivo aceleró impactando contra su costado y, haciendo que perdiera el equilibrio, cayó por la pendiente que había a su derecha rodando. Mientras descendía, la imagen de Clare al volante se quedaba grabada en su memoria, el rictus de una cara desquiciada que le dio verdadero terror; supo en el momento en que sus miradas se cruzaron que su intención era matarla. Mientras rodaba golpeándose contra las piedras y las raíces que poblaban la cuesta, su cuello hizo un giro extraño y su cabeza impactó contra algo duro, y después, la oscuridad más absoluta.

Clare la vio caer y la felicidad estalló en su interior, pero tenía que serenarse, no debía dejarse llevar ni impacientarse.

Paró el automóvil a un lado y con cuidado fue bajando por la pendiente, consiguió agarrarse a unas ramas, pero las piedras se desprendían y se dio cuenta de que no iba a poder llegar hasta el lugar en el que estaba la Loba, la miró desde la seguridad de su agarre: no se movía, no parecía respirar, se sacó el móvil y le hizo una foto, subió de nuevo hacia el coche, no sin esfuerzo. Una vez dentro amplió la foto, ¡bingo! Eso que se veía esparcido bajo su cabeza era un gran charco de



sangre. Ya solo tenía que dejar que el tiempo hiciera su trabajo.

Se sacudió un poco el polvo de la ropa, se acomodó el pelo y puso en marcha el motor, el ronroneo del deportivo le dio más aplomo y llamó a Ricky, sería él quien tendría que encargarse de limpiar la basura, ella ya había hecho bastante, después ya arreglaría cuentas con él. Bajó la solapa del parabrisas para mirarse en el espejito, se sonrió y se dio la enhorabuena. Tras aclarar las cosas con Ricky puso rumbo al casino, ensayó su cara compungida dispuesta a consolar al joven viudo.

Sonaron varios tonos de llamada, pero no fue Jeremy quién cogió el teléfono, fue el odioso de Johny, ese hombre era un verdadero imbécil. Aún no había descubierto cómo manejarlo, claro que tampoco le había hecho falta, y no lo haría, en breve ella estaría al mando y una de las primeras cosas que iba a hacer era deshacerse de él.

—Quiero hablar con Jeremy —le ordenó.

—Si no tienes noticias sobre Roxie, no hay nada que tengas que hablar con él.

—¿Desde cuando eres su portavoz? Te recuerdo que no eres más que un matón a sueldo, y yo la subdirectora del casino, haz lo que te he pedido.

—Este matón a sueldo acaba de ascender y tú no eres más que la ayudante del antiguo director, ahora en justificada excedencia. Mueve tu escualido culo hasta aquí inmediatamente, tenemos que hablar.

—¿Qué demonios...? —La pregunta quedó en el aire, Johny había cortado la comunicación.

Clare tiró con rabia el teléfono contra el asiento del acompañante. ¡Mierda, mierda, mierda! Esto no podía estar pasando, ni en un millón de años hubiera pensado que Jeremy lo dejaría todo para buscarla, pero qué clase de... y sin comunicárselo. Eso era lo peor, ¿acaso había dejado de confiar en ella? Pero qué diablos estaba pasando, siempre había sido ella la que se había hecho cargo de todo en ausencia del puto indio, a qué venía esto, ¿había dejado al mando al matón? No podía ser... pero claro, era hombre y era indio, dos cosas que ella no podía cambiar.

Tenía que pensar... de repente unas luces la cegaron, por un momento perdió el control del vehículo, consiguió enderezar el volante justo antes de chocar con el coche que venía de frente y tocaba el claxon con desesperación ante la imposibilidad de apartarse más hacia la cuneta. Una vez en su lado de la carretera con el peligro dejado atrás, respiró hondo para calmarse, sentía el pulso en el cuello a una velocidad endiablada, la boca se le había quedado seca y un único pensamiento se mantenía en su mente: venganza.

## Capítulo 15

# LA TORMENTA

La joven pareja había decidido hacer senderismo por esa zona rural, aprovecharían que había algunas casas desperdigadas; quizá encontrarán el lugar ideal donde formar una familia.

Durante el paseo habían visto pasar un helicóptero varias veces, uno de esos de búsqueda y rescate, algunos excursionistas eran muy imprudentes, pero no ellos, ellos siempre seguían los caminos.

El cielo comenzaba a cubrirse de nubes oscuras, lo hacía con rapidez, empezaron a plantearse volver o buscar refugio en alguna cabaña de la zona.

Desde donde estaban podían ver una casa enfrente, estaba bien situada ya que la carretera pasaba muy cerca, aunque un terraplén de bastante altura la rodeaba, eso era un inconveniente porque podía haber accidentes.

Llevados por la curiosidad se acercaron más y vieron pasar un coche patrulla por la carretera que tenía puestas las luces de emergencia; estaba claro que algo había pasado. Por la radio que siempre procuraban llevar conectada pudieron escuchar el aviso: había desaparecido una mujer, al parecer la habían retenido a la fuerza, se informaba del aspecto físico y se decía que la furgoneta en la que la habían introducido había sido encontrada cerca de esa zona.

La lluvia comenzó a caer.

Se abrazaron dispuestos a salir corriendo en dirección contraria, cuando algo llamó su atención. Entre los zarzales y las rocas que se veían en el terraplén, lo que parecía el cuerpo inerte de alguien descansaba en una postura forzada. Se quedaron paralizados, pero en ese momento el helicóptero volvió a batir las aspas por encima de sus cabezas, ambos salieron al claro y se pusieron a saltar y gritar intentando llamar su atención.

El agua ya caía a placer calándolos hasta los huesos, el viento que la acompañaba hacía más incómodos sus movimientos y difícil su intento de llamar la atención.

La mujer vació su mochila; una linterna frontal, un polar, un mini botiquín y por fin la manta térmica, con los dos últimos objetos salió corriendo hacia el lugar en el que la desconocida se hallaba atrapada. Los pies se le clavaban en el barro que había formado el agua. El chico, mientras tanto, ató varios pañuelos a sus palos de marcha nórdica y los clavó en el suelo, tras lo cual salió detrás de corriendo detrás de su novia.

\*\*\*

Roxie no podía pensar con claridad, abrió los ojos y vio claramente un río que, repleto de agua, surcaba su cauce a gran velocidad, sintió la necesidad de alejarse corriendo de allí, le parecía que el cristalino líquido era capaz de tragársela, movió las manos con toda la fuerza que fue capaz de reunir mientras gritaba pidiendo ayuda. No podía ser, de nuevo sentía las muñecas enganchadas a algo, estaba segura de que se había librado de su agarre ¿cómo era posible que

volviese a estar al principio? ¿La habían vuelto a atrapar? ¿La tenían retenida en ese agujero de nuevo?

¡Joder! Estaba segura de que había escapado, casi segura...

Tenía más dolores que antes, sobre todo en la cabeza, parecía que fuera a estallarle y no era capaz de pensar, miró hacia la derecha para evitar que las aguas la engulleran y distinguió el cambio en el paisaje, ahora estaba en un claro en la montaña, estaba rodeada de árboles majestuosos, se quedó mirándolos fijamente hasta que se percató de cada detalle, las copas de los más grandes eran como caras —¡Dios!

Debía estar volviéndose loca, no encontraba otra explicación— deformes, feas, aterradoras, se reían y entremezclaban dientes con ramas. Gritó de nuevo y, por un momento, unos segundos o tal vez horas, se vio rodeada de gente, no sabía qué le daba más miedo: si todos esos científicos locos de película de serie b que la rodeaban y trataban de calmarla o las caras de los malditos árboles.

Definitivamente escogía el agua. Empleó todas sus fuerzas para dirigirse hacia allí, y de repente la inconsciencia. Todo a su alrededor se apagó; la luz, el ruido, el miedo...

—Súbele el *Propo*, está demasiado despierta —indicó la doctora Ríos.

El enfermero ya estaba ajustando la sedación cuando la doctora se lo había pedido. Llevaban años trabajando juntos y se conocían a la perfección. Pensó en la Jane Doe recién llegada, seguían tratándola como a la desconocida número 19-1215, pero todos sabían que se trataba de la chica que había desaparecido tras un tiroteo en el centro de la ciudad. No obstante, hasta que alguien la identificara, seguiría siendo Jane Doe.

Era evidente que había sido retenida contra su voluntad; cuando llegó, y después de que el equipo de urgencias la estabilizara, la policía se encargó de quitarle las abrazaderas de plástico que asían sus muñecas a unas argollas, le habían dejado la piel en carne viva, y en ese momento ellos habían tenido que atarla para evitar que se hiciera daño.

La mantenían en un coma inducido de momento hasta que sus constantes fueran más estables y se hicieran con el control del dolor.

—Esa tensión no me gusta, sube la *nora*, quiero unos gases y... ¿dónde coño están los de banco?

—Si no te conociera diría que estás de mal humor, los resultados de la gasometría están en la historia, sacados de hace diez minutos, *nora* subida y *banco* justo detrás de ti.

—Perfecto —contestó Ríos buscando los resultados entre la documentación.

—Buenos días a todos, incluso a ti, doctora —dijo mientras tomaba la temperatura a la paciente y colocaba la bolsa de sangre para la transfusión.

—Sí, bueno —contestó esta, que siguió a lo suyo.

Roxie cometió el error de abrir de nuevo los ojos, el árbol más grande y viejo gritaba: «¿Dónde coño están...?»

¿El qué? ¿Qué era lo que quería? No podía entenderlo, vio mover a otra de las copas esas ramas en forma de boca para contestar. Tenía que mirar al río, se concentraría, vamos, vamos, se animó.

—Sigue alterada —informó el enfermero.

—Lo sé, Jake, pero con esa tensión... —contestó la doctora.

Jake afirmó en silencio y se acercó a la paciente. Puso una mano sobre la de ella y la acarició con suavidad.

—Vamos, cariño, tienes que calmarte, ayúdanos un poquito, ¿vale? Te prometo que cuidaremos de ti, tú solo descansa hasta que pase la marea.

Roxie sintió una paz repentina, el arrullo del agua le había llevado una voz hipnótica y llena de esperanza, la voz del descanso, la que le decía que dejarla de luchar. Alguien iba a cuidarla, alguien estaba con ella. ¿Jeremy?

Una enfermera en su primer grado entró corriendo al box, se la notaba alterada y parece que tenía razón para ello, ya que se oían voces desesperadas que provenían de afuera.

—Sigue haciendo tu magia, Jake, voy a ver si nuestra Jane Doe puede dejar de serlo de forma oficial.

\*\*\*

Jeremy estaba desesperado por entrar y esos capullos no le dejaban, por un momento quiso ser Byron y dejarse llevar, arrastrar a todos esos patanes y pasar a la fuerza. Se conformó con dar un golpe en la pared, una pared que ya había sufrido unos cuantos. Los policías que esperaban con la misma cara de frustración que ellos, solo lo miraron con cierta envidia, ya que también habrían disfrutado dando algún que otro golpe. El personal de la Unidad de Cuidados Intensivos era la única ley allí. Una chica bajita había salido para decirles que estaban estabilizando a la paciente y que en cuanto estuviera todo controlado la doctora saldría a hablar con ellos. Y lo dijo como diez veces seguidas, cada vez que Johny, los policías o él mismo trataban de sacar algo de información.

—Señores —Jeremy se cogió la cabeza con las manos al escuchar esa irritante voz.

Chama Benson llegó a la sala de espera de Cuidados Intensivos, conduciendo hasta el 1923S Utica Ave, de Tulsa. El Hospital St. John no estaba nada mal, por lo menos a primera vista.

Un par de torres altas, unas ocho plantas, bien distribuido y a simple vista bastante limpio. La sala era amplia, miró a todos los allí presentes, Jeremy y su inseparable amigo y tres agentes federales; una mujer y dos hombres con sus trajes de saldo. Los habían llevado a esa sala, que era algo así como una sala de reuniones para los profesionales, dado lo delicado de la situación, no quisieron mezclarlos con el resto de los pacientes, o tal vez, los federales así lo habían exigido.

El guapito fue el único que se dirigió a él, los sabuesos del gobierno lo miraban con recelo y el afectado ni siquiera le dirigió un vistazo.

Johny se levantó al ver al agente Benson. Se dirigió hasta él y le tendió la mano. El indio estaba valorando todo lo que había a su alrededor, tenía los ojos entrecerrados, la barbilla ligeramente levantada y la boca en un rictus que ya había visto durante su entrevista en el hotel del casino, algo entre el fastidio y la grandilocuencia.

El policía se había quitado el sombrero texano y le daba vueltas entre las manos, lo agarró con una sola para poder saludarlo con la otra; un apretón fuerte pero no molesto.

—¿Es ella? —le preguntó directamente.

—Eso nos han dicho, pero no nos dejan verla. La están... —Miró a Jeremy antes de continuar — estabilizando.

Por la puerta que se mantenía abierta, entró una mujer completamente vestida de morado, era bajita y con algo de sobrepeso, sobre la nariz llevaba apoyadas unas pequeñas gafas de montura rojas, la seguía un chico que bien podría ser su nieto; alto, enjuto y de mirada esquiva, vestía camisa y pantalón formales con una corbata de color rojo, protegía el atuendo con una bata blanca, en su identificación lo presentaban como abogado.

Jeremy saltó de su asiento, apartó de un empujón a Johny y pasó entre los hombres del gobierno hasta situarse delante de la doctora con las manos en las caderas y las piernas abiertas.

—Soy la doctora Ríos, este es mi colega el señor... hum... —Desvió la mirada hacia el joven.

—Pinwother —aclaró él.

—¿Quién está al mando aquí? —quiso saber la mujer.

—¿Cómo está? Tiene que recuperarse y yo... necesito verla —contestó Jeremy mientras los demás trataban de hacer valer su rango.

—De acuerdo, pues usted. Acompáñeme —le indicó girando hacia la zona de hospitalización.

—Doctora, esto no es correcto —se quejó el más joven de los federales.

Ríos no hizo el menor caso, no era de las que perdía el tiempo, continuó su camino seguida por Jeremy.

Chama puso una mano sobre el brazo del que había protestado.

—Deles unos minutos, agente especial. —Lo de *especial*, le valió una aceptación velada.

—Yo les pondré al día, agentes, pero necesito ver identificaciones —objetó el joven abogado.

Todos sacaron la suya, Johny los miró con frustración porque como personal de seguridad privada no tenía derecho a estar allí realmente, no obstante, lo intentó con ella, los federales no prestaron atención, el joven se conformó con que todos tuvieran una. Chama lo miró con sorna, levantó una sola ceja —Johny siempre había admirado esa habilidad— y sonrió dando un paso al frente.

—De acuerdo, caballeros, no perdamos más el tiempo.

—Según las fotografías facilitadas a este hospital por la agencia federal, podemos confirmarles que nuestra Jane Doe es en realidad Roxanne Hunter. A falta de que la persona que ha entrado lo confirme de forma definitiva, momento en que se hará oficial. En estos instantes, por la información que me han dado los especialistas, se encuentra estable dentro de la gravedad. Hay que ver cómo evoluciona.

—¿Podemos interrogarla? —preguntó el agente de pelo cano.

Se oyó un gruñido al fondo de la sala, Johny se dio cuenta de que había sido él, y sintió la mano de Benson sobre su hombro.

—Todos queremos coger a quien haya hecho esto, no podemos andar con sutilezas; la chica que la protegía aún no sabe si podrá volver a caminar, y si quiere gastar sus energías tachándonos de insensibles, hágalo, pero no aquí, ni ahora, no podemos perder más tiempo.

A Johny le habría gustado encararse con él, pero se dio cuenta de que el joven federal tenía razón.

Los acontecimientos se habían sucedido con tanta rapidez que no había vuelto a pensar en Jenny, se sintió culpable y miserable. Apretó la boca y asintió aceptando el golpe.

—En cualquier caso, me temo que no va a ser posible, está en coma inducido, y antes de que sugieran la posibilidad de retirarlo, les diré que en este momento no es posible, sería demasiado peligroso y, además, ahora mismo lleva respiración asistida, ya saben: un tubo en la boca que...

—Creo recordar que usted no es médico, no puede valorar la situación —le interrumpió la agente.

—En realidad sí lo soy, en este momento represento la parte legal pero sí, también soy médico. Ya saben: un prodigio y todo eso. —Sacó una tarjeta que le entregó al federal de más edad, pensando que era el agente al cargo.

La mano de la mujer se interpuso.

—En realidad esto es para mí, ya sabe: un prodigio y todo eso. —También ella sacó una del bolsillo interior de la chaqueta y se la dio—. Llámeme en cuanto podamos hablar con ella, aunque estaremos pendientes, en cualquier caso. Y ahora, queremos conversar con los sanitarios que la trajeron hasta aquí.

—Sí, claro —contestó el joven con un tono admirativo—. Pueden hablar también con los

chicos que la encontraron, están en urgencias, nada grave, una ligera hipotermia y el susto.

—Gracias, ya nos hemos encargado de eso, de hecho, ya no están en su hospital. —Le dio una palmada en la espalda y le dedicó una sonrisa petulante—. Detrás de usted.

Los tres salieron de la habitación llevándose su aire de autoridad y a un geniecillo empollón bastante impresionado.

—Se lo va a merendar —comentó Chama.

—Y escupirá sus restos —afirmó Johny.

## Capítulo 16

# SALIR DE LA NOCHE MÁS OSCURA

Jeremy sintió que se le cerraba la garganta, las piernas le temblaban lo suficiente como para necesitar apoyarse en el marco de la puerta de cristal que separaba el box en el que se hallaba su Roxie de la zona médica. Porque sí, era Roxie, su Roxie.

Un nudo le apretaba el estómago, la rabia recorría sus venas como si la sangre fuera su única fuente de poder.

Pero lo peor era el miedo. Era consciente de que todo podía salir mal, pero no debía dejarse convencer por él, tenía que creer en que lo iba a superar.

Era tozuda como una mula.

Si la perdía a ella, perdía su vida. No había más, no había nada más para él aquí, salvo la venganza. Si la perdía, buscaría a los culpables y les arrancaría la piel a tiras. ¿A quién estaba engañando? Eso lo iba a hacer de cualquier modo.

Notó una mano en su espalda tratando de infundirle ánimos, sabía que la doctora le estaba hablando, pero era incapaz de escuchar otra cosa que no fuera el latir de su propio corazón. La inercia lo llevó hasta la cama en la que la Loba se hallaba conectada a varios tubos y diferentes aparatos médicos que él no entendía. Solo era capaz de escuchar los sonidos, los bips y las alarmas que salían de ellos. En un mundo paralelo la doctora seguía hablando.

Le cogió la mano con mucho cuidado, tenía heridas en los dedos, como rasguños, no quiso pensar a qué se debían. Se dio cuenta de que llevaba vendas en los antebrazos y estaba atada a la barandilla de la cama.

—¿Esto es necesario? —preguntó señalando los agarres.

—No mientras usted esté aquí con ella.

—Ríos hizo una señal y rápidamente el enfermero que estaba a su lado procedió a desatarla.

—Es muy fuerte —les informó Jeremy.

—Eso ayudará —contestó la doctora.

—Y obstinada —apuntilló él.

—Eso también hará lo suyo.

—¿Me escuchará?

—Probablemente. Estamos totalmente a favor del refuerzo positivo. Háblele de momentos buenos, anécdotas que haya compartido, las cosas que usted piense que la puedan reconfortar. Es importante que se mantenga sosegada. Ahora no podemos quitarle la sedación, pero en cuanto lo hagamos, veremos realmente cómo va.

—¿Qué es eso que lleva en la cabeza? —preguntó.

—Es para tener controlado su nivel de conciencia.

Él asintió. Aunque no estaba muy seguro de qué le estaba diciendo con eso, prefería no indagar más.

—No se asuste por los pitidos y las alarmas, estamos aquí, estamos pendientes —le dijo el enfermero.

La oscuridad que entraba por la ventana le indicó que se había hecho de noche. Levantó la vista y se dio cuenta de que estaba solo. La doctora y el enfermero habían salido de la estancia, no sabía cuándo. No podía dejar de mirar a Roxie más de unos segundos, le daba miedo perderse alguna respiración de esa máquina ruidosa. Casi no se distinguía a su mujer entre todos esos aparatos y cables. Pero era ella, estaba allí, y eso era más de lo que tenía hacía unas horas.

Se sentó en una silla que colocó cerca de la cama y volvió a cogerle la mano.

Su teléfono sonó por enésima vez. Sabía que todo el mundo estaba preocupado, pero él no era capaz de hablar con nadie. Dejó que siguiera sonando. Con cuidado acercó los dedos a su rostro y le acarició la mejilla ligeramente, casi como si fueran plumas. Le daba miedo hacerle daño, a ella, si pudiera oírlo le gritaría, ella no se rompía con facilidad.

Cómo le gustaría poder haberla salvado, pero no, su mujer se salvaba sola. Y eso era lo mejor, porque él había intentado protegerla y había fracasado estrepitosamente.

Sabía que nunca podría perdonarse a sí mismo el error. Escuchó ruido en el mostrador médico y levantó la vista, Johny y el poli de la reserva estaban allí. Una enfermera señaló con el dedo hacia él.

Entraron despacio, sin decir nada, solo la miraban igual que él.

—Impresiona verla así, pero es fuerte, saldrá adelante. Imagínala con su escopeta encima de la barra apuntando a los payasos que entraron al bar. Esa es ella, puede con todo.

—Sí.

De nuevo se quedaron callados.

—¿Quiere que avisemos a alguien? —le preguntó Chama.

—No, yo lo haré... en un momento.

En cuanto esté preparado.

—He hablado con Byron. Me llamó al ver que no le cogías.

Jeremy asintió.

—Tenemos que acelerar el proceso de tu toma de dirección en el casino. —Jeremy miró a Johny apretando la mandíbula—. Deja que llame a Clare para que lo organice todo con el Consejo, no creo que te pongan problemas dadas las circunstancias.

—No —contestó su amigo—. Prefiero hacerlo a mi manera.

Kawosa suspiró y volvió a mirar a la Loba, tan solo una pequeña negación mostraba su desacuerdo en el asunto, pero no discutió, si era Johny el que se iba a hacer cargo, estaba en su derecho de equivocarse, o acertar. No le importaba.

—Traeré la documentación que falta por firmar. Kin me ha dicho que llegará a primera hora de la mañana. Solo necesito que me des las claves necesarias para los accesos y nosotros nos encargaremos de lo demás.

—¿Sigues pensando que Clare tiene algo que ver con esto? —le preguntó sin apartar la mirada de Roxie.

—Sí —fue la escueta respuesta de Johny.

—¿Clare? —preguntó Benson. Ambos se habían olvidado de él. No le contestaron y él decidió esperar para interrogar al más joven.

Cuando Kawosa se quedó solo con ella, no pudo evitar recordar todo el camino que habían recorrido juntos. No iba a rendirse, y ella tampoco, la conocía, sabía que lucharía hasta su último aliento, aunque este dependiera de una máquina.

—Vamos, Loba, pelea, sal de la noche oscura, vuelve conmigo.



\*\*\*

Roxie sentía algo raro, no era capaz de identificar las sensaciones que la rodeaban, no se trataba del dolor agudo que la había despertado antes, tampoco era la impresión de que se estaba ahogando, ni el miedo a los monstruos que querían atraparla. Estaba corriendo libre por el campo. Eso era bueno, si no fuera porque no podía moverse. Se dejó llevar por sus sentidos y la visión que la estaba acunando, fuera lo que fuera.

Corría sin control, las zapatillas nuevas que le había comprado Little Grizzly eran una pasada, jamás había ido tan rápida. Siempre había sido larguirucha y delgada, a su madre le gustaba decir fibrosa, bueno sí, sonaba mejor, pero eso no hacía que ella no envidiara las formas redondeadas de otras chicas a su edad, o de su propia madre, ella había salido a su padre.

Seguro que si tuviera tetas Jeremy se fijaría en ella, no le había dicho más de dos palabras desde que vivía allí. Era tan guapo, con esos ojos azules que contrastaban con el negro cabello y resaltaban especialmente en su piel aceitunada. ¡Además tenía una moto! A ella le encantaban esos trastos. Era algo mayor que ella, pero eso era bueno porque los chicos de su edad eran unos críos, como Byron. Byron era el primo de Jeremy, lo llamaban también Caballo Loco; un poco loco sí que estaba, siempre metía en líos a Jeremy, al que también llamaban Kawosa, que significa Coyote; los ancianos decían que, como ellos, era rápido, atlético e inteligente.

Pero el nombre se lo puso su abuelo Búho, ya que, según la mística de estos animales, su presencia significa vida, y eso era él, la vida nacida de una desgracia.

En las dos semanas que llevaba en la reserva ya se había ganado varias broncas de su madre por seguir a Byron en sus aventuras, lo que quería decir que también ella estaba un poco loca, pero la verdad era que lo pasaban en grande y, además, al final siempre aparecía Jeremy para salvarles el trasero.

Byron y ella enseguida habían congeniado, él la trataba como a un igual, y eso le encantaba. Cuando su madre le dijo que iban a vivir en una reserva india, ella se imaginó que se instalarían en una tienda de campaña; tipi lo llamaban. Había visto muchas películas de indios, cuando era pequeña, con su padre, nunca podría haber imaginado que terminaría viviendo en una reserva de verdad. No se parecía en nada a lo que había imaginado: la casa de Little Grizzly era modesta, pero tenía todas las comodidades, sobre todo una gran cocina con chimenea que era el centro del hogar, y un gran patio con muchas macetas que a su madre le encantaban y con las que pasaba mucho tiempo. Byron vivía justo al lado en una casa exactamente igual a la que ahora era la suya.

La primera vez que la vio la miró entrecerrando los ojos de manera especulativa, luego giró a su alrededor continuando con su evaluación —con el tiempo supo que eso era algo que hacía a menudo—, después se plantó delante de ella y le hizo un gesto brusco con las manos a la vez que decía algo así como ¡buh! Si estaba intentando asustarla iba a tener que hacerlo mejor. Roxie se limitó a levantar una ceja interrogativa y desviar la mirada hacia la izquierda, lugar donde otro chico algo más alto y de aspecto serio, los observaba sin hacer el menor gesto. Era guapo, muy guapo de hecho. Se enamoró unos quince segundos después, cuando él se acercó, empujó a su primo y se dirigió a ella mirándola directamente a los ojos.

—Vas a ser muy feliz aquí —le dijo.

Y esa había sido la frase más larga que le había oído pronunciar, pero esos ojos parecían capaces de mirar dentro de ella, de escrutar toda su alma. Se puso roja hasta la raíz del pelo, notó el calor del rubor apoderarse de su rostro poco a poco.

—Tío, ya te vale, ya te has ligado también a esta —se quejó Byron; Jeremy le dio otro empujón, esta vez algo más fuerte, y salió de la habitación. El chico apenas había vuelto a ponerse en pie cuando otro golpe lo llevó de nuevo hasta el suelo.

Roxie sintió una gran satisfacción al ver la cara de su vecino desde arriba, sí, lo había tirado al piso de un envite y en ese momento sacudía las manos una contra otra, en señal de trabajo bien hecho. El chico se levantó y le gritó: —Pero ¿qué os pasa? ¿Qué he dicho para que os enfadéis los dos?

—¿Eres idiota? —lo acusó ella.

—Pues vale. Me voy a dar una vuelta a caballo, son menos complicados que las personas. ¿Te vienes?

—Acabo de zurrarte —le recordó ella, sorprendida de que aun así la invitara a acompañarlo.

Byron se encogió de hombros. Roxie sonrió: definitivamente, le gustaba aquello.

Desde ese momento Byron y ella se habían hecho casi inseparables, ella lo acompañaba a casi todas sus aventuras y aguantaba los sermones de los mayores.

Fueron muchas las veces que Kawosa —como llamaban a Jeremy los ancianos— tuvo que rescatarles o cubrirles las espaldas. Aun así, no hablaba más que lo justo. Y ella era una tonta que se estaba enamorando de sus silencios.

—El chico de Búho, ¿te gusta? —le preguntó en una ocasión Little Grizzly.

—¿Jeremy? —se alteró ella.

—Kawosa no es un chico —le contestó ceñudo el indio.

—Tiene casi la misma edad que yo —apostilló ella.

—En realidad, nunca ha sido un chico. De todas formas, en nuestra cultura y siendo hombre...

—Ella puso los ojos en blanco dispuesta a pelear ante el comentario, pero su padrastro levantó una mano, signo inequívoco de que debía esperar su turno para hablar —. Lo que quiero decir, es que los hombres estamos preparados antes para el sexo y corremos menos riesgos, si tontear con Caballo Loco, lo haces con un igual, pero Kawosa... eso es diferente, debes estar preparada para algo serio, y no creo que ese sea el caso ¿o sí? Tampoco creo que a tu madre le hiciera gracia.

—¡Por favor! En primer lugar, yo no he dicho que quiera tontear con ninguno de los dos, Byron y yo solo somos amigos, me divierto mucho con él y me ha ayudado adaptarme. Y en cuanto a Jeremy, él ni siquiera me habla, así es que tampoco creo que tengas que preocuparte.

—Interesante.

—¿El qué?

—No has negado que te guste.

Roxie no supo qué contestar, la había pillado, su padrastro era un hombre muy intuitivo, igual que Búho —el abuelo de Byron y Jeremy— tal vez, el mayor de los primos hacía bien en mantenerse callado la mayor parte del tiempo.

Ella se sentó en el columpio que estaba en el porche, donde mantenían esa conversación. Se cruzó de brazos y compuso un gesto enfadado. Little Grizzly se acomodó a su lado.

—Anímate, los hombres no siempre mostramos lo que sentimos.

—Tú se lo dijiste a mi madre nada más verla.

—Sí. —Roxie lo miró, tenía la vista perdida en el horizonte y una sonrisa enorme en el rostro —. La juventud a veces no nos deja actuar y otras, nos hace hacerlo precipitadamente. Es difícil cogerle el ritmo a la vida. Pero con el tiempo se aprende.

—Yo no voy a aprender nunca —se quejó ella.

—En realidad, me refería a Kawosa, pero con lo rebelde que tú eres y lo mucho que te gusta luchar por cambiar los roles de las mujeres en la sociedad ¿no se te ha ocurrido dar el primer paso?

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—Sabes que si mamá se entera de que me has dicho eso te va a cortar esa trenza ¿no?

—Será nuestro secreto. —Él la envolvió entre sus enormes brazos.  
—¿Por qué te llaman Pequeño Grizzly? En realidad, eres muy grande.  
El hombre soltó una carcajada que reverberó en su pecho.  
—Mi padre era Gran Grizzly, yo seré Pequeño hasta el día que me muera.  
—Pues para mí eres el más grande, el mejor —le contestó ella.

\*\*\*

De repente Roxie se dio cuenta de que ya no era esa jovencita, otra realidad trataba de abrirse camino en su cabeza, era una adulta y tenía que hacer algo, algo importante, no sabía qué, pero debía abrir los ojos. Sí, eso era, tenía que abrir los ojos. Pero cuando lo hizo, la imagen de los árboles de bocas dentadas la asustó lo suficiente como para volverlos a cerrar.

Escuchaba voces a su alrededor, sobre todo una que la envolvía en un manto de calma.  
—Vamos, Loba, pelea, sal de la noche oscura, vuelve conmigo.  
Loba, sí, esa era ella. La Loba.

\*\*\*

—Yo quiero un nombre como el vuestro —le dijo a Byron.  
—¿Quieres un nombre de chico? —preguntó él—. No sé por qué, Roxie no está mal.  
—A veces no sé si eres tonto o te lo haces —le contestó ella.  
Él se llevó la mano a la tripa de tanto reír.  
—¿Qué tal Perezosa? —siguió chinchándola él.  
—Yo no soy perezosa.  
—Pues Larguirucha, eso sí que lo eres.  
—Continuó comiéndose los cereales del desayuno, a pesar del pescozón que le había dado su abuela.

Estaban en la cocina de la casa de Búho, acababa de amanecer y los chicos tenían que hacer sus tareas antes de salir a corretear y divertirse, el verano les dejaba mucho tiempo para inventar nuevas aventuras.

—Los ancianos te pondrán un nombre apropiado cuando lleves un tiempo entre nosotros, Roxie —le dijo la abuela.

—Loba.

Roxie dio un brinco en la silla cuando escuchó su voz.

—Kawosa, sabes que los nombres los ponen los ancianos.

—Es peleona y delgada, le gusta ir en pareja y pertenecer a nuestra manada. Además, siempre va vagabundeando por ahí.

Ella sonrió. Búho y su padre entraron en la cocina.

—¿Le has puesto un nombre indio a mi niña? —le preguntó a Jeremy, cerniéndose sobre él con sus casi dos metros de altura.

En favor del chico había que decir que apenas tembló.

—Sí, señor —le contestó.

—Me gusta, pero puesto que viene del otro lado del atlántico, de tierras ancestralmente celtas, la llamaremos Loba Céltica.

Ella no lo pudo evitar, saltó de su silla y abrazó con fuerza a Jeremy, el joven separó los brazos todo lo que pudo para demostrar que no iba a tocarla, mientras ella continuaba enganchada a su cuello.

\*\*\*

Jeremy miró por la ventana, la noche estaba completamente cerrada.

La doctora había estado allí y le había dicho que iban a intentar quitarle el tubo por la mañana. Le preguntó si había abierto los ojos o se había movido, si había estado inquieta.

Él le dijo que no. Ningún movimiento.

La enfermera que estaba con la doctora en esa ocasión tocó algo en las bombas que administraban la medicación. Se vio obligado a soltarle la mano mientras trabajaban con ella y sintió el picor del anhelo, necesitaba tocarla con desesperación.

Cuando la dejaron preparada para pasar el resto de la noche, él se sentó de nuevo en el sillón, puso en práctica los muchos años de meditación, le agradeció infinitamente a su abuelo que le hubiese enseñado los ritos nativos y lo guiara en la búsqueda de su espiritualidad; hacía años que no lo ponía en práctica, pero en este momento le resultaba imprescindible. Con la mano de la Loba entre las suyas, se permitió cerrar los ojos y viajar hasta otra meditación en otro lugar, en otra vida.

\*\*\*

A sus diecisiete años se sentía todo un hombre. Llevaba toda la vida cuidando de Byron y ahora cuidaba también de la Loba, tal y como todos habían aprendido a llamarla. A ella le encantaba. Le gustaba su papel, disfrutaba con ella, pero de vez en cuando necesitaba sus momentos de paz. Y ese era uno de esos momentos.

Tenía que meditar, necesitaba averiguar qué iba a hacer con su futuro, no sabía si seguir un programa de estudios indígenas —La Comanche Nation College ya le había invitado— o salir de la reserva y asomarse al mundo de los blancos. También tenía una opción intermedia, podía cursar estudios americanos nativos en la OU, pero lo que realmente deseaba era licenciarse en Derecho. Tenía escondidas varias cartas de prestigiosas universidades que le invitaban a visitarlos. Podía escoger.

Sus notas eran extraordinarias; sus trabajos para la comunidad, encomiables, y destacaba en deportes.

También podría estudiar leyes en la OU, así no tendría que salir de casa y quizá en futuro trabajar para la BIA. Levantó la vista y vio a Byron de pie encima del caballo, con los brazos en cruz y el cabello al viento. Era una imagen hermosa, que dejaría de serlo en cuanto se rompiera la crisma.

Cerró los ojos y respiró, dejó que el aire circulara por su cuerpo mientras la música de sus ancestros ocupaba su mente, y se imaginó haciendo lo que más quería en el mundo. Allí estaba él, delante de un montón de gente defendiendo a su pueblo, a pesar de sus ojos azules, eso era algo que odiaba y no podía cambiar. Se concentró más en sí mismo y en su futuro.

Sintió una presencia que perturbaba su paz. Abrió un ojo y luego el otro y miró sorprendido.

La preciosa Loba Celta imitaba su postura sentada frente a él.

—¿Qué haces? —le preguntó directamente.

—¿Qué intento hacer —contestó él de mal humor.

—¿No puedes? ¿Cuál es el problema?

Él la miró levantando una ceja, pero sin responder.

—¡Ah, ya! Perdona. Es por mí, claro. Verás, es que te he visto aquí sentado, mientras Byron está divirtiéndose con su caballo, y he pensado que te pasaba algo, pero...

—Todos no somos como tú y tu Byron, que siempre estáis corriendo por ahí —le espetó

malhumorado.

—¡Mírate! Si sabes decir más de tres palabras seguidas. ¿Me enseñas a hacer eso? ¿Es una costumbre de tus antepasados?

Jeremy cerró los ojos. No sabía qué sentía, pero sentía algo, sentía mucho en realidad, quería cogerla y... no, no podía, su abuelo...

—¡Pues vale! Y no es mi Byron, que te enteres —se quejó ella levantándose dispuesta a darse la vuelta y dejarlo de nuevo a solas.

Él abrió los ojos y la miró con enfado.

—¿Entonces por qué estáis siempre juntos? Desde que llegaste no os habéis separado ni un momento.

Ella se sentó de nuevo frente a él.

—Lo siento. No pretendía separarte de él.

Kawosa se encogió de hombros.

—No nos has separado. Si no estoy más con vosotros es porque no quiero.

—¿Y por qué no quieres? —indagó la chica.

—No me gusta veros juntos —le confesó él.

—¿Y por qué? ¿Tan mala te parezco? ¿Es porque no soy nativa?

—India o indígena si quieres, no digas nativa.

—¿Por qué?

—Eso se lo inventaron los blancos para hacernos creer que nos tienen en consideración, pero es solo un lavado de cerebro.

—Eres muy raro, ¿sabes?

Él se encogió de nuevo de hombros.

Sí, lo sabía.

—No me has dicho por qué no te gusto.

—Yo no he dicho que no me gustes.

Roxie emitió una especie de gruñido.

—Me estás dando dolor de cabeza, ¿sabes?

Él se limitó a mirarla fijamente, quería leer en su alma.

—¿Y bien? —insistió la chica.

—Porque te quiero para mí.

Hubo un momento de tensión, Jeremy pensó que se abrirían los cielos y la tierra se hundiría bajo sus pies, pensó que tal vez ella saldría corriendo a decirle a su padre que le diera una paliza al idiota ese, pero nada de eso pasó. Ella le mantuvo la mirada y sonrió. En ese momento él se dio cuenta de que le había dado todo el poder, estaba en sus manos, y le encantaba; también sonrió.

—Se llama meditar, es bueno para el alma —la informó rompiendo el momento.

—¿Por qué? —continuó preguntando ella, como si no hubiera pasado nada, como si la tormenta que los había succionado hacía un momento no hubiera estado ahí.

—Porque te ayuda a conectar con los espíritus —le dijo muy serio, aún sin abrir los ojos.

—No jorobes, qué miedo.

Jeremy se rio, fue una carcajada limpia y corta que alivió la tensión.

—Serás capullo, ¡es mentira! —Él continuaba riéndose.

Una furia de cincuenta kilos se le echó encima dejándolo tirado en el suelo, él la sujetó e hizo algo que deseaba con toda su alma. La besó. Y no lo hizo despacio ni con cuidado, no había besado a muchas chicas, no era un experto, su pequeño primo sabía más de eso que él. Pero sí lo hizo con intensidad y con todo el deseo que tenía concentrado dentro. Ella se aferró a su pelo,

Jeremy sintió cómo le tiraba de él mientras se lo enredaba en la mano. Las delgadas y fibrosas piernas de la chica lo atraparon y las manos de él fueron veloces a tocar ese culo que tanto había admirado.

Tardaron un rato en separarse jadeantes y con anhelos desconocidos por ambos.

—¿Por qué es bueno meditar?

—Eres muy preguntona.

—Contesta.

—Te ayuda a conocerte a ti mismo, a visualizar el futuro y a comprender lo que quieres, y, a veces, si eres afortunado y lo haces muy bien, tus deseos se cumplen.

Ella sonrió, seguro que era consciente de que su mayor deseo en ese momento era ella.

Oyeron el ruido de cascos acercarse, suponían que era Byron, así es que no se molestaron en salir de su abrazo.

—¡Ya era hora! Pero ahora no os vayáis a pasar todo el rato *ñaca ñaca* —les dijo el joven Caballo Loco.

—¡No seas idiota, Byron! —le gritó Jeremy.

Roxie se limitó a reírse hasta tener que sujetarse la tripa.

\*\*\*

Kawosa volvió a mirar al por la ventana, apenas había dormido en toda la noche, la noche más oscura de su vida. El sol ya estaba ganando la batalla cuando la doctora, con cara de sueño, apareció por allí acompañada de varios enfermeros.

—Vamos a trabajar con ella, será mejor que se marche a descansar.

Jeremy no contestó, tan solo giró la cabeza en sentido negativo.

—Está bien, entonces baje a tomar un café o lo que quiera, pero no vuelva hasta la hora de la visita, ya hemos hecho una excepción dejando que se quedara esta noche. Esta situación se va a prolongar días, tal vez más, intente administrar sus fuerzas.

De nuevo no contestó, apretó la mandíbula y se acercó a Roxie, la besó en la frente.

—Sal de la noche oscura, por favor, vuelve conmigo —le susurró al oído.

## Capítulo 17

# LA VERDAD

Roxie continuaba en cuidados intensivos, todavía llevaba asistencia para respirar, la habían sacado del coma inducido, pero todavía no había conseguido despertar por sí misma. Los médicos habían dicho que tocaba esperar, que su cuerpo y su mente necesitaban tiempo.

Johny se había hecho con el control del casino, en la reunión con los ancianos —entre los que había alguno no tan anciano en realidad— lo que más impresionó fue Kin. Contar con ella había sido una gran idea y lo que movió la balanza a su favor para no encontrar resistencia, eso y que tenían pocas alternativas rápidas.

Él esperaba pelea con Clare, pero la joven se había comportado de forma sospechosamente tranquila. Cada vez que Johny la veía le corría un escalofrío por la espalda. Estaba seguro de que escondía algo y lo iba a averiguar.

Jenifer estaba en casa, se recuperaba de las lesiones físicas y psicológicas de un ataque, uno nunca se espera que le pasen esas cosas, aunque te dediques a ello.

Él recibía la visita de los agentes del FBI continuamente, y ya consideraba a Chama Benson como de la familia, pero seguían sin sacarle información. Él lavaba la ropa sucia en casa.

Todavía no había comenzado a presionar a Clare en serio, le estaba dando margen para que se sintiera segura, pero ya no iba a tardar. Sus hombres la seguían a todas partes esperando un paso en falso que no tardaría en llegar. Estaba seguro.

\*\*\*

Clare se preparó para entrar en el despacho cargada de suficiencia, supuso que podría manejar a Johny con más facilidad incluso que a Jeremy, al fin y al cabo, era más joven e inexperto, ¿si tenía cara de niño! Era tan guapo que su cara podría ser la de una mujer. Solo debía averiguar cómo librarse de la india que era su sombra. Ella parecía más suspicaz, la miraba con desconfianza mal disimulada, a Clare siempre le había costado más entablar relación con las mujeres, a no ser que a la india le fuera... pero no, no lo parecía por la forma en que se comportaba con ella.

Allí estaban ambos, la mesa de reuniones estaba repleta de documentos esparcidos, Johny escuchaba atentamente mientras la chica señalaba alternativamente una hoja y la pantalla del ordenador portátil que habían instalado allí.

Se encontraban muy cerca, él sentado y ella de pie a su espalda, se estaban rozando, el joven se veía concentrado en la explicación, cualquier otro habría ya tumbado a la india sobre la mesa, era evidente que entre esos dos solo había trabajo. Quizá no fuera difícil librarse de ella, finalmente.

—No recuerdo haberte dado permiso para entrar —recalcó Johny sin levantar la vista de lo que le tenía absorto.

—Discúlpame, Johny, no tengo costumbre de hacerlo, con Jeremy...

—Sal y hazlo como se debe —le ordenó ante la estupefacción de la rubia.

—¿Bromeas? —titubeó Clare.

Johny se dignó a mirarla a los ojos, levantó una ceja y dispuso una sonrisa ladeada en su rostro.

Hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta y disfrutó observando el rostro enrojecido por la furia de la despampanante rubia.

A Clare le costó unos segundos procesar la situación, pero logró recomponerse, sonrió, agachó la cabeza y salió cerrando suavemente la puerta. Y juró por Dios que el sucio indio se las iba a pagar, le haría sufrir de la peor manera.

—Anuncia mi llegada —le indicó a la secretaria que se hallaba en el antedespacho de dirección.

—Pero si... —se extrañó la mujer.

—¿Acaso eres tonta?, he dicho que me anuncies, no creo que tenga que darte explicaciones. — Su voz suave y melodiosa no ocultó el veneno de su alma.

La señora Miles, la secretaria, no le contestó, descolgó el teléfono y marcó el nueve. Tras varios tonos escuchó la voz del nuevo jefe.

—¿Qué desea la secretaria más eficiente del planeta?

—En este momento estar en cualquier otro lugar. Tiene visita.

—No sabes cómo te entiendo.

—Aún no le he anunciado quién es —ironizó la señora Miles.

—Ambos sabemos que no es necesario. Siento haberte puesto en esta situación, prometo compensarte.

—Se lo recordaré.

—Me parece justo. Un último favor: deja que espere tres o cuatro minutos antes de hacerla pasar.

—Espero que la compensación merezca la pena.

—Lo hará.

La señora Miles le tenía mucho aprecio al señor Hunter, pero el encanto del señor Guitar la había conquistado por completo. Casi hacía que valiese la pena soportar tres largos minutos más la mirada asesina de esa psicópata.

Johny colgó el teléfono y soltó una carcajada.

—¿De verdad conquistas a las mujeres con esa labia trasnochada y vomitiva? —le preguntó la india.

—No lo sé, dímelo tú —le contestó girando la silla hacia ella para encararla poniendo la mejor de sus poses seductoras.

—Ni siquiera lo intentes —le advirtió ella.

—Pues yo creo que te gustaría.

—Tanto como comer cianuro.

—Puede que estés en lo cierto.

—¿Crees que me gustaría comer cianuro?

—Si lo usas en la dosis adecuada, cuando te das cuenta ya es tarde y estás totalmente tomado por él.

—Johny, estás muy mal de la cabeza, amigo —se rio ella.

—Ya veremos.

—Sigue soñando, en cualquier caso, ¿no crees que te has pasado con doña Ambición?



—¿Alguna vez has visto El encantador de perros?

—Sí, claro, pero... —Hizo un gesto de desconcierto, esperando que se explicase.

—Los bichos agresivos necesitan límites y limitaciones y... yo estoy reclamando mi espacio.

—A mí me da, que este perro te va a morder y... sigo pensando que no te funciona bien la cabeza.

Él tan solo se rio más fuerte.

La señora Miles pasó los tres minutos más largos de su vida mientras los tacones de la rubia perforaban la alfombra a cada pasó, el humo que salía de su cabeza era tan real como el color rojo de su cara.

—El señor Guitar la espera.

Clare le dedicó una fría sonrisa y tocó a la puerta antes de abrirla.

La joven entró y Johny siguió jugando.

—Justo la persona a la que quería ver —le dijo con una gran sonrisa mientras se levantaba y apartaba una silla invitando a la rubia a sentarse con ellos.

Las dos mujeres lo miraron como si se hubiera vuelto loco. Clare estaba completamente descolocada y fuera de sus casillas, así no podía enfrentarse a él. No sabía qué le estaba pasando, pero necesitaba recomponerse.

—Te... te importa que use tu baño, necesito refrescarme —le dijo para ganar tiempo.

—Por supuesto, pero mira primero este consentimiento, no es razonable, y lo has firmado tú.

Ella se acercó despacio, observó el documento que era la aceptación de un presupuesto de bebidas muy común. No entendía nada.

—Yo... yo... de verdad que necesito tiempo, quiero decir, el baño, por favor.

—Sí, claro. Ve.

Cuando se oyó cerrar la puerta del lavabo, la india se dirigió a Johny.

—Cuando ha entrado he pensado que te habías vuelto loco, pero con este presupuesto me he convencido, esto es una tontería, ¿por qué quieres verlo con ella?, hay muchas otras cosas que sí nos tiene que explicar.

—César —nombró él por toda respuesta.

—César —repitió ella que seguía sin comprenderlo.

—El Encantador de Perros. Soy adicto a ese programa. ¿No lo has visto nunca?

—No veo mucho la tele.

—Eso explica muchas cosas —se burló—. En fin, la cosa va así: primero compensación y afecto por algo bien hecho, después la dejo recomponerse, pero cuando yo lo diga. Y, finalmente —y esto es cosecha propia—, hago del presupuesto un problema porque ahora está tan preocupada pensando qué tendrá este documento que ella no recuerda, que no le da tiempo a reestructurar la estrategia con la que venía aquí.

—Deberían poner tu foto en el diccionario al lado de la palabra *manipulador*.

—Gracias.

La blanca sonrisa de Johny se iluminó aceptando como alago el insulto, y la joven se afianzo en su convicción de mantenerse alejada emocionalmente de ese hombre.

—Piensas que tiene algo que ver con la desaparición de la mujer de Jeremy.

—No fue una pregunta.

—Estoy convencido —afirmó mirando hacia la puerta del baño, que continuaba cerrada.

—¿Lo has hablado con él?

—Jamás creería hasta dónde es capaz de llegar esta mujer para conseguir sus objetivos. No, de esto me encargo yo.

—Pero si está en peligro... —Él le envió una mirada siniestra, aunque no dijo nada. Ambos levantaron la cabeza al escuchar el sonido de los tacones de la rubia acercarse a la puerta.

Cuando salió se dirigió a ellos con una sonrisa tensa, parecía dispuesta para la lucha.

—Quisiera hablar contigo a solas, Johny, supongo que no le importará a tu... hum... —dudó intencionadamente.

—Socia, por tanto, no hay nada que me puedas decir que ella no deba escuchar —le aclaró él. Se levantó y cambió de asiento, se acomodó detrás del gran escritorio cruzándose de piernas y apoyando las puntas de los dedos de una mano en los de la otra. La actitud y la postura demostraban una distante cortesía y algo de impaciencia.

—Supongo que tienes razón, pero es algo personal...

—Te conozco desde hace años y nunca ha habido ningún tema personal entre nosotros, Clare.

—Las circunstancias han cambiado, Johny —pronunció su nombre haciendo un mohín erótico con los labios.

Johny sonrió; ya la tenía. No obstante, jugaría un poco más.

—No a nivel personal.

—Tengo cosas que hacer —les interrumpió la india—, volveré en media hora.

—Está bien —claudicó él.

Johny cogió el teléfono móvil y lo desbloqueó con su huella, Clare lo miró con interés. Una vez a solas, la joven comenzó a hablar.

—La situación que se ha creado es muy compleja, Johny... Por cierto, nunca te he preguntado tu verdadero nombre, me encantaría saberlo...

—Estoy seguro de ello. —Dejó de teclear un instante para indicarle con la mano que se mantuviera callada y a la espera.

Ella suspiró y, aunque se mantuvo en silencio, rodeó el escritorio y se sentó encima de la tabla cruzando las piernas de modo que rozaban el brazo de él. Se apoyó hacia atrás en las manos para permitir a su blusa abrirse y mostrar un muy sugerente escote.

Johny ensanchó la sonrisa; ahora sí, ya la tenía. Con parsimonia dejó el móvil sobre la mesa y le puso una mano en el muslo, que fue subiendo mientras se levantaba. Sus dedos siguieron el camino de la lujuria hasta rozar el pubis, metió los dedos por el borde de las bragas y acercó su boca a la de ella, la sintió dispuesta, mojada a pesar del teatro, él sabía que era atractivo y sabía que provocaba reacciones extremas en las mujeres y en muchos hombres, pero creía que estaba batiendo algún tipo de récord, no era normal la velocidad a la que esta mujer se había puesto cachonda.

Tenía pensado presionarla un poco más, movió los dedos arriba y abajo mirándola a los ojos sin llegar a besarla, pero con la boca casi pegada a la suya.

Ella soltó un jadeo y se movió inquieta.

La repulsión que sintió el indio, le hizo acabar con el encuentro más rápido de lo que hubiera deseado, le habría gustado darle una humillación total.

Se apartó de ella para abrir un cajón, la rubia lo miró expectante, seguro que pensaba que sacaría condones, pero lo que sacó fue un bote de desinfectante de manos y se lo aplicó diligentemente.

Disfrutó de forma insana de la cara que puso Clare, que evidentemente se había quedado sin palabras y sin estrategia.

—He probado la mercancía. No me interesa. Si no tienes nada mejor que ofrecer puedes marcharte. De ahora en adelante, cíñete a los negocios.

Clare levantó la mano con intención de abofetearle. Él la agarró por la muñeca con suficiente

fuerza como para hacerle daño.

—Eres un bastardo —escupió ella con la voz rota.

Johny soltó una sonora carcajada.

—En todos los sentidos. Así es que procura no confundirme con Jeremy. Yo no soy cortés, no soy un caballero y, desde luego, no soy buena persona —le soltó con tal brusquedad la mano que ella estuvo a punto de caer—. Ahora será mejor que te largues.

Clare salió corriendo del despacho con la cara anegada en lágrimas de pura frustración, Johny sabía perfectamente que lo que realmente dolía a la rubia era no haber podido salirse con la suya.

Aunque que te negasen el orgasmo no era agradable.

Agarró el teléfono y envió un mensaje a Kanuk.

JOHNY\_ 12:15

Prepárate, está saliendo. La he alterado lo suficiente como para que haga alguna tontería. Si la tiene, va a ir a verla para desquitarse; no podemos perderla de vista.

Al momento recibió la respuesta en forma de pulgar hacia arriba. Serpiente era un hombre de pocas palabras incluso por mensaje. En ese momento estaba encargo de dirigir parte del equipo de seguridad que trataba de localizar a la Loba. Toda la calle estaba rodeada de hombres y mujeres con órdenes de seguir, pero no intervenir. Habían tenido que cambiar los trajes por ropa actual e informal: en esos momentos no se trataba de impresionar, sino de esclarecer.

Johny se preguntó una vez más cómo era posible que Jeremy no hubiese descubierto en todos esos años qué tipo de persona era la rubia. Pero su amigo, aunque era un hombre inteligente y carismático, no tenía ninguna experiencia en cuanto mujeres y artes de seducción; para él la única mujer había sido Roxie. Johny se había reído de él en muchas ocasiones, pero en el fondo le envidiaba, él no se creía capaz de tener sentimientos tan profundos por nadie.

## Capítulo 18

# DESPERTARES

Roxie no vio el túnel del que todo el mundo hablaba, no había una luz que le decía ven aquí, tampoco una fuerza misteriosa que tirase de ella hacia otro lado, pero estaba escuchando voces.

Esta vez eran voces normales; femeninas y masculinas. No podía entenderlos, pero estaban ahí, con ella. Sentía la necesidad de contestarles, pero para eso tendría que despertarse, porque no estaba segura de estarlo.

Hizo un repaso de su cuerpo. Creía que lo tenía todo en su sitio, o por lo menos le parecía que lo tenía. Bien, eso era bueno. El siguiente paso era intentar moverse, tenía que comenzar por algo sencillo como los dedos. Les ordenó a sus dedos que subieran, ¿cómo podían pesar tanto? Se esforzó al máximo, era una chica fuerte, había salido de... ¿de dónde? No lo recordaba con claridad, pero sabía que era un lugar pequeño y oscuro.

Tampoco recordaba cómo había llegado allí. Tenía que dejar de pensar, la cabeza le dolía horrores y sentía la garganta obstruida. Trataba de respirar, pero no estaba segura de estar consiguiéndolo.

—Tranquila, no peles con la máquina, adáptate a ella, te está ayudando a meter aire en los pulmones. Ya llevas varios días con nosotros, no me digas que aún no te has acostumbrado.

Un momento, eso lo había entendido; por completo. Esa voz era la voz que le daba paz cuando miraba hacia el río que tenía a su derecha. Abrió los ojos para intentar concentrarse en ambos: el río y la voz, su salvación.

—Avisa a Ríos de que se está despertando y por fin ha abierto esos preciosos ojos negros —le pidió Jake a un compañero.

¿Por fin? ¿Cómo que por fin? Los había abierto un montón de veces. Lo recordaba, recordaba todo. Los árboles monstruosos, el agua... En ese momento se dio cuenta de lo absurdo que era lo que estaba pensando. La cabeza iba a estallarle; además del dolor, estaba la neblina que se apoderaba de ella y ese maldito tubo que le impedía respirar. Se sorprendió a sí misma al darse cuenta de que estaba levantando las manos y tirando de él. El dolor fue tan intenso que se le nubló la vista, aun así, no paró hasta que el maldito conducto estuvo fuera. Intentaba inhalar, pero no estaba segura de conseguirlo. Era consciente de que se estaba retorciendo sobre sí misma. En ese momento supo lo que sentía un pez fuera del agua.

Varias personas la estaban sujetando mientras el enfermero de la voz tranquilizadora le ponía una mascarilla.

—Hoy me voy a llevar una bronca por tu culpa. Uno nunca puede confiar en los pacientes, aunque sean tan encantadores como tú —le recriminó.

—Bueno, pues parece que la señora me ha evitado tener que extubarla. Jake, pasa luego por mi despacho —dijo la doctora en cuanto terminó de auscultar a la paciente.

—Ya te he dicho que me iba a caer, Roxie —continuó el enfermero mientras la recolocaba en

la cama ahora que se había calmado.

—Te dije que no la desataras y no me hiciste caso, pues aquí tienes los resultados de tu buenismo, ahora acarrea con las consecuencias.

—Está bien, ¿no? —le contestó el con valentía.

—Sí, la saturación va bien, de hecho, si continúa así, puedes ponerle gafas nasales a tres. A mi despacho, y ponle las muñequeras antes de que se quite algo más.

—¡Que te jodan! —le soltó la joven, con un hilo de voz pastosa.

Roxie apenas se reconoció en aquel sonido, si habitualmente hablaba en un tono áspero, en ese momento su tono se veía agravado por el tubo que había ocupado su garganta.

Jake no pudo evitar una risotada, aunque la disimuló con un supuesto arranque de tos.

—Deberías ser más agradecida con la persona que te ha salvado la vida —le recriminó Ríos.

Ella volvió la cabeza hacia el enfermero.

—Gracias —le dijo.

El chico se puso rojo y una lágrima pugnó por salir.

—Hago mi trabajo —le contestó.

—Ha sido muy tierno, pero no vas a evitar que le lea la cartilla, esto te podía haber costado caro.

Roxie le mantuvo la mirada; a pesar de que lo único que quería en ese momento era dejarse llevar por los calmantes, que le pedían a gritos que entrara en el mundo de Morfeo, fue capaz de levantar el dedo corazón por encima de los otros.

La doctora no solo no se ofendió, sino que sonrió.

—Está bien, vosotros ganáis, pero me debéis una: los dos.

—¿Le pongo...? —Jake señaló las correas.

—¿Señorita? —preguntó la doctora.

Ella entrecerró la mirada amenazadoramente como única respuesta. Sobre todo, porque no era capaz de decir una palabra más.

—Su marido tenía razón, es usted fuerte y testaruda.

Roxie cerró por fin los ojos y se dejó llevar por el sueño sabiendo que había ganado. Su marido... la última frase de la doctora resonaba en su cerebro, como una pelota que botara sin parar.

\*\*\*

Jeremy estaba a punto de marchar a la universidad, había decidido estudiar Derecho en la OU, así continuaría en casa, después de todo la Universidad de Oklahoma era de las mejores. A Roxie le emocionó que quisiera permanecer cerca. Ella aún no había terminado la secundaria y no tenía ni idea de qué haría en el futuro porque no era una estudiante brillante como él, en ese sentido se parecía más a Byron, solo que el chico tenía claro que se iba a dedicar a lo que fuera, pero con caballos. A ella le gustaban las motos, pero en la reserva a todo el mundo le extrañó su elección; su madre se enfadó, Byron se rio de ella, Little Grizzly le dijo que experimentara hasta dar con lo que realmente quería.

Nadie la tomaba en serio.

Un día decidió jugar con la vieja Indian de Jeremy y el resultado fue mejor de lo que ella misma se había propuesto. Las consecuencias fueron peores.

Desde que era una niña recordaba pasar el rato desmontando cosas para volver a crearlas, por lo general eran cosas pequeñas, esta vez le costó casi dos años prepararse. Tuvo que estudiar a conciencia, visitaba el taller de motos de Henry —en el pueblo —casi cada día, el hombre

terminó tomándola como ayudante después de seis meses. Al principio le ocultaba a su madre a dónde iba por las tardes, después comenzó a mentir, le dijo que trabajaba en la cafetería del centro comercial —sabía que su familia nunca iba al centro comercial—. Jeremy le advirtió que estaba jugando con fuego y que era mejor enfrentar la verdad, pero ella escogió el camino más complejo. Su novio estaba ocupado con los estudios, pasaba mucho tiempo en la facultad o en la biblioteca y, cuando estaba en casa, casi siempre tenía un libro en la mano, o el ordenador. Menos mal que su inseparable amigo, Byron, la apoyaba en sus locuras.

El fin de semana antes de las vacaciones de verano, del segundo año universitario de Jeremy y su graduación de la escuela secundaria, Roxie decidió darle a Jeremy la sorpresa, había dejado la moto como nueva, era cierto que el mecánico le había echado una mano, pero lo había hecho casi todo ella sola.

Le había puesto un depósito nuevo, ya que el antiguo estaba lleno de abolladuras, lo encontró en un desguace, lo pintó y le serigrafió un Coyote; Kawosa en idioma comanche. Tuvo que cambiar el radiador, ya que se calentaba con frecuencia, y le puso ruedas y yantas nuevas, no pudo encontrar del modelo original, pero le quedaban fantásticas.

Por último, le pusieron una cubierta nueva en negro mate a la caja de cambios, había quedado increíble y había resultado cara, pero todo era poco por ver la cara de su chico.

—¿Es mi moto? —le preguntó Jeremy.

—Lo es.

—¿Cómo has podido? —le recriminó él.

Tal y como era Jeremy, no levantó la voz, claro que no hacía falta. Bastaba con la decepción que mostraba en su tono, en su postura, incluso en su mirada.

—¿Qué? —Roxie no fue capaz de decir nada más. Se sintió morir. La ilusión que la embargaba antes de retirar la lona que escondía la sorpresa se convirtió en pesar. Era como si una lágrima gigante se hubiera apoderado de su pecho. Tenía ganas de llorar, y eso era algo que ella no hacía habitualmente.

—Era *mi* moto, no tenías derecho a tocarla, a... cambiarla.

—Pero...

—No hay peros. Yo te respeto a ti y tú a mí, ese es el trato. Lo tomas o lo dejas.

—¿De qué diablos hablas? Te he hecho un regalo. ¡Un maldito regalo! He invertido tiempo, dinero e ilusión. He mentido, he manipulado y he dejado todo a un lado por este proyecto, por ti, solo por ti. —Mientras lo decía daba golpecitos con el índice en el pecho de su novio.

—En realidad no lo has hecho por mí —contraatacó el joven.

—Y entonces ¿por quién lo he hecho? ¿Eh?

—Lo has hecho por ti. Y ahora quieres mi aplauso, pero no la vas a tener. Esta moto era de mi abuelo, y la quería tal y como estaba, con sus abolladuras en el depósito, que me recordaban la primera vez que me la dejó y me caí, aún conservo el recuerdo de mi abuela persiguiéndonos con la escoba, por el susto.

—Creo que ahora sí puedo decir que nunca te he oído hablar tanto. Lo siento —declaró tras un momento de incómodo silencio—. No lo pensé. Yo solo...

—Sé que quieres dedicarte a esto, me parece bien, pero deberías haberme preguntado.

—La volveré a dejar como estaba.

Él sonrió de forma ladina.

—En realidad, me conformo con que le pongas el depósito viejo, las ruedas están genial y el radiador es una pasada —le confesó acariciando el sillín recién tapizado.

—¡Serás capullo! —Se acercó a él y le dio un puñetazo en las costillas sin demasiada

convicción.

—Ven aquí, peleona —le agarró las muñecas y se las cruzó detrás de la espalda para tenerla a su merced.

—¡Déjame! —le gritó ella, riéndose.

—¿Cuánto dinero te has gastado?

—Mucho.

—¿Cuánto es mucho?

Ella le miró a los ojos y se mordió el labio inferior.

—Todos mis ahorros y algo que me ha dejado Byron.

Jeremy echó la cabeza hacia atrás sin soltarla y gruñó.

—Ese es otro problema.

—Sí, pero es mí problema, no el tuyo.

—No, si nos vamos a vivir juntos —le soltó como si tal cosa.

Tras un momento de absoluta estupefacción, Roxie contestó: —¿Has dicho irnos a vivir juntos?

—No sé tú, pero yo estoy cansado de echarte de menos. Si solo puedo estar contigo por las noches, que así sea.

Ella se quedó mirándolo sin saber qué decir.

—Creo que es la primera vez que te dejo sin palabras —se rio él.

—Estás más loco que tu primo. Para empezar, de qué vamos a vivir, y ¿dónde?

Jeremy la soltó, le cogió una mano y fue hasta el banco que se apoyaba en la pared del garaje. Entrelazó los dedos de ambos y acercó el nudo de manos para besar la palma de ella.

Roxie seguía mirándolo con ansiedad mal disimulada.

—Me han ofrecido unas prácticas en bufete de Houston, son remuneradas. No es mucho, pero será suficiente si tú también encuentras algo.

—No sé qué decir.

—Quiero estar contigo. Empezar mi vida contigo. No puedo rechazar esa oportunidad, pero si no quieres que vaya...

—No, no —se apresuró a negar ella —. Claro que quiero, es solo que no me lo esperaba. Yo...

—Piénsatelo —le dijo él.

—Lo haré.

—Vale.

Ambos se quedaron mirando al infinito. Tras un par de minutos Jeremy volvió a hablar: —¿Y? —le preguntó.

—¿Y? ¿Qué? —respondió ella.

—Que si te lo has pensado ya.

Roxie soltó una carcajada.

—Eres idiota, ¿lo sabías?

—Nada nuevo bajo el sol.

—Sabes que Little Grizzly te va a matar por no casarte conmigo, ¿verdad?

—¿Eso es un sí? —Por toda respuesta ella se soltó de su agarre para abrazarle.

Notó las grandes manos del chico frenándola en seco al cogerla de los hombros.

—Perdona, ¿quién ha dicho que no me voy a casar contigo?

—Has dicho irnos a vivir juntos, no has hablado de boda, además yo no quiero casarme.

Él la soltó con brusquedad.

—O nos casamos o nada.

—¡La madre que...! —Se levantó airada y le dio una patada a una lata.

Por la cara que tenía Jeremy se dio cuenta de que esa batalla no la iba a ganar. Se había cruzado de brazos y miraba hacia afuera, casi podía escuchar el engranaje de su cerebro ideando maneras de convencerla.

—Todavía eres menor, todo será más fácil si estamos casados.

—¡Lo sabía! —gritó ella.

—¿El qué?

—Que estabas dándole a tu dura mollera para ver cómo me hacías entrar por el aro.

—Te juro que te va a encantar mi aro —le contestó caminando hacia ella despacio. Como un depredador al acecho, como el coyote que era.

—Un coyote y una loba. Bonita pareja.

—Tú lo has dicho.

—¡De rodillas! —le ordenó.

—¿Perdona? —La cara de extrañeza del chico era digna de pintar.

—Quiero una petición en toda regla.

—Soy indio. No es mi tradición.

—Ya, pues yo soy blanca, así es que... —Esta vez fue ella la que se cruzó de brazos y miró hacia afuera.

Cuando sintió un movimiento delante de ella, lo vio con una rodilla en el duro suelo de cemento y una arandela grande y dorada en la mano.

\*\*\*

Roxie sintió algo húmedo en la mejilla, también calor. Unas susurrantes palabras llegaron hasta su oído, el aliento que surgió de ellas le llenó el alma y dio fuerza.

—Loba, estoy aquí, estoy contigo. Gracias, cariño. Gracias por volver, por no dejarme. Gracias, gracias... —La humedad seguía corriendo por su mejilla, no sabía si las lágrimas eran suyas o de él, pero le gustaba compartirlas, le gustaba haber vuelto.



## Capítulo 19

# PERSEGUIDA

Clare miró hacia atrás, solo vio gente y más gente de todas las tipologías existentes. Le llamó la atención una joven mujer con aspecto indígena, aunque tampoco era tan raro con los casinos y la reserva ocupando la ciudad.

No sabía por qué, pero se le había erizado la piel. Se estaba volviendo paranoica, no obstante, decidió que no la perdería de vista. Era cierto que su vida se había complicado bastante por culpa del niño que había sustituido a Jeremy y, cómo no, por lo que le había pasado a la Loba.

Ya se había encargado de Ricky, la policía había encontrado una bolsa llena de coca en su casa, gracias a un chivatazo. Ella le había pagado la fianza y al día siguiente lo habían encontrado tirado en el suelo de la cocina de su pequeño apartamento con una sobredosis. No pudieron hacer nada por él. Una verdadera pena.

Había mil formas de coger a Roxie, y el pobre idiota escogió ir dando tiros por una de las principales avenidas de la ciudad. La había metido en la furgoneta delante de testigos y con cámaras grabándole, a él no se le distinguía, pero sí al vehículo, al que, por cierto, había abandonado cerca del lugar en el que habían encerrado a la mujer. Era de locos, no se podía hacer peor. Lo mínimo que se merecía era la muerte, después de todo le había procurado su mejor viaje.

Ese pensamiento la hizo reír.

No era la primera vez que mataba —una mujer blanca salida de la nada no se posicionaba como ella porque sí, ni por su más que demostrado talento, era necesario que desaparecieran ciertos obstáculos, como Johny Guitar—, pero sí era la primera vez que sentía más placer que indiferencia.

Decidida a confiar en su instinto entró en una cafetería. La Indian Maiden S. Shope le pareció divertida en ese momento, si iba a ver indios en todas partes, mejor hacerlo a conciencia. Se posicionó en la ventana, vio a la joven nativa, de la que antes había sospechado, salir corriendo hasta llegar a los brazos del que parecía su amante.

Tomados de la mano desaparecieron por una de las callejuelas que cruzaban con la avenida Ferris NW.

—¿Desea tomar algo?

La voz le hizo dar un pequeño salto, ¡Dios! ¿Qué le pasaba? Ella, por lo general, mantenía sus nervios a raya.

Una joven de pelo corto y oscuro, alta, delgada y fibrosa que portaba una bandeja en una mano, limpiaba su pequeña y moderna mesa mientras esperaba una respuesta.

Definitivamente se estaba volviendo loca, esa chica se parecía mucho a Roxie. Esperaba ver malditos indios, pero esperaba a esa...

—¿Señora? —insistió—. ¿Le pongo algo?

Clare se levantó de manera brusca golpeando a la chica al intentar salir prácticamente

corriendo.

—¡Eh! ¿Está loca o qué? —se quejó esta siguiéndola en su huida hasta la puerta.

Cuando la rubia dobló la esquina, la joven sacó el teléfono y tecleó: «Este nuevo corte de pelo ha merecido la pena. Va hacia la posición de Roberts.»

La respuesta fue un pulgar hacia arriba. La chica volvió a ocupar su posición a la espera de nuevas instrucciones.

—¿Todo bien? —quiso saber Kin.

—Lo estamos consiguiendo, está perdiendo los nervios. En breve hará algo que la traicione.

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo mucho tiempo dedicándome a esto.

—¿Mucho tiempo? Eres demasiado joven para hablar en esos términos.

—Lo parezco, pero en ocasiones las apariencias engañan. Como tú, por ejemplo —le aseguró.

Estaban en la sala de seguridad del casino, habían adaptado gran parte de las cámaras de vigilancia para el seguimiento.

Habían pirateado el sistema de la ciudad y su personal había colocado pequeñas cámaras ocultas.

La cara de Clare al ver a la supuesta camarera no tenía precio.

—Ha cogido un taxi en la esquina de Ferris con la Octava —les informó uno de los técnicos de seguridad—. No hay problema, es Roberts.

Johny alcanzó el auricular con el que se comunicaba con todos.

—Roberts, habla con ella —ordenó Johny.

—¿Me vas a explicar ese comentario? —le preguntó Kin cruzándose de brazos.

—Quiero que sigan presionándola. Créeme, lo que menos le apetece en este momento es que un taxista cualquiera se ponga a contarle sus problemas.

—Eso lo entiendo, hablaba de lo que has dicho acerca de mí.

El chico se volvió hacia ella y le contestó con una media sonrisa: —Lo haré, te lo aseguro. —Tras lo cual se volvió hacia los monitores de nuevo.

La petulancia de ese chico no conocía límites, pensó Kin. Lo cogió por el codo y tiró de él hacia una esquina de la estancia, sabía que no era necesario, Johny confiaba en su equipo, y en realidad ella también, aun así, prefería hablar con él con cierta discreción.

—¿Por qué estás tan seguro de que está implicada? —le exigió.

—Llámalo intuición —contestó él a la vez que le recolocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Kin le dio un manotazo.

—No uses trucos de novela conmigo. —Johny sonrió y levantó las manos con las palmas hacia arriba en señal de rendición—. Hasta ahora todo lo que hemos encontrado de ella ha sido un trabajo impecable, es muy buena con los números.

—Demasiado.

—No hay indicios de desfalco o desvío de dinero.

—Que no hayamos encontrado indicios no significa que no lo haya hecho.

—¿Crees que Jeremy es idiota? Tú lo conoces mejor, pero no me da la impresión de que...

—Mira, Jeremy tiene experiencia cero con las mujeres...

—No estamos hablando de mujeres, sino de negocios. —Kin se cruzó de brazos beligerante.

—Ella no es simplemente una mujer de negocios. Utiliza todas sus armas, y con todas, me refiero a todas. Por lo que, no podemos saber a quién ha convencido o chantajeado o extorsionado para conseguir sus propósitos.

—Eso son solo suposiciones.

—No lo son, la he visto en acción. Lo ha intentado conmigo.

Kin abrió los ojos de par en par, se le descolgó un poco la mandíbula y apretó los puños, y todo sin darse cuenta.

—¿A qué te refieres? —le preguntó.

Johny dio un paso hacia ella y le acunó la cara en las manos.

—Tranquila, nena, nadie va a pisar tu territorio.

—Eres idiota, Johny, un idiota muy guapo, pero idiota, al fin y al cabo.

Johny se agachó y con su rostro aún en las manos le dio un ligero beso en los labios.

—Eso ha estado fuera de lugar —le recriminó ella, sin apartarlo.

—No veo que me echas.

—Dime qué pasó exactamente, si quieres que te apoye en esta persecución ilegal, porque te recuerdo que esto está totalmente fuera de la ley...

—Ya no trabajas para la fiscalía, nena. —Con los dedos continuaba acariciando su rostro.

—El uso de la palabra nena implica paternalismo y es peyorativo cuando se refiere a una mujer adulta y capaz.

—Me encanta cuando te pones en plan sabelotodo, me pone a cien.

—Desembucha —le ordenó dándole un pequeño puñetazo en el estómago.

—Así de brusca también me pones. —Intentó volver a besarla, pero esta vez ella se separó de un empujón.

—Solo lo estás posponiendo. Lo sabes, ¿no?

—¿Qué pasó, *nene*? —remarcó la última palabra mientras cruzada de brazos se sentaba en el borde de la mesa más cercana.

Johny suspiró y se acomodó a su lado, apoyando las manos en la tabla, la derecha rozando la cadera de ella.

—Intentó seducirme para conseguir... no lo sé, supongo que poder, básicamente.

Kin intentó mantener la cara de póker antes de continuar el interrogatorio: —¿Y qué pasó? — Casi había conseguido mantenerse indiferente.

—Si lo que quieres saber es si me acosté con ella, deberías preguntarlo —la retó.

—¿Te acostaste con ella? —Mientras lo preguntaba, consiguió mantenerle la mirada.

—No.

—Y si no hubo sexo, ¿qué pasó? —le preguntó mientras tomaba la fría taza de café, que había dejado allí abandonada hacía ya varias horas.

Johny esperó a que se tragará el asqueroso líquido antes de contestarle.

—Yo no he dicho que no haya habido sexo.

Kim se atragantó, estaba segura de que él lo había hecho aposta. Se vio obligada a escupir lo que le quedaba en la boca si no quería morir asfixiada. Se dio cuenta de que algunos técnicos se volvían a mirarla.

Johny le dio unas palmaditas en la espalda.

—Si hubiese pensado que te afectaría tanto, habría tenido más cuidado.

—No te hagas el inocente, sé perfectamente que ha sido a propósito.

Él soltó una risita.

—Vale, lo confieso. —De repente se puso serio y la miró fijamente—. Yo también sé usar esas armas, y no me da complejo utilizarlas, no es solo terreno abonado para mujeres, aunque vosotras tengáis más fama.

—Pues conmigo puedes guardártelas. Ya tienes lo que quieres de mí, estoy aquí y te voy a

ayudar incluso con esto. Pero deja que hable con Stu, tal vez nos consiga una orden que lo haga todo más legal.

Entonces fue el turno de él para ponerse tenso.

—¿Stu? ¿Ahora es Stu? Tienes buena pegada.

—No sé de qué me hablas —se defendió ella.

Vale, sí, tal vez había sido infantil, hablar así de su exjefe, pero se estaba regocijando tanto en la victoria que no podía sentirse culpable.

—Ya, claro. De todas formas, *Stu* no tiene jurisdicción en Oklahoma.

—Pero tiene amigos.

—Preferiría mantenerlo entre nosotros por ahora. —Ella apretó la boca obstinada—. Dame veinticuatro horas, sino encontramos nada sólido, te pongo al mando y puedes hacer lo que consideres conveniente.

Kin lo pensó, pero finalmente asintió aceptando la oferta.

—¿La besaste? —le preguntó.

Johny se acomodó de medio lado, con el cuerpo mirando hacia ella y una pierna medio apoyada en la mesa. Se cruzó de brazos.

—No.

Ella miró al suelo dejando que su melena negra cubriera su rostro, que estaba segura estaría bastante rojo en ese momento, pero quería saber, lo necesitaba.

—Si no te acostaste con ella ni la besaste, ¿qué hiciste entonces?

—Entre esas dos partes, hay una gama muy amplia. ¿Es que no has aprendido nada?

Su experiencia con los hombres era bastante escasa. Le había dedicado casi todo su tiempo primero al estudio y después al trabajo. Nunca se preocupó por experimentar, como hacían las chicas a su alrededor. Sus padres eran muy tradicionales y suponía que ella también.

Él le tomó la barbilla con dos dedos y le giró la cara para mirarla directamente a los ojos.

—Perdona, yo no quería ser tan... torpe. Lo siento —le dijo.

Kin sintió que la humillación la ocupaba por completo, haciéndola hervir de rabia.

—Deja ya de sobarme, Guita —le soltó poniéndose de pie frente a él con las manos en las caderas.

Johny se dio cuenta de que se sentía mortificada y decidió volver a picarla, ya tendrían tiempo de retomar esa conversación pendiente.

—No te estaba sobando. Créeme, cuando lo haga, notarás la diferencia. ¿O quieres que te enseñe ahora mismo qué es lo que le hice?

Ella se imaginó un motón de escenas y con vergüenza se dio cuenta de que en su cabeza la protagonista era ella, y lo peor era que se estaba excitando.

—Jefes, esto es interesante —les llamó la atención el técnico.

Ambos se acercaron hasta los monitores.

—Esa dirección es... —comenzó a decir Johny.

—Sí, lo es —confirmó el especialista.

—Es el momento de que hagas esa llamada que tanto quieres hacer. Roberts —se dirigió ahora a su hombre de seguridad—, entreténla unos minutos, ya vamos para allá.

\*\*\*

—¡Le he dicho que no me interesa su vida, ni su mujer, ni el amante de ella, ni sus hijos, ni toda esa sarta de estupideces! Puede coger el cambio y metérselo por donde le quepa —le gritó Clare al taxista.

—¡Ah no, señora! Que uno es pobre pero honrado, yo le doy su cambio, aunque este mes no pueda pasarle la pensión a mi segunda exmujer. ¿Quién me mandaría a mí casarme de nuevo? Si los cuernos me están bien empleados...

El hombre seguía hablando mientras contaba céntimo a céntimo el cambio.

Clare apoyó la cabeza en el asiento con impotencia y, tras respirar un par de veces y comprobar que la cabeza no le había explotado, decidió salir sin más por la puerta. Tras varios intentos se dio cuenta de que no abría.

—Déjeme salir de una vez.

Dio varios tirones muy fuertes a la vez que golpeaba en la puerta con la otra mano. Estaba a punto de ponerse a gritar cuando el hombre le dijo: —Perdone, es que está rota, tal y como está la economía no he podido pagar la reparación, pero yo le abro desde fuera en cuanto le dé su cambio.

Clare lo miró con la boca abierta, no podía tener tan mala suerte justo ese día.

¡Por el amor de Dios! Ese inútil iba a acabar con su paciencia, era un hombre horrible con un bigote largo a lo mexicano antiguo y el pelo grasiento peinado hacia atrás, con esa sucia camiseta interior de tirantes... ¿Cómo había podido aguantar un trayecto entero con ese ser abyecto? Volvió a recostar la cabeza contra el asiento mientras una lágrima de impotencia rodaba por su mejilla, tenía que salir de ahí, no había nada que odiara más que estar encerrada, no existía nada peor en el mundo. En ese momento solo tenía ganas de gritar, y la poca energía que le quedaba la estaba usando para no ponerse histérica.

—Pues ya está, aquí tiene su dinero, enseguida le abro.

Clare cogió las monedas con bastante asco y salió corriendo en cuanto se abrió la puerta del coche.

## Capítulo 20

# REALIDADES

Sentía la boca pastosa y amarga. No sabía si había soñado el momento en que se despertó y una susurrante voz le daba las gracias por volver. Sacó la lengua y se lamió los labios intentando refrescarlos, pero no consiguió sentirse mejor.

Abrió los ojos despacio, con prudencia, no tenía claro si se iba a encontrar con los árboles de bocas de rama, con el río de la serenidad o con la realidad. Y no es que tuviera muy clara cuál era la realidad. Su mente era algo así como un bombo lleno de bolas y cada vez que la abría salía una bola diferente. Y la ganadora era...

—¿Qué dices, cariño? —le preguntó la voz que le daba paz.

No era consciente de haber hablado en voz alta.

—No sé —contestó—. Sed.

—Claro, cielo. —Le acercó una botella pequeña con una cañita.

Roxie bebió un pequeño trago que al principio le supo a gloria, pero al momento se le hizo hiel y le produjo arcadas.

—No te preocupes, es normal al principio, pero es bueno que sigas intentándolo, aunque poco a poco.

—Es de noche.

—Sí, en realidad son las cuatro de la mañana. Ha venido la agente esa del FBI otra vez, quería saber si habías recordado algo, mañana volverá.

—No recuerdo casi nada. Una cabaña o madera o algo así. —Se llevó la mano a la sien—. Jeremy...

—Acabo de sacarle una manta y mi compañera le ha llevado bombones que nos ha regalado un paciente.

—¿Dónde...?

—Tragó saliva ruidosamente antes de continuar—. ¿Dónde está?

—En la sala de espera, lleva ahí desde que llegaste. Le dejamos que se duche en nuestro vestuario porque es un poco terco, se niega a ir a su casa.

Roxie sonrió.

—Sí que lo es.

—Su primo y su amigo le traen ropa y se lo llevan a comer a la cafetería, es lo más lejos que ha aceptado ir.

—¿Byron está aquí? —quiso saber.

—Chica, esto está lleno de indios guapetones.

La mayoría de mis compañeras y algunos compañeros están revolucionados, si quieres que te diga la verdad. Nunca habíamos visto a tanto hombre guapo junto.

—Sí que lo son.

—Desde luego tienen buenos genes. ¿Quieres algo que te ayude a dormir otra vez?

—No, no hace falta. —La voz seguía sonándole ronca, más de lo habitual en ella.

En cuanto la enfermera de noche salió, miró a su alrededor tratando de averiguar si podría salir de allí para encontrarse con Jeremy. Tenía la vía enganchada a varios cables que llevaban hasta una bomba, eso lo había visto antes cuando murió su madre y después su padrastro. El cacharro de la tensión pitaría si se lo quitaba, así era que tendría que desconectar el monitor. Las gafas de oxígeno y nada más. Los oía en el box de al lado, parecía que estarían allí un rato, no obstante, tocó al timbre.

—Cariño, estamos al lado que tenemos un poquito de jaleo. ¿Estás bien? —le contestó una enfermera por el interfono.

—Sí, sí, ha sido un error, voy a dormirme, que tengáis buena noche.

—Gracias, cariño. Eres un cielo, descansa.

Al sentarse en la cama se sintió mareada, respiró hondo unas cuantas veces y dejó pasar un minuto hasta que su cuerpo se acostumbró al movimiento y a la postura. Miró el monitor: botón amarillo campana tachada, alarmas en suspensión. Estiró el brazo y presionó el botón. Se quitó el brazalete de la tensión y la goma del oxígeno y se levantó.

Todo su cuerpo se quejó.

Iba a ser difícil caminar sin caerse, lo sabía. Se aferró al palo que tenía la medicación, lo desconectó de la toma de corriente y dio varios pasos hasta la puerta. De nuevo se sintió desfallecer y hubo de apoyarse en la jamba. Tras respirar hondo y concentrarse en lo que quería, tal y como le había enseñado Jeremy hacía tantos años, salió primero al hall, y cruzando el pasillo llegó hasta la una puerta en la que ponía: «sala de espera para familiares».

Abrió despacio y miró dentro. Allí estaba él, esa era la realidad, la única realidad que importaba. Se acercó con pequeños pasos hasta el sillón en el que descansaba, el mareo se estaba convirtiendo en algo más, no sabía si sería capaz de llegar hasta él, la vista comenzaba a nublarsele, las rodillas le fallaron varias veces. Un poco más, se animó, vamos, continúa.

\*\*\*

Jeremy se había quedado solo al fin.

Después de que los echaran de las habitaciones de los pacientes, Byron y Johny se mantuvieron con él un rato, le subieron algo de cena y se marcharon juntos; iban al casino, Byron estaba ayudando a Johny en teoría con temas de juego, Kawosa sospechaba que algo tramaban, ya que Byron solo entendía de caballos y de ruedas, y de Candy, claro.

No sabía por qué le habían contado que le estaba ayudando en el negocio, pero en ese momento tampoco le importaba, todas sus energías estaban centradas en su mujer. Cuando no estaba con ella meditaba para tratar de llegar al mismo lugar en que se hallaba su espíritu.

Su primo le contó que la joven india seguía alojada en el rancho; hacía terapia y pasaba mucho tiempo con Candance y con los caballos. Recibía la visita de su familia y también la de Lyon de vez en cuando, mientras tanto el equipo del ayudante del fiscal seguía investigando apoyado por parte del equipo de Jeremy.

Los agresores no habían vuelto a dar señales de querer pelea, tampoco habían vuelto las amenazas, se refugiaban en su papel de *buenos chicos*, hijos de familias importantes que aportaban recursos a la sociedad. Stuart le había enviado algunas fotos de los personajes en actos públicos acompañados de sus familias y saludando a cargos políticos y a filántropos reconocidos. Era otra forma de presionarlos.

Lyon era optimista en cuanto a que su jefe le dejara seguir con el caso, él no lo era tanto.

Dentro de poco aparecería también la foto del fiscal con alguno de los chicos y entonces todo se complicaría más. Al fin y al cabo, aunque Stuart pareciera fiscal, solo era otro ayudante más; brillante, agresivo y ambicioso, pero si notaba que su carrera se ponía en la cuerda floja, él no estaba seguro de si se arriesgaría o salvaría su culo.

Respiró profundamente y trató de viajar hacia un lugar neutro, ajeno al dolor y los problemas. La llamó, convocó a su espíritu, la sintió.

Recordó el día en que le contó por qué odiaba sus ojos azules, ella se lo había preguntado muchas veces desde que él le confesara que no podía casi mirarse al espejo sin sentir rabia.

Esa tarde estaban en la cama después de haber hecho el amor perezosamente, ambos desnudos física y emocionalmente.

—Me encantan tus ojos, en realidad supongo que es por el contraste con el resto de ti.

—¿Contraste?

—Sí, ya sabes. El cabello tan negro, la piel tan morena y, en cambio, los ojos tan azules, tan luminosos. Me gustan mucho.

Él no contestó, pero estaba seguro de que ella lo había notado tensarse. Le dio un beso para distraerla.

—Nunca me has contado por qué no te gustan. ¿Quién los tenía de ese color en tu familia?

—Mi padre —le contestó. Nunca habían hablado en profundidad de ella.

—¿Cómo era?

—¿Mi padre?

—Sí. Nunca me has hablado de él. En realidad, en la reserva nadie habla de él. Sé que el abuelo os crio a ti y a Byron. Sé que tu madre se fugó y luego supisteis que había muerto, pero nadie me ha contado nada de tu padre.

—No es... no es agradable. En realidad, es bastante horrible. Siento vergüenza y rabia por llevar su sangre, y la mirada que me devuelve el espejo es un recordatorio de todo lo que de él hay en mí.

La Loba se incorporó apoyándose en un codo para mirarlo mejor mientras le acariciaba el rostro con delicadeza. Él mantenía los ojos cerrados.

—Si no era bueno, no creo que haya nada de él en ti.

Jeremy sonrió.

—¿Cómo se conocieron tus padres? —le preguntó.

Kawosa no quería contárselo, no quería mancharla con esa historia, pero sabía que había llegado el momento de ser sincero, tenía que poner el corazón en sus manos.

—Mi madre bebía bastante, desde muy joven. Mi abuelo dice que era una rebelde, rechazaba cualquier cosa que tuviera que ver con nuestra gente. Se tiñó de rubia, no dejaba que le diera el sol, se maquillaba mucho. Desapareció de casa a los dieciséis años y volvió embarazada.

Se tomó unos minutos para infundirse las fuerzas que necesitaba para terminar la historia. Roxie siguió con sus caricias en silencio, dejando que siguiera a su ritmo. Las manos de ella vagaron por su pecho. Él le cogió los dedos, se los llevó a la boca y los besó uno a uno, después volvió a colocarle la mano en su corazón. Quería que ella sintiera sus latidos.

—Se conocieron en un bar, claro.

Ella iba de dura, pero no lo era, todas sus bravuconadas habían sido siempre en la reserva, protegida por su familia, así es que la primera vez que salió al mundo real, a un mundo que no era el suyo, donde la gente no respetaba el nombre de su padre y adoraba a su madre, se asustó.

»El tío que la invitó a las copas en el bar se la llevó a su furgoneta a seguir bebiendo y divirtiéndose, parece que ella no quiso ir, pero él era mayor y más grande y la gente en el bar lo



jaleó y... bueno, se la llevó.

»Una vez que hizo con ella lo que quiso la dejó tirada en una cuneta. Mi madre no lo denunció, simplemente siguió adelante, intentó sobrevivir, trabajó de camarera aquí y allá, pero la barriga comenzó a crecer; yo comencé a crecer, y uno de sus jefes la convenció para que volviera a la reserva.

Probablemente gracias a ese buen samaritano yo estoy aquí ahora, porque al ritmo que iba ella, no habría sobrevivido.

»Durante un tiempo todo mejoró, ella hizo todo lo posible por quererme, dejó la bebida, ayudaba a mi abuela en la casa, y se estaba adaptando. Pero luego nació y todo se torció. Cada vez que me miraba se acordaba de él. Eso me dijo.

Que me amaba y me odiaba a la vez.

»A veces me decía que ojalá hubiera muerto, y otras que ella no sabía qué hacer sin mí. Volvió a beber. Cuando estaba bien, me besaba, me traía regalos y jugaba conmigo a cosas absurdas, pero cuando bebía... en una ocasión me pegó muy fuerte y mi abuelo la echó de casa.

Ella cogió sus cosas y nunca volvió, sé que Búho la habría perdonado, pero para ella marcharse fue en realidad una liberación.

»Lo siguiente que supimos es que había muerto por una sobredosis.

»Yo siempre les estaba preguntando a mis abuelos por qué mi madre no volvía y si era porque me había portado mal, hasta que un día, cuando tenía unos diez años dejé de preguntar y, cuando supimos de su muerte mi abuelo me contó la verdad. Quería que entendiera que nada había sido culpa mía.

Cuando la miró a la cara vio que tenía lágrimas en los ojos.

—Tu abuelo tenía razón, nada fue culpa tuya.

—Lo sé, de verdad, pero cada vez que me miro lo veo a él y veo el dolor de mi madre.

—¿Sabes? Los ojos azules son un gen recesivo, así es que, aunque a tu abuelo le guste alardear de ser un excelente, en tu familia hubo alguien más con ojos azules.

Jeremy se rio.

—Nunca le digas eso a Búho o sabrás lo que es un sermón de verdad. Él es uno de los pocos que tienen sangre cien por cien india, pero su mujer, mi abuela, tenía los ojos azules.

—Pues entonces pongamos que los tuyos son de ella y no de ese tipo. ¿De acuerdo?

Ella le dio un beso largo y profundo, no dejándole opción a contradecirla.

—De acuerdo, solo si vuelves a besarme así.

Le cogió la mano y se la puso sobre su abultada erección. Ella la movió arriba y abajo y le introdujo la lengua en la boca poco a poco, saboreándolo, recreándose en la entrada de sus labios mientras jugaba con su excitación.

Sintió el cálido peso femenino sobre él, pero no estaba caliente, ella estaba temblando.

La realidad intentó abrirse paso en el sueño, su mundo de recuerdos empezó a resquebrajarse y un grito le sacó definitivamente del momento erótico.

—¡No me lo puedo creer! ¡Simplemente no me lo creo! ¿Qué pensáis que estáis haciendo? ¿Sabéis las consecuencias de esta aventurita? Sois un poco mayores para...

Jeremy abrió los ojos definitivamente.

Frente a él una mujer vestida de enfermera gritaba, y en sus brazos una mujer temblaba como una hoja. No una mujer, su mujer. El hospital, el secuestro, la pesadilla.

Jeremy se puso de pie con ella en brazos.

—Vamos —dijo.

—Sí, hijo sí, vamos, que menudo susto nos habéis dado —le contestó la mujer cogiendo el

palo que sujetaba la bomba de medicación, que comenzaba a pitar.

Él no contestó, en realidad si no hubiera estado tan preocupado por las consecuencias de la aventura, como lo había llamado la enfermera, estaría feliz. La amaba tanto, y por lo visto ella también a él.

## Capítulo 21

### OBSERVADA

—Jefe, el caballero de la policía de la reserva está en las máquinas tragaperras, pregunta por ti y asusta a los clientes —le informó uno de los muchachos por el auricular.

—Está bien, acompáñalo hasta aquí —le ordenó.

—¿Le vas a dejar entrar justo ahora? —le preguntó el coordinador de los monitores encuadrando al jefe Chama en una de las pantallas.

—Es el momento de buscar aliados.

No queremos que se nos escape.

—Sabes que lo que estamos haciendo es ilegal, ¿verdad? —le recordó Kin.

Johny sonrió en respuesta.

—Es un buen tío, tranquilos, nos ayudará. ¿Has hablado con Lyon?

—Sí, y no me preguntes por qué, pero está en el rancho de Candy, y no de visita.

Él levantó las cejas sorprendido, no le dio tiempo a contestar porque la puerta se abrió y apareció el policía.

—Señores y señoras, tienen un buen chiringuito montado aquí, ¿eh? —les dijo de modo apreciativo.

—Gracias —contestó Johny.

—¿Esa es nuestra sospechosa?

—¿Nuestra?

—¿Ves esa joven mecánica que está cambiando una rueda en el taller?

—La veo.

—Es mi mejor agente. —Johny sonrió de nuevo y Kin se tranquilizó—. Entonces, ¿qué tenemos?, insistió.

—Llevamos una temporada poniéndola nerviosa para que cometa algún error, y parece que aquí está —le contestó Johny.

—¿Hace mucho que tienen el taller bajo vigilancia? —quiso saber Kin.

—Desde que supimos que la furgoneta había salido de ahí.

—Y los chicos del FBI...

—¿Ves ese rubio que parece un jugador de fútbol? —preguntó como respuesta.

—Ya. —Johny no había confiado en las fuerzas del orden, pero parecía que estaban haciendo su trabajo.

—¿Tengo que decirle a mi gente que se retire?

—No, toda ayuda es bienvenida. Solo señálmelos y exígeles que no intervengan a no ser que yo lo diga, tan solo tienen que vigilar, que no se nos escape ella, pero tampoco el dueño del taller. Está nervioso, y me da miedo que meta la pata.

—¿El dueño del taller está colaborando? —interrogó Kin.

—No tuvo más remedio.

\*\*\*

Clare se sentía eufórica, eso era mejor que el mejor sexo. La adrenalina corría por sus venas como un torrente. El corazón le latía a mil por hora y por alguna razón eso la hizo sentirse poderosa. Se secó el sudor de las manos en la falda de tubo y compuso una de sus mejores sonrisas. Sabía que se estaba arriesgando mucho, que podía perderlo todo en un momento, pero algo la empujaba a seguir, supuso que así era como se sentía toda esa gente que gastaba su dinero en el casino. Y los comprendió.

Los tacones resonaban en los adoquines con el mismo ritmo que los latidos de sus oídos. El cosquilleo que se apoderó de su pecho lo sintió absolutamente mágico, era lo mejor que le había pasado, el riesgo era la quintaesencia de la vida, por fin lo había descubierto, o tal vez lo sabía ya, pero en ese momento, por fin, lo había admitido.

Se acercó a uno de los mecánicos.

—Perdona, quisiera hablar con el señor Smith —le indicó.

—Eh, guapa, tendrás que ponerte a la cola, yo también lo estoy esperando —le advirtió un tipo grande y rubio con una sudadera de un equipo de fútbol.

Se acercó a él con la mejor de sus sonrisas, moviendo las caderas exageradamente, y le habló de forma seductora: —Cielo, lo siento tanto, es que tengo mucha prisa, pero estoy segura de que podré compensarte por tu tiempo en otro momento.

Él joven le mostró una dentadura muy blanca y se acercó a ella, pero el muy patoso, al cogerle el brazo, se enganchó en el bolso y se lo tiró al suelo.

—¡Joder! Lo siento, te ayudaré a recogerlo, yo... —se disculpó mientras se agachaba.

—¡No! Ya lo recojo yo, no... no pasa nada. Te dejaré mi tarjeta para que me llames ¿ves? Ten, todo perdonado ¿me dejas colarme?

—Claro, claro, yo... lo siento de nuevo, de verdad. Te llamaré.

Ella se alejó después de sonreírle buscando al dueño del taller, no esperó a que saliera, Clare sabía dónde encontrarlo.

—¿Todo bien? —escuchó Chama que preguntaba la agente especial del FBI a su hombre.

—Sí. Tenía una pistola.

—Supongo que ahora la tienes tú.

—Supones bien.

—¿Piensas hacer algo con esa tarjeta?

—Sabes que si la Agencia me necesita estaré dispuesto a sacrificarme.

—Claro que sí. Mantén los ojos abiertos.

—Y las esperanzas, todo abierto, señora.

—Estos texanos...

El rubio se rio y siguió concentrado en la puerta por la que había entrado la rubia, puerta que ahora estaba vigilada por la agente de la policía india.

¿Tendría tarjeta? Porque no estaba nada mal.

—Como no dejes de mirarme el culo te voy a dar una patada en los huevos, rubio.

En la sala de vigilancia del casino se oyó la voz clara de la agente, gracias a que Chama había conectado su interfono a un altavoz.

—No habéis conseguido poner cámaras dentro del despacho ¿verdad? —les dijo el policía.

—No.

El hombre sacó una *tablet* y puso las imágenes. El controlador de las cámaras la conectó a un

monitor.

—Tenéis buena tecnología —se admiró Kin.

—En realidad es lo bueno de trabajar con el FBI.

\*\*\*

Clare esperó a que el hombre colgase el teléfono.

—Buenos días, Smithie.

—Señora.

—Un conocido mío te compró una furgoneta blanca, ¿lo recuerdas? —le preguntó sentándose en el borde de la silla y levantando la falda más de lo necesario.

—Sí, me dijo que lo había enviado usted.

Ella asintió.

—En realidad, no tenía que decirte nada, ya sabes, no quería que le dieras trato de favor, simplemente te recomendé por... los viejos tiempos. Por la deuda que te perdoné, ¿lo recuerdas?

—Ya estábamos en paz por eso, hice desaparecer el Corvette de ese novio suyo hace un par de años.

—Yo nunca te pediría que hicieras algo así, ¿cómo se te ocurre? —le espetó con cara de sorpresa.

—Usted me dijo que...

—Yo no te pedí que hicieras nada ilegal, Smithie, solo que ayudaras al pobre hombre a cubrir su fin de semana loco. En fin, no he venido para eso...

\*\*\*

—Es muy lista —exclamó Johny en la sala—. No va a incriminarse fácilmente.

—Tendremos que ser imaginativos y conformarnos con lo que podamos obtener.

—Yo no me conformo con nada, está tranquila de nuevo, es momento de desestabilizarla.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Byron, te toca.

—¡Ya era hora! —se quejó el aludido.

Chama miró a Kin con cara de interrogación, esperando de ella alguna aclaración que estaba seguro que no llegaría del indio, pero ella sonrió y afirmó en silencio. El jefe se encogió de hombros.

—Está bien, adelante, a ver qué sabéis hacer. Pero vamos a darle un poco más de tiempo a Smithie.

\*\*\*

Clare se cruzó de piernas a lo Sharon Stone, sentía el instinto de lo más básico en ese momento. Se rio mentalmente de su propia broma.

—¿Puedes contarme algo de esa furgoneta? Estoy muy preocupada por mi... conocido.

—La policía ha venido preguntando por ella.

Por primera vez desde que había entrado en el despacho la vieron titubear, aunque se recompuso rápido.

—Y... ¿qué les has dicho? —le preguntó sin mucho interés aparente.

—Nada, les di los papeles y les dije que se la había vendido a un tipo. No les dije nada de

usted.

—¿De mí? ¿Por qué ibas a decirles algo de mí? ¿Qué tengo yo que ver?

—Como usted lo envió...

—Te repito que yo no lo envié, solo le recomendé tu taller, y no te conviene mentir al respecto.

Clare vio cómo el tipo tragaba saliva profusamente. Bien, lo había asustado, de eso se trataba, tampoco era cuestión de ir dejando cadáveres que los pudieran llevar a ella, ya tenía que encargarse de Johny, y eso iba a ser un problema. Un problema en el que no iba a pensar en ese momento.

—No, señora.

—Bien, veo que nos entendemos a la perfección, siempre fuiste un hombre inteligente.

Se puso en pie y salió del despacho con tranquilidad, dispuesta incluso a darle una nueva oportunidad al futbolista. Lo vio nada más cruzar la puerta y le sonrió con dulzura, él le devolvió la sonrisa y le enseñó la tarjeta. De repente, una voz conocida la dejó paralizada.

—¿Clare? Clare, ¿qué haces aquí?

No podía ser. De nuevo sintió el golpe de la adrenalina en el cuerpo, pero esa vez la sensación no fue agradable, se le secó la boca y tuvo que reunir todo su valor para girarse hasta el dueño de la voz.

—Byron, ¿cómo tú por aquí? —le preguntó sin acercarse demasiado a él, era un tipo imprevisible, siempre lo había sido, ella había escuchado cosas... En fin, mejor a distancia.

—He venido a ver a Smithie, lo conozco de cuando trabajaba en la fábrica de neumáticos, hicimos, ya sabes, algunos negocios extraoficiales juntos.

Ella solo sonrió, sabía que debería haber dicho que no sabía nada de asuntos extraoficiales, pero de todos los indios con los que se rodeaba continuamente, este era el único al que le tenía miedo; afortunadamente no lo veía apenas.

—Bien, yo... debería irme.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó él acercándose más de lo que era seguro para ella.

—Yo... yo... me lo ha... recomendado un cliente. Eso es, es que tengo que traer mi coche, ya sabes. —Se aferró al bolso en el que llevaba su arma. No la notó al tacto y comenzó a ponerse nerviosa.

—Es una casualidad, sí señora. ¿Sabes que la furgoneta que usaron para secuestrar a Roxie la compraron aquí? —le soltó a bocajarro.

Ella dio un paso hacia atrás.

—Yo... no... no, no sabía nada. ¿Cómo iba a saberlo?

—Sí, ¿cómo? ¿Estás bien? Te veo más pálida que de costumbre.

—Estoy perfectamente, pero tengo que irme —le contestó caminando ya hacia la calle.

—¿No quieres tomar un café conmigo? —insistió él cogiéndola por el brazo con más fuerza de la necesaria.

Ella se soltó de un tirón, y salió prácticamente corriendo. Lo último que escuchó fue la estentórea risa del indio a su espalda.

Clare corrió hasta que le dolieron los pies, no siguió ningún rumbo fijo, no tenía destino, solo la necesidad de escapar de la situación que minutos antes le había proporcionado uno de los momentos más intensos de su vida.

Se paró en seco y miró a su alrededor, le costó reconocer la zona a donde había ido a parar, podía ver Lincoln Park un par de calles a su derecha, se irguió y respiró hondo rogándole al cielo una salida, un lugar en el que poder detenerse a pensar, necesitaba ordenar sus ideas, no podía

dejarse llevar por el pánico. Juraría que no era casualidad que Byron estuviera allí, pero si la estuvieran siguiendo, si realmente las autoridades tuvieran dudas acerca de su involucración en el caso, ya la habrían detenido, por lo menos para interrogarla, pero no, no habían hablado con ella siquiera. Claro que, pensándolo bien, eso no era bueno. Algo llamó poderosamente su atención y se rio con fuerza. Sí, necesitaba pensar y pareciera que el destino la había llevado hasta allí.

El absoluto silencio la recibió cuando abrió las enormes puertas de madera: pesaban más de lo que había imaginado.

No se parecía a las construcciones europeas, ella había nacido en Bruselas y viajado a España e Italia, sabía lo que era una iglesia antigua, de las que habían costado sudor, lágrimas y sangre. Aun así, esa era bonita y acogedora: techos muy altos, vigas y bancos de madera, revestimiento de pino, colores alegres, crucifijos de latón dorado y muchas velas alargadas. El olor del incienso y la antigüedad europea eran irrepetibles, pero podía respirar paz, y la necesitaba para pensar.

Se acomodó en uno de los asientos delanteros y, por algún motivo, de nuevo pensó en Europa. ¿Y si se iba una temporada y esperaba a ver qué pasaba?

O tal vez podría volver para siempre a su querida Bélgica. Con el dinero acumulado durante esos años podría vivir una temporada, incluso montar algún negocio. Tendría que llegar como una americana dispuesta a gastar y acercarse a los bolsillos adecuados, al fin y al cabo, aquello estaba lleno de aristócratas adinerados, debería tener especial cuidado con los arruinados, de los que también había uno cuantos.

Poco a poco iba dándole forma a su nuevo plan. Debía abandonar su gran sueño de dirigir el casino en solitario, porque con Johny allí iba a ser imposible, y acabar con él en esas circunstancias era demasiado complicado. Le gustaba el riesgo, pero no era idiota. Ya pensaría cómo vengarse de él desde la seguridad que le proporcionaría Europa. Porque lo que tenía claro era que no había invertido tanto esfuerzo, tiempo y dinero para que un don nadie viniera a echarla con tanta desfachatez, y luego irse de rositas.

Además, estaba lea Loba, no podía olvidarse de ella, no había sabido mucho, si se estaba recuperando o no, o si la había reconocido en el triste accidente en el que la empujó por la ladera. Una desgracia, aquello no salió muy bien, pero quién iba a pensar que con ese tiempo un par de estúpidos iban a salir a pasear por el campo. Tampoco era que aquella zona fuera remotamente interesante.

Si Roxie la había reconocido y recuperaba la consciencia o la memoria o lo que fuera, seguro que hablaba y todo habría terminado para ella. Si es que no lo había hecho ya. Bien, tendría que acelerar las cosas. Lo primero era recoger todo el dinero efectivo que pudiera. Lo tenía a buen recaudo en la caja fuerte del apartamento que tenía alquilado con su nombre de soltera. Lo había conservado después de casarse con el viejo Dumont, en ese momento se alegraba enormemente. Clare Dumont iba a desaparecer y en su lugar Clarice Boucher renacería para rehacer su vida en su Bélgica natal. Una vez allí, se encargaría de los asuntos que iba a dejar a medias en Lawton, se encargaría de Johny...

—Buenas tardes, hija. Bienvenida a la casa de Dios.

Un tipo que vestía una especie de túnica dorada y portaba una espesa barba blanca se sentó a su lado.

—Gracias, padre. Hace mucho que no venía a la iglesia.

—¿Y puedo saber qué te he hecho reencontrarte con el Todopoderoso?

—La necesidad, supongo. —No se le escapó la ironía.

—Suele suceder, y ¿crees que puedo ayudarte en algo? —se ofreció el buen hombre.

—En realidad, ya lo ha hecho, padre. Estar aquí me ha aclarado las ideas. Me he reencontrado

conmigo misma.

—Esa es la idea. En breve vamos a comenzar con la misa de hoy ¿Te quedarás a escucharla?

—Por supuesto, padre. Lo haré.

La gente comenzaba a entrar en la Iglesia y el cura se puso en pie.

—Es la hora, hija —le dijo a modo de despedida.

—Padre... me sabe muy mal pedirle esto, pero... ¿cree que podría hacerme un favor?

\*\*\*

Johny se rascó la cabeza. —Esto no me lo esperaba, ¿una Iglesia? —inquirió mirando a todos con extrañeza.

—Puede que sea devota —comentó Chama.

—O puede que esté tramando algo —aportó Kin.

—Apuesto por lo segundo —aseguró Johny—. Lleva mucho tiempo ahí dentro, alguien tendrá que entrar.

Se escuchó por los comunicadores cómo la federal daba la orden a uno de sus hombres.

Tras un par de minutos, se confirmaron sus temores.

—Esto está lleno de gente, pero ella no está por aquí.

—Pregúntale al sacerdote —sugirió Johny.

—¿Quiere que interrumpa una misa católica? ¿En base a qué?

—Y yo qué sé. Estabais en la puerta, si hubiera salido la habríais visto, ¿no? —preguntó Chama.

—Claro, por aquí no ha pasado.

—Entonces tiene que estar dentro —insistió su jefa.

—Aquí no está, como no esté escondida en uno de esos confesionarios, y si no tenemos orden...

—La conseguiré, esta tía no va a burlar el dispositivo que hemos montado y la ayuda extra.

—No creo que se la vayan a dar —se opuso Chama—. Es una iglesia y no tenemos mucho contra ella. Si nos extralimitamos y nos sale mal, puede desaparecer.

—¡Mierda! —exclamó la jefa, frustrada—. Habría que rodear el edificio y cubrir las salidas de toda la Séptima Avenida con la calle Doce Suroeste, incluso habría que tener gente en el Parque Lincoln, y no me van a dar esos recursos. Cuento con cuatro agentes, y ya conoce a dos de ellos.

—Van para allá los refuerzos... *extras* —comunicó Johny haciendo hincapié en la palabra que había usado ella para describirlos.

—¿Por qué no pruebas a llamarla? —sugirió Kin.

—¿Para qué?

—Bueno, para tantearla.

—Sí, buena idea. —Sacó el teléfono del bolsillo y marcó—. Fuera de cobertura.

—En los documentos tiene el casino como dirección postal, pero ¿tiene un apartamento o algo así? —preguntó Kin.

—Que yo sepa siempre ha vivido en el hotel —contestó Johny.

—Sin cobertura puede significar que esté apagado o que esté en un lugar al que no llegue la red —aportó Kin.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Chama.

—Las iglesias suelen hacer reuniones y cosas así... y muchas veces esas salas están en...

—¡El sótano! —Sonó la voz de la agente especial por el intercomunicador —. ¡Buscad el



sótano! Es un lugar público, no es sagrado como un confesionario, ya nos inventaremos algo después, pero que alguien se quede vigilando la salida, estoy llegando al lugar.

## Capítulo 22

# CAMINOS DIVERGENTES

Jeremy miró a su mujer, estaba durmiendo; afortunadamente las consecuencias de su pequeña escapada habían sido inocuas, solo estaba cansada y el médico le dijo que lo mejor sería que subieran a planta antes de que ella se hiciera daño. Esa noche le dejaron de nuevo quedarse con ella en la UCI, para prevenir posibles nuevas huidas. Había pegado el sillón a la cama y la había tomado de la mano, se había quedado dormida mirándolo a los ojos con una sonrisa, a él también se le cerraron y quiso continuar su paseo por el pasado, así es que se concentró en él.

Vivían en Houston desde hacía ya seis años, se casaron en cuanto terminaron las clases y se marcharon a Texas para que Jeremy comenzara con sus prácticas.

Durante los primeros años compaginó trabajo y estudios, apenas era un becario con un sueldo muy pobre y la Loba trabajaba como camarera en un pub y hacía prácticas en un taller de Harley, eso era algo que a Jeremy le costaba aceptar, ya que él seguía siendo fiel a Indian.

Se veían poco, hacían el amor mucho, y se adoraban. En aquella época eran absolutamente felices y pensaban que siempre iba a ser así.

Jeremy trabajaba para un bufete de la BIA, dedicado a los asuntos indios.

Defendía sus derechos y los sacaba de apuros. En Texas la comunidad india representaba el 1,1 por ciento, y él representaba a todos, no solo a los comanches. Disfrutaba con su trabajo, era feliz, pero pobre. Roxie se mataba a trabajar y aun así les costaba llegar a fin de mes y pagar sus préstamos estudiantiles y las facturas.

La Loba terminó por abandonar la mecánica en favor del trabajo en el pub, la nombraron gerente y aumentaron sus ingresos y su solvencia. Eso era algo que a él siempre le había pesado. Y entonces llegó su gran oportunidad, tras defender un caso en Oklahoma por blanqueo de capital en un casino, el dueño de este le ofreció la gerencia. Le pagó una comisión en acciones y le dio otras tantas en gratitud por haberle ayudado a acorrallar al verdadero responsable de la mala praxis.

Junto con el puesto iba Clare, la que había sido asistente del director anterior. El señor Dumont, un indio antiguo, un excelente que había perdido la cabeza por su ayudante, Clare, y se había casado con ella en contra de la opinión de toda su familia, que lo había abandonado y de sus socios del casino, pero ella resultó ser de gran ayuda en el negocio y además cuidó del viejo en sus últimos meses de vida.

En un primer momento, Jeremy se marchó solo, Roxie se quedó en Houston y se veían cuando ambos estaban libres.

Pero cuando las semanas sin verse pasaban y los días sin hablar eran cada vez más habituales él se decidió a volver, y eso iban a hacer, retomar su vida en Houston, pero la Loba se presentó con la maleta en el casino una semana antes del tiempo que habían acordado que dejarían pasar antes de que él regresara.

Jeremy pensó que esa era la solución a todos sus problemas, pero la realidad fue otra. La Loba

no se aclimató a la vida en el casino, no le gustaba el juego, ni su ayudante, ni el lujo, ni siquiera le gustaba él.

Discutían constantemente, y cada vez había menos reconciliaciones. Y llegó el día en que al entrar en la suite que ambos ocupaban en el hotel se encontró a Roxie sentada sobre una silla, y a su lado la maleta que había traído, solo una, a pesar de que Jeremy le había comprado un juego nuevo y suficiente ropa y complementos para llenarlo.

Jeremy dejó la tarjeta de la puerta sobre la consola y apoyó las manos en las caderas.

—¿Qué significa esto? —le preguntó.

—Me marcho, y no quería hacerlo sin despedirme.

—¿De qué estás hablando?

—Has cambiado, todo ha cambiado y no me gusta.

—¿Yo no te gusto?

—No mucho.

Kawosa sintió un puñetazo en el estómago. Se obligó a responderle.

—¿Ya no me quieres?

—No lo sé.

—¿Cómo no vas a saberlo? O se quiere o no, es así de fácil. Yo te sigo amando como el primer día. No entiendo qué es lo que ha cambiado.

—¡Tú! —explotó ella tirando la silla al levantarse—. ¡Tú has cambiado! Casi no te reconozco con esos trajes caros y esos... esos... zapatos raros y con la rubia esa babeándote todo el día.

—¿Es eso? ¿Todo esto es por celos? ¿Cómo puedes ser tan insegura? —le preguntó acercándose a ella.

Roxie lo empujó y agarró la maleta.

—No son celos, eres tú. Eres tú, porque no eres tú. No sé quién eres. —Sin decir nada más se dirigió a la puerta.

—¿Y ya está? ¿Dónde vas? ¿Cuándo piensas volver? —quiso saber apoyando la mano en la hoja de la puerta para que no pudiese abrir.

Roxie le contestó de forma apagada: —No voy a volver. He cogido el traspaso de un bar en Wellstone, me ha salido muy bien de precio, me lo recomendó Byron.

Tenía su cabello a escasos centímetros de los labios, quería besarla, el aroma lo estaba volviendo loco, y habían pasado semanas desde la última vez que hicieron el amor.

—Byron; te vas con él.

—Es lo más parecido a una familia que tengo.

—Tu familia soy yo.

Ella negó con la cabeza.

—Kawosa no...

Decidió no dejarla continuar, cada vez que la escuchaba pronunciar su nombre indio con esa voz grave y rasposa perdía el control de sus actos.

Puso sus labios sobre el largo cuello de Roxie, y lo que comenzó como una caricia pronto se convirtió en algo más profundo. Quería tragársela entera, borrar esa estúpida idea de irse y dejarlo atrás.

La lamió y clavó los dientes, chupó su aroma empapándose de su sabor, de su esencia. La agarró de las caderas apretándola contra su erección. Ella no se alejó, al contrario, se restregó contra él y le agarró el cabello con las manos soltándoselo de la coleta con destreza.

La mano de Jeremy fue hacia el vientre de la chica y continuó bajando por dentro del pantalón hasta llegar a su sexo.

Lo encontró húmedo de anticipación, conocía el cuerpo de su mujer tan bien como el suyo propio.

Sabía lo que tenía que hacer para volverla loca, o para calmarla. Ese cuerpo que amaba y deseaba no podía abandonarlo.

Echó las bragas a un lado y rozó con los dedos el clítoris, se lo imaginó caliente e, hinchado de excitación, quiso probarlo. Se le hizo la boca agua. Pero antes un beso más. Con la mano libre cogió la cara de Roxie y la giró para alcanzarla con la boca. Ella se estaba mordiendo los labios y gemía, si seguí tocándola se correría en su mano.

Dejó descansar su sexo y con ambas manos en las caderas le dio la vuelta y la apoyó en la pared. Se puso de rodillas delante de ella y apretó su boca entre los muslos de su mujer por encima del vaquero. Se lo desabrochó y bajó mientras ella tiraba de su pelo para guiarlo a donde quería. Él rio. Sabía bien cuánto le gustaba así.

—Chis... cálmate, esto tiene que durar.

Roxie ya se estaba quitando los pantalones y, naturalmente, la ayudó.

Después la miró con toda el hambre que tenía y le arrancó el tanga de un tirón, esos bichos eran geniales para romperlos.

La tomó con la boca con ansia desmedida, con las manos le separaba los muslos y la mantenía quieta, ya que ella no paraba de moverse. Llevó una de ellas hasta su magnífico culo para apretarlo fuerte, sabía que así aceleraría las cosas, pero también sabía que a ella la volvía loca.

Roxie gritó, eso Kawosa lo esperaba, siempre había sido ruidosa, y a él lo ponía a mil escucharla.

El sabor dulce de la loción que usaba o lo que fuera lo estaba volviendo loco, si seguía comiéndosela terminaría corriéndose en los pantalones. Apretó más fuerte y succionó justo antes de meterle un par de dedos, los movió dentro y fuera mientras lamía y mordía el clítoris ahora duro como la punta de un diamante.

Primero la sintió, y después la oyó.

Eso era lo que él quería, regalarle un buen orgasmo antes del suyo propio.

Cuando sintió que se ponía tensa mientras aumentaba la fuerza del grito, chupó con ganas y ella por fin se derrumbó dejándose caer laxa en sus brazos.

Jeremy la cogió en vilo y la llevó hasta la cama.

Pasaron algunos minutos en los que ninguno de los dos dijo nada. Si conseguían salvar esa crisis, pensó, se harían más fuertes. Seguro que lo conseguían, eso había significado algo, ¿no? Estaba claro que él tendría que hacer algunos ajustes, pero no había nada que el amor que se tenían no pudiera salvar. O casi nada.

—¿En qué piensas? —le preguntó él.

—En nada, en realidad. —Se puso encima a horcajadas y se quitó la camiseta.

Jeremy llevó las manos hasta sus pequeños pechos, le acarició los pezones con los pulgares, los pellizcó tal y como ella le había enseñado que le gustaba, hacía ya años. Se incorporó y se metió un pezón en la boca, lo mordió y luego le sopló para calmarlo. Era puro terciopelo en sus labios.

Roxie le agarró el pelo y tiró de él para apoderarse de su boca, lo besó, le mordisqueó el labio inferior y luego lo calmó con un soplido, tal y como él había hecho con su pecho hacía un momento. Después metió la lengua en su boca y lo tomó como si lo estuviera poseyendo.

Jeremy sintió cómo levantaba el trasero y la ayudó guiando su miembro hacia la entrada, ella bajó poco a poco y lo acogió en su interior. La chica había comenzado el mismo movimiento con las caderas que con la lengua, él pensó que moriría de placer, quería que durase, necesitaba

alargarlo en el tiempo, pero cuando sintió una descarga bajar por su columna, se dejó caer en la cama y levantó la pelvis para encontrarse con ella, mientras le sujetaba las caderas para llenarla por completo.

Esa vez el que gritó fue él, probablemente ella también, pero no podría asegurarlo.

Ambos se quedaron dormidos sin decir nada más.

Cuando Jeremy despertó, sintió frío, un frío intenso que se coló en su corazón al darse cuenta de que estaba solo.

Miró a su alrededor, todavía algo desconcertado, poco a poco la absurda conversación que había tenido con Roxie le venía a la cabeza. Se levantó de un salto y revisó la suite. Encima de la mesa del comedor había una nota.

*Me ha despertado tu rubia, dice que la llames, aunque no es urgente. Lo que ha pasado no cambia nada. Te llamaré cuando me instale.*

Jeremy agarró el móvil y marcó el número de su primo.

—Estaba esperando tu llamada —le dijo nada más contestar.

—Sí, no habría estado de más que me avisases de que mi matrimonio se estaba yendo a la mierda.

—Tío, eso es cosa vuestra, a mí no me metas.

—Ya estás metido, a ella sí la has escuchado.

—Sí, será porque ella habla, cosa que tú no haces.

—No me toques las pelotas, Byron.

—Mira, si Roxie no tiene razón, ¿cómo es posible que no te hayas dado cuenta de lo que pasaba?

Jeremy no supo qué contestar, así es que colgó de un golpe.

Al momento, volvió a llamar.

—Jeremy, no me voy a meter en vuestras cosas, pero la voy a apoyar, no tiene a nadie más y tú estás tan centrado en tu jodida carrera y el casino que no ves más allá.

—Compra el bar ese, envíame la factura y el número de cuenta.

—Estás como una cabra.

—Aunque no pueda hacer nada más voy a cuidar de ella. Trabajó como una mula mientras yo terminaba mi carrera, y sé que no aceptará nada más.

—Eso tampoco lo aceptará.

—Tú hazlo y luego pondremos un alquiler ridículo.

—Está bien, veré cómo me las arreglo, pero no quiero saber nada cuando se entere.

Jeremy colgó el auricular.

Y eso marcó el tónico de lo que iba a ser su relación en los próximos años.

## Capítulo 23

# FUGA O RESISTENCIA

Clare no había visto a nadie siguiéndola, quizá todo fuera una paranoia suya, tal vez no estaban detrás de ella, no tenían nada realmente, pero aún continuaba el asunto de Roxie... No, se dijo, seguiría con el plan. Volvería a Bélgica y, desde allí, ya se tomaría la revancha. Una vez estuviera segura y supiese a ciencia cierta cómo estaban las cosas con respecto a la Loba.

Se decidió por comprar unas zapatillas cómodas en la primera zapatería que encontró, dos manzanas más allá; paró en una tienda de ropa y se compró un chándal, era lo peor que había hecho en su vida... ¡un chándal!

Hizo el sacrificio, se colocó una gorra de los Oklahoma City y, cómo no, una mochila. Paró en una cafetería, tomó un café, se cambió en el baño y salió por la parte de atrás. Ahora sí estaba preparada para ir a su apartamento, dudaba que hubiera quien pudiera reconocerla.

Paró un taxi y le indicó que la dejara a cuatro manzanas de su apartamento, y desde allí hizo el camino andando, callejeando y, en ocasiones, volviendo por el camino recorrido y tomando otro.

Cuando por fin llegó a su casa, se echó directamente en el sofá y rio hasta que sintió dolor en el estómago. Nunca había hecho nada tan divertido, pero debía serenarse, tenía un plan y era mejor ceñirse a él.

Lo primero era lo primero: hizo una pequeña maleta con lo más importante, abrió la caja fuerte, sacó el pasaporte y todo el dinero en metálico del que disponía y puso algo de ropa en la maleta tan solo para no levantar sospechas, porque no le iba a hacer falta, compraría lo que necesitase una vez llegase a su destino. La mayor parte de su dinero se encontraba en cuentas europeas.

Había sido tan fácil convencer al párroco de que la dejase bajar al baño del sótano... Se quejó de su novio, le contó que la había dejado al enterarse de que estaba embarazada, le advirtió de que estaba pesando en dar al niño en adopción, porque no se sentía preparada para cuidarlo, y en estos momentos necesitaba ir al baño con urgencia, aunque deseaba quedarse a escuchar el sermón. El hombre quería que esperara para que la acompañara una buena samaritana, pero ella insistió en que las náuseas eran imprevisibles. Incluso se vio obligada a realizar el asqueroso movimiento de las arcadas, pero al final el cura la había dejado bajar sola.

Una vez dentro, intentó abrir la puerta de salida trasera, pero estaba cerrada, «Muy mal señor cura, eso está muy mal», se dijo. Vio una pequeña ventana, estaba alta, pero con una silla supuso que llegaría, y así lo hizo: se subió al asiento y se coló por ella, cupo sin problemas, aunque se rompió las medias al caer al otro lado.

¡Bonitos recuerdos!, y en ese instante, el presente se impuso con terquedad.

Iría al aeropuerto y compraría el pasaje para el primer vuelo internacional que saliera, y desde allí ya tomaría la ruta oportuna. No iba a adquirirlo por internet, prefería no dejar más pistas de las necesarias. Porque si en ese momento no sospechaban de ella, en cuanto desapareciera

lo harían. Un momento: debía haber alguna manera de solucionar eso.

Caminó por el salón durante unos minutos y por fin se le ocurrió, sí, así lo haría, pensó.

\*\*\*

—¡No me lo puedo creer! —gritó la agente especial una vez estuvieron todos reunidos en el despacho de la dirección del casino.

Eran las cinco y media de la mañana cuando se encontraron allí, decidieron que fuera ese el lugar por si a la mujer le daba por volver, ya que ahora estaban completamente seguros de que había huido. Las palabras del sacerdote habían sido muy esclarecedoras.

Después de registrar la iglesia cuando terminó la misa, con la colaboración del párroco ya que, según sus propias palabras, podía ayudarles porque no le había dicho nada en secreto de confesión, buscaron por los alrededores, volvieron al taller, se apostaron en la puerta de su banco por si aparecía por allí a primera hora de la mañana. Y buscaron en la documentación que tenían de ella una posible dirección.

—Tal vez nos hemos pasado poniéndola nerviosa —se disculpó Johny.

—No sirve de nada lamentarnos o echarnos la culpa, y la verdad es que tampoco teníamos nada contra ella. En cualquier caso, si ahora estamos seguros de su implicación es, precisamente, porque los nervios la han llevado a esta huida sin control —le respondió Chama.

—Necesitamos saber si tiene algún sitio a donde ir, que no sea su habitación del hotel —insistió Kin.

—Llamaré a Kawosa —se ofreció Johny. Tras unos tonos comentó—: No contesta, llamaré a Byron para que vaya al hospital.

—Le diré a los chicos que están haciendo guardia que entren y lo avisen, están más cerca —aseveró Chama.

\*\*\*

Jeremy despertó aún con la pequeña mano de su mujer entre las suyas. Abrió los ojos despacio y dio gracias nuevamente por tenerla con él. Por que la pesadilla hubiera terminado, o casi.

Antes tendrían que averiguar quién estaba detrás del ataque a Roxie. Eso era lo más importante en ese momento, sabía que Johny y los del FBI, además del policía de la reserva, estaban en ello, pero tampoco había prestado mucha atención hasta ese momento, estaba más centrado en la recuperación de la Loba.

Debería llamarlos para ver cómo iba todo. Pero antes quería mirarla un minuto más.

La enfermera que les había reñido cuando los vio en el sillón entró sigilosa.

—¡Buenos días! —lo saludó.

—Buenos días. ¿Todavía por aquí? —le preguntó él.

—Ya me queda poco, enseguida me voy a casa a seguir trabajando, ya sabes: niños y esas cosas.

No, en realidad Jeremy no lo sabía, había estado demasiado ocupado montándose una vida vacía.

—Por la sonrisa que tienes no parece que te moleste.

—La verdad es que me encanta llegar y abrazarlos después de una noche... dura como la de hoy.

—Lo siento —se disculpó él, ya que sabía que en gran parte ellos habían tenido la culpa de lo duro de la noche.

Ella sonrió aún más, y siguió trasteando por los cables que conectaban a Roxie a los aparatos.

—Y más me gusta cuando se van al cole, me ducho y me meto entre las sábanas con el absoluto silencio y la paz que dejan al marcharse.

Jeremy sonrió sintiendo un fuerte anhelo en el pecho. No sabía de qué se trataba, pero quería algo, con todo su corazón.

—He entrado para decirte que el guardia quiere que llames a su jefe, o a tu amigo el guapo, dice que es importante. Yo le he dicho que no hay nada más importante a las seis de la mañana que descansar, pero insiste.

—Gracias, lo llamaré enseguida.

—Hemos hecho café, ¿quieres?

—Gracias de nuevo.

Con el café en la mano Jeremy se sacó el teléfono del bolsillo y lo miró, tenía bastantes llamadas perdidas y mensajes.

—¿Es café eso que huelo? —preguntó Roxie aún adormilada.

Él sonrió, se puso de pie y la besó en la frente.

—Mi hermosa y temeraria cabezota. Buenos días.

Ella sonrió.

—Me encuentro estupendamente, quiero irme a casa.

—Eso debe decidirlo el médico, pero anoche tras tu... aventurita, me aseguré que intentaría que hoy subieses a una habitación normal en la planta —le acarició la mejilla con los dedos.

Roxie sintió la caricia como plumas suaves, apenas un roce y se derritió por dentro. Quería salir de ahí, comenzar su nueva vida. En ese instante no le interesaba qué había pasado, ni siquiera quería saber quién le había hecho eso, solo deseaba un nuevo comienzo con él.

Le sonrió mirando la taza, el olor a café recién hecho le proporcionó sensación de normalidad y eso la tranquilizó.

Una ráfaga tan rápida como un rayo se cruzó por su mente, sintió una especie de descarga eléctrica, como si una imagen de un antiguo fotomatón se hubiera instalado en su cabeza. Era un lugar pequeño y oscuro, húmedo y con olor a madera.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su marido—. Estás blanca.

—Bien, bien... solo dame ese café —exigió extendiendo la mano.

—No creo que...

Ella simplemente se lo quitó, se incorporó apoyándose en la mano que tenía puesta la vía, sin importarle lo más mínimo que pudiera moverse o salirse.

Jeremy negó con la cabeza, pero la dejó hacer, pelear con ella era como darse cabezazos contra un muro, más o menos, aunque probablemente el muro se derrumbaría antes.

—Tengo que llamar a Johny, si no terminarán por presentarse aquí pronto.

Ella le hizo un gesto de asentimiento mientras sentía casi éxtasis al notar la cafeína corriendo por su interior.

Jeremy no pudo evitar una carcajada al ver la cara de puro placer que estaba poniendo, solo comparable a los dos juntos haciendo el amor. Y no cuando lo hacían despacio y de forma tierna, sino más bien cuando se les iba la cabeza y terminaban derrumbándose sobre el suelo o la mesa, o peleando por el control contra la pared.

Marcó rellamada para que comunicarse con Johny.

—Ya era hora, llevamos tiempo intentado comunicarnos contigo —se quejó su amigo.

—Buenos días a ti también. ¿Qué pasa?

—Necesitamos que nos digas si túsabes si Clare tiene alguna dirección que no sea esta: un



apartamento, una casa, una taquilla, un código postal..., lo que sea.

—Seguís centrados en Clare.

—Hay pruebas, Jeremy. A estas alturas es oficial. Está implicada, no sabemos hasta qué punto o si actuó sola, pero está claro que está metida hasta el cuello.

Jeremy sintió una terrible opresión en el pecho, no solo por la traición, sino porque se sentía un completo idiota, todo había sido culpa suya por no querer admitir lo que el resto había visto en Clare desde siempre. Si Roxie hubiera muerto... no quería ni pensarlo, le daban ganas de aporrearse hasta perder la conciencia. Necesitaba romper algo, quería...

Un ruido seco le sacó de su abstracción autodestructiva. Miró hacia Roxie. Seguía sentada en la cama, la taza estaba en el suelo, ella levantó la mirada, una mirada de horror, cristalina, húmeda. Tenía la tez pálida y sudorosa y la respiración alterada, las máquinas comenzaron a pitar y un par de enfermeras entraron en el acto corriendo hacia ella.

Él no se movió, pero lo vio. Leyó en su mirada la rabia y la furia en la que de golpe se había transformado el miedo.

Las trabajadoras trataron de sujetarla, pero ella se levantó de la cama y se tiró de la vía para quitársela, intentaron sujetarla y ella peleó como nunca.

—¡Ha sido ella! ¡Ella! ¡Hija de puta! ¡Me atacó! ¡Me golpeó con el coche! ¡Vi su cara! ¡La vi! ¡Voy a matarla! ¡Lo juro! ¡La mataré! ¡La mataré!

Las enfermeras trataban de detenerla, pero ella seguía peleando por quitarse el camisón y vestirse.

Jeremy fue más él mismo que nunca, respiró hondo y contestó a Johny, que gritaba preguntando qué coño estaba pasando.

—Mirar por su apellido de soltera, si tiene algo que quiera ocultar seguramente lo habrá hecho así.

Boucher, Clarice Boucher. Tengo que dejarte.

Con calma se acercó a Roxie, apartó a las enfermeras y al ayudante que estaban tratando de aguantarla y la abrazó fuerte, pero Roxie, su Roxie, no dejó de pelear, le dio patadas y puñetazos, le mordió y él la sujetó más fuerte.

Un enfermero se acercó junto a la doctora Ríos con una jeringuilla, la mirada que Kawosa les dirigió hizo que recularan. Poco a poco la Loba se calmó y se derrumbó. Después del estallido vino el colapso, se desmayó en sus brazos, él la depositó en la cama y dejó trabajar al personal.

Jeremy miró su teléfono que acaba de dar tono de mensaje.

Era de Clare.

CLARE\_08:40

Querido Jeremy, me marchó.

Sabes que siempre te amé, no puedo obligarte a que me quieras, pero tampoco puedo seguir ahí cuando tú ya no vas a estar, cuando sé que estarás con ella, con la persona que más daño te hace. No puedo soportarlo, por eso me he marchado, he vuelto a Europa.

Reharé mi vida y me olvidaré de ti, de ella, de todo lo que me habéis quitado durante estos años. Aunque no te lo creas, deseo tu felicidad, a pesar de que sé que no será posible, tú y ella sois incompatibles. No te acepta como sí te aceptaba yo. En realidad, no te quiere, solo ama lo que fuisteis cuando eráis unos críos, pero las cosas cambian, ella no lo ha visto hasta ahora, ¿crees que será capaz de hacerlo algún día?

Jeremy maldijo ganándose la mirada reprobatoria de la doctora. Se juró que Clare se las pagaría, tarde o temprano lo haría. Tras serenarse le reenvió el mensaje a Johny y cuando vio las aspas que señalaban que lo había leído, lo llamó.

—Supongo que no te creerás las estupideces que dice, ¿verdad? —le dijo su amigo.

—Se va atacando, no te preocupes, la conozco. Bueno, eso pensaba, ya no estoy seguro de nada. Salvo de lo mucho que amo a mi mujer. Sé que ella me ama a mí, lo demás lo iremos arreglando sobre la marcha. De momento me voy a tomar unas largas vacaciones.

—Bien.

—Será mejor que le digas al jefe Chama que esté por aquí para tomarle declaración a Roxie, lo ha recordado todo. Ahora le han dado un calmante, pero cuando despierte querrá hablar con alguien. ¿Sabemos algo?

—Estamos en ello, el FBI está comprobando los vuelos y fronteras, y la gente de Chama ha ido a apretarle las tuercas al del taller, ahora tienen órdenes para todo. Es increíble cómo funcionan las cosas; cuando ya es tarde, es cuando les dejan actuar.

—Ya, bueno... quizá sea mejor así. Si desaparece, podremos olvidarlo.

—Tal vez.

—Si vuelve, yo... no sé qué sería capaz de hacer... no quiero...

—Déjalo estar, Jeremy, las cosas son como son, no merece la pena darle mil vueltas.

—Supongo que tienes razón.

—Siempre tengo razón.

—Cierto.

—No te culpes, Jeremy. Confiabas en ella y te traicionó. El amor vuelve loca a la gente.

—No creo que sea una cuestión de amor. A Clare lo único que la volvía loca era el poder, se trataba de eso en realidad.

—Sí, probablemente sí.

Pasaron varios minutos en silencio.

—Johny, gracias por todo. Te debo una.

Johny soltó una fuerte carcajada.

—¿Estás loco? De la noche a la mañana la gente me llama señor y tengo más pasta en el banco de la que voy a poder gastar, lo único que quiero es que me digas el nombre de tu sastre, envidio tus trajes a medida.

Jeremy sonrió.

—Te quiero, hermano.

—Bueno, tampoco te pases, ¿eh? Byron está mirándome y se está poniendo celoso, va para allá con Chama. Dale un abrazo a la jefa de mi parte.

—Lo haré.

Jeremy guardó el teléfono y se sentó en la cama. Acarició la cara de Roxie, le apartó el rebelde flequillo de la frente y la besó.

—Nunca más vuelvas a alejarte de mí, no podría volver a soportarlo —le susurró con la frente pegada a la de ella.

Mientras se tragaba su aliento, sentía que se llenaba de ella, de su vida, de su amor.

## Capítulo 24

### CAMINOS QUE CONVERGEN

—¿Cómo puedes ser tan cabezota? —se quejó Jeremy.

—Mira quién habló —se burló Roxie.

—Desde luego hay cosas que no cambian nunca —intervino Byron.

—¡Tú no te metas! —gritaron otros dos a la vez.

—Me alegra saber que por lo menos os ponéis de acuerdo para revolveros contra mí. Me largo.

—Ni se te ocurra moverte de aquí, este es capaz de atarme a la cama —se quejó ella.

—Y yo le ayudaré gustoso, además de darle un bozal para que te calles —le advirtió el primo.

—Gracias —afirmó Kawosa.

—¡Hombres! ¡Candy! —llamó Roxie a su amiga, a gritos.

Byron sacó el móvil del bolsillo, leyó el mensaje que había sonado y se rio.

—Dice que ni loca piensa subir. Ha sido más lista que yo.

—¡Mierda! Necesito a Nat o a M.J.

—¡Oh! Esto no te va a gustar, primo —azuzó Byron.

—¿Qué? —preguntó Jeremy.

—¡Roxie! ¡Roxie! Soy Nat, ¿por qué está la puerta cerrada? —preguntó dando golpes en la madera.

—¡Nati, ayuda! —gritó la Loba.

—Como le hagas algo, señor bruto, te voy a dar tal patada en los...

—Ya basta, abre, Byron, si hay algo peor que verla es escuchar su voz chillona. Hasta ella va a estar de acuerdo conmigo —le advirtió a Roxie señalándola con un dedo, dedo que ella mordió.

—Pelirroja —la saludo Byron.

Ella lo miró alzando la barbilla y fue hasta la cama.

Hacía dos días que le habían dado el alta, le recomendaron una semana más de reposo y tranquilidad, pero ella estaba preocupada por todo: la investigación, la desaparición de Clare, su nueva relación con su marido... exmarido, en realidad, ¿o era futuro exmarido? No lo sabía, se estaba volviendo loca de tanto pensar. Ella siempre había sido una mujer de ponerse en marcha, no podía quedarse en la cama sin parar de darle vueltas a la cabeza, iba a perder la poca cordura que le quedaba.

Las imágenes no habían parado de llegar desde aquella primera ráfaga. Lo había recordado todo, pero ahora no podía quitárselo de la cabeza. Clare. No la habían cogido, y esa era la única realidad.

Jeremy trató de hacerle ver que casi era mejor, porque así no tendrían que andar con juicios y más problemas, de esa manera podrían olvidarlo y seguir hacia delante. Era un pobre consuelo y ambos eran conscientes de ello.

Incluso Nat había estado de acuerdo con Jeremy y Byron, Doble M había amenazado incluso con llevar su escopeta para tenerla quietecita en la cama. Finalmente se encontró con Rompehuesos en la puerta de su habitación, lo que la disuadió de seguir intentándolo.

Hacía dos días que se habían cumplido los días de descanso estipulados, tenían una reunión con la agente especial del FBI que llevaba su caso y con Chama, Jeremy le había pedido a Stuart que estuviera presente para asesorarles acerca de la idoneidad de intentar llevar el caso a los tribunales por su cuenta, si es que el gobierno, como sospechaba Jeremy, no lo hacía.

Para ello viajarían a Lawton a primera hora de la mañana.

Roxie no recordaba la última vez que había volado, estaba bastante adormilada por los calmantes. Sí recordaba el viaje de ida hacia Lawton, en ese momento Jeremy estaba decidido a mantener las distancias con ella y, aun así, aunque él no se diera cuenta de la contradicción que suponía y ella hubiera justificado de mil maneras esa contradicción, viajaron juntos y comenzaron a reescribir su historia.

Clare nunca se había dado cuenta de que, con ese último golpe, al intentar separarlos los había unido de nuevo.

En ese momento iban a decidir si seguir peleando contra la mujer que había intentado quitárselo todo o iban a continuar con sus vidas. Sinceramente, ella no sabía qué quería.

Cogió la mano de su marido y él entrelazó sus dedos con los de ella.

—Hay algo de lo que no hemos hablado —le dijo Jeremy.

—¿Algo importante? —preguntó ella mirándole a los ojos con una sonrisa.

—Muy importante, por lo menos para mí. Ya sabes que soy un tipo tradicional —le confirmó muy serio.

—Sí que lo eres —aseguró ella riéndose ya abiertamente.

—Bueno, espero que no sea esa tu respuesta —se quejó él.

—¿No te gusta que me ría?

—Sí, pero no en este momento, la verdad.

—No te entiendo, Kawosa —aseguró ella.

Él gruñó por toda respuesta, donde estaban no podía responder como le hubiera gustado al sonido de su nombre en esos maravillosos y cálidos labios.

—Lo dejaremos para la vuelta —sugirió él.

—¿El qué vamos a dejar para la vuelta?

—¿Os queréis callar? —les amonestó Stuart desde el otro lado del pasillo—. No sé cómo me dejé convencer de esto.

Jeremy y Roxie se rieron como niños pillados en una travesura.

La policía y el FBI habían sido sinceros, podían acusarla de complicidad en secuestro e intento de asesinato, pero no tenían mucho. Stuart le advirtió que, si él fuera el fiscal del caso, necesitaría mucho más que el testimonio del mecánico y el suyo propio para llevar el asunto a juicio.

Aunque había una conexión entre el tal Ricky y Clare, al tipo no podían sacarle nada porque estaba muerto y no habían encontrado restos de transacciones económicas entre los dos, alguien le había pagado la fianza y estaban seguros de que el dinero lo había puesto Clare, pero no podían probarlo porque lo había hecho mediante una agencia y con otro nombre, las imágenes de las cámaras exigidas a la agencia en cuestión no eran claras.

En cuanto a que intentara matarla tirándola por el barranco, la otra podía alegar que no había sido ella. Tras salir del encierro era lógico pensar que Roxie estaba desorientada por la oscuridad y el estrés, si unían eso al hecho de haber estado en coma, cualquier abogado defensor tumbaría su

declaración; iba a ser difícil probar fuera de toda duda razonable que realmente había distinguido con total claridad a la persona que conducía, y dado el historial de odio y celos que había entre ambas, era todo más complicado.

Roxie quiso pegar un puñetazo al rubio, ¿cómo podía poner su buen juicio en duda?, en ese momento odió a Stuart tanto como a la propia Clare, y se lanzó hacia él, pero Jeremy la retuvo.

—Tan solo te está diciendo lo que podría pasar, es un idiota, pero es la verdad.

—Estoy cansándome de que todo el mundo me insulte, creo —se quejó el aludido estirándose la chaqueta del traje—. En cualquier caso, he madrugado y venido hasta aquí para daros mi opinión, que es lo que me habéis pedido; si lo que queréis son flores, hay un precioso mercado en la esquina.

—No te pases, Lyon —le advirtió Jeremy Roxie se deshizo de Kawosa y levantó las manos.

—Lo siento, tienes razón. Es que... me cuesta pensar que vaya a salir de este lío sin más.

—Yo no he dicho eso. Y ese es el problema que tenéis conmigo. Lo que quiero decir es que es mejor seguir investigando y conseguir pruebas más sólidas.

—El problema es que a nosotros nos van a retirar del caso —protestó la agente.

—Yo puedo seguir husmeando —aseguró Chama.

—Y la gente de Johnny tampoco va a parar. Al fin y al cabo, nadie ha pagado por lo de Jenifer —recordó Jeremy. Aún se le hacía raro decir *la gente de Johnny* y no *mi gente*.

—El que le disparo está muerto —le recordó la agente.

—Sí, pero nunca llegaron a inculparlo oficialmente.

—No dio tiempo. Murió de sobredosis justo antes de que viéramos en los vídeos que era él.

—No entiendo que no podamos relacionarlo —se quejó la Loba.

—Lo haremos con el tiempo —le dijo Chama—. Y tiempo es algo que tenemos, dado que ha salido del país.

—Por lo menos en ese sentido podéis estar tranquilos —les dijo la agente.

—Supongo que sí —se conformó Roxie.

Salieron algo malhumorados y deprimidos de la reunión, tras despedirse Stuart les dijo que iba a aprovechar el viaje para comer con Kin y ponerse al día. Jeremy y Roxie no querían ir al casino, así es que cogieron el siguiente vuelo Houston.

\*\*\*

Una vez en el avión, Roxie pudo ver cómo una auxiliar de vuelo se fijaba en su marido y lo miraba con cara de interés, le había ofrecido tantas cosas que ella dudaba de que cupiese todo eso en el carrito que portaba, Jeremy contestaba solícito y ella cada vez se enfadaba más. Se alejó de él y se puso a mirar por la ventana.

Se recordó que no debía ponerse celosa, Jeremy la quería, la rubia y su mundo habían desaparecido y ahora todo volvería a ser como cuando se conocieron.

Escuchó a Jeremy aclararse la garganta con nerviosismo y pensó que tal vez iba a tener que ayudarlo a deshacerse de la azafata. Miró y lo vio levantarse, cuando vio su siguiente movimiento se quedó helada. Eso no se lo esperaba, y menos ahí. Tenía una rodilla en el suelo y, en la mano, la arandela con la que le había pedido matrimonio la primera vez, no el maravilloso anillo con un impresionante diamante que ella le había devuelto en su ruptura, ni otro nuevo, sino la arandela; él la había guardado durante todos esos años.

—Sé que soy muy terco y que no hablo mucho. Sé que durante todo este tiempo no he tenido claras mis prioridades, pero también sé que siempre te he querido. Jamás ha habido ni habrá otra mujer en mi vida. Desde el primer día que te vi, en la reserva, supe que era tuyo. No sé por qué

clase de suerte conseguí que me quisieras, pero sí, que casi me muero cuando dejaste de hacerlo. No quiero volver a sentir ese frío nunca más. Sé que es egoísta, pero esta vez, te prometo... te juro... que no perderé de vista lo que realmente importa. No perderé de vista nuestro nosotros. Quererte así es lo que me hace ser quién soy. Mientras me quieras, lo seguiré siendo. ¿Quieres volver a casarte conmigo?

La Loba no pudo evitar las lágrimas, a pesar de no ser una de esas personas que lloran con cualquier cosa. Comenzó a escuchar un murmullo que iba aumentando en el avión, la gente le pedía que dijera que sí, observó que la mayoría se habían dado la vuelta en sus asientos para verlos, algunos hasta se habían puesto de pie. La voz del capitán sonó por la megafonía.

—¿Ha dicho que sí? —preguntaba.

Todos rieron.

—Sí —contestó ella limpiándose las lágrimas—. Sí, sí y mil veces sí.

Se abrazaron y se besaron con el eco del aplauso de los pasajeros del avión.

Cuando por fin se separaron entre lágrimas de ambos, Roxie le confesó: —Quererte así es lo que me hizo salir de ese agujero, lo que me mantuvo viva, lo que me alejó de las pesadillas. Quererte así es lo que me trajo de vuelta a tus brazos.

## Epílogo

—¡Las diez de la mañana! —se asustó Candy.

—¿Y? —le contesto Byron mientras seguía lanzando a su hijo por los aires en ese juego que tanto les gustaba a ellos y tan nerviosa la ponía a ella.

—Los invitados comenzarán a llegar enseguida y mírate, aún no te has arreglado. Y deja ya a Angel que lo vas a manchar.

Byron se acercó a ella con el niño en una cadera, el cabello le había crecido y lo llevaba ya por los hombros, por la mañana había estado cuidando a sus queridos caballos, lo que hacía que oliese como ellos.

—¡Ni se te ocurra! ¡Aléjate de mí, diablo! —gritó mientras corría hacia la puerta más cercana, que era la que daba al porche trasero desde la cocina.

—Aún no hemos desayunado y queremos comer —la amenazaba Byron —, y mejor se es una rubia, nos encantan las princesitas rubias y pijas.

—No le enseñes esas cosas a tu hijo, lo vas a convertir en un salvaje como tú—le recriminó ella escondiéndose detrás del columpio del porche.

—Sí, somos unos salvajes, por eso comemos jóvenes inocentes —continuó con voz amenazante.

Ella le tiró un cojín que él esquivó sin problema.

—No os tengo miedo —les dijo sin mucha convicción—, pero no pienso bañarlo de nuevo como le pegues ese olor a estiércol. Tendrás que hacerlo tú, señorito.

Byron soltó una enorme carcajada ante el calificativo. Candance no había cambiado, seguía siendo tan cursi como cuando la conoció, y estaba adorable.

¿Adorable? ¡Dios, se le estaba pegando!

—Hay cosas que no cambian nunca, ¿eh? —les interrumpió una voz masculina.

Jeremy y Roxie bajaban de una furgoneta grande, muy grande. Byron se fijó en que su primo sonreía, parecía feliz, por fin. A ambos les había costado mucho conseguir llegar a ese momento en que los problemas que les acuciaban no eran ni más ni menos que los que perseguían a todo el mundo: pagos, quehaceres diarios, algún que otro resfriado... nada que mereciese la pena ser contado, y eso era maravilloso.

De la parte trasera del vehículo salieron Nina —que ya era toda una mujercita—, y George y Nat. Que Nat y Jeremy hubiesen estado en el mismo vehículo y no tuvieran heridas era buena señal, nunca se habían llevado especialmente bien.

Enseguida llegó otra camioneta en la que iban los abuelos de George.

Salieron y sacaron varios paquetes y cestas. Mamá Rosa vestía unos vaqueros y su inseparable sombrero, exactamente igual que su marido.

Vio acercarse otro coche, en ese caso uno familiar de esos que se llevaban tanto en la ciudad; detrás, una Harley. El gigante rubio y su familia; a pesar de sentir aprecio por ese hombre, seguía pensando en que le debían una paliza.

Cuando el coche llegó hasta ellos, empezaron a salir niños de dentro, tres en total, rápidamente se unieron a Nina y desaparecieron por la parte lateral de la casa para adentrarse en la zona de juegos.

—¡Esperad, chicos! —intentó frenarlos Candy.

—No te preocupes, dame ese pequeño y nosotros iremos con ellos —le sugirió Mamá Rosa—. Adelántate con ellos, Georgie, yo voy a llevarle todo esto a Maguie para que pueda empezar a organizar.

Candy se echó las manos a la cara, avergonzada.

—¡Dios mío! Habéis venido muy pronto, no me ha dado tiempo a preparar nada. Esto va a ser un desastre —se quejó de nuevo.

Byron la abrazó y la besó en la frente.

—Son nuestros vecinos y amigos, nuestra familia, lo único que quieren es acompañarnos en este día, no esperan que nada esté perfecto.

—Pero yo sí lo espero —le contestó ella dándole un empujón—, y ve a quitarte ese olor de una vez.

La vio echarse su hermoso cabello rubio —que también había ya crecido tanto como el suyo— hacia atrás y bajar los escalones como una gran dama del antiguo Texas para recibir a sus invitados, los besó e hizo gestos para indicarles que pasaran, hasta que llegó al gigante, este la cogió en brazos y dio varias vueltas con ella en el aire como si fuera una niña. Y ella rio como tal.

Byron se sintió de nuevo el hombre más dichoso en la tierra, se dio media vuelta y marchó a cumplir las órdenes de su mujer.

Jeremy observó a Roxie, todos estaban repartidos por el porche trasero y el terreno que lo rodeaba, había bancos y mesas como las de los comederos y una enorme barbacoa.

Barriles antiguos repletos de hielo y muchos envases con diferentes comidas que no dejaban de surtir desde el interior de la casa. Pero Roxie estaba algo más alejada con el gigante rubio, ambos agachados, sin parar de hablar y toqueteando la moto del tipo. Byron le había hablado de él, decía que todas las mujeres se volvían tontas con él, y ahora se dio cuenta de que era verdad, si hasta Roxie caía en su embrujo. Su Roxie no era la típica mujer, ella era una chica dura, pero ahí estaba, con el guapito.

De repete Roxie se abrazó al rubio con tanta fuerza que casi cayeron, Jeremy se descubrió frunciendo el ceño y gruñendo.

—Tranquilo, primo, es por la melena. Siempre podemos cortarle la cabellera —le azuzó Byron, que estaba sentado a su lado en el columpio del porche.

—Sabes que no me hacen gracia esos chistes que mitifican...

—Eh, no me des la charla, ¿vale?

Jeremy suspiró. La Loba se había levantado y corría hacia él. Se arrodilló delante de él y le cogió las manos.

—Tengo algo muy importante que decirte.

—¿Te vas a comprar otra Harley?

—No seas idiota, uno no cambia su moto porque sí, es mi niña, le voy a hacer algunos arreglos, eso sí... —Él le acarició la cara con la punta de los dedos.

—No has dejado de hacerle arreglos desde que la tienes.

—En cualquier caso, no es eso. Mañana... —Hizo un gesto de redoble de tambores para darle emoción a la noticia— ¡comienzo a trabajar en el taller de Chad!

Jeremy la abrazó, porque sabía que eso para ella era un sueño. Algunas mujeres soñaban con ser madres y esposas, como Candy; otras, como Doble M, vivían para los caballos; algunas, como Nat... bueno, esa chica era una pesadilla en sí misma; pero Roxie, para ella, desde que le estropeó su querida Indian, lo único que la había llenado por completo eran las motos.

—Solo hay un problema —se opuso él.

—¿Qué problema? —contestó ella recelosa.



—Que este tío solo toca Harleys, y todos sabemos que las Indian son mucho mejor.

—Quizá pueda introducirlo poco a poco, si me dejas volver a tocar la tuya...

—El negocio va bien, entonces —intervino Byron.

—Parece que Beatrix está embarazada, ¡y de gemelos! Yo podré ayudar en cuestiones prácticas, ya que ya he llevado un negocio, y meterme en el taller hasta que me ponga al día; hace mucho que solo las toco por afición. Necesito practicar.

—¿Has dicho gemelos? ¡Bea, tú sola te bastarías para repoblar el planeta en caso de apocalipsis!

Leo. Jeremy se dio la vuelta al escuchar la voz del joven, no lo conocía mucho, pero sabía que tenía algo con el primo de Candy, Lester, y que este se iba a presentar también en la fiesta. Dos mujeres corrieron hacia él para abrazarlo, Candy y Bea. Los tres desaparecieron dentro de la casa, seguidos muy de cerca por el gigante.

—Empieza a parecerme bien lo de la cabellera —le dijo Jeremy a Byron.

Este asintió mientras daba un trago a su cerveza.

—¿Dónde está Lucy? —le preguntó Kawosa.

—Encerrada en las caballerizas, está con Doble M y Justin, no se encuentra cómoda entre tanta gente.

—Se encuentra a salvo con Doble M y los caballos.

—Tú sí que sabes montar fiestas, tío —le comentó Jeremy señalando con su botella de agua el camino que llevaba a la parte trasera de la casa.

Un coche estaba levantando tanto polvo que casi llegaba hasta la casa. Un pequeño y rápido deportivo.

—¡Joder! —se quejó Byron—, ¿qué coño hará este aquí hoy?

—Le he invitado yo —le informó Candy, que había salido a recibir al visitante.

—¿Stuart? Candance, ¿en serio? ¿No lo aguantamos ya suficiente?

—Pero siempre es por trabajo, esto es una fiesta y espero que os comportéis adecuadamente.

—¿Nunca va a dejar de hablar así? —le preguntó Jeremy.

—A mí me pone —le contestó Byron.

—No seas vulgar —le reprendió ella.

—¡Eh, Sandy! Me he encontrado a alguien en la puerta delantera que quizá quieras recibir tú.

Detrás de Nat estaba Lester, con la boca apretada, gesto de pocos amigos y evidente nerviosismo.

—Cariño, tu buen corazón te está metiendo en problemas.

—En realidad, yo me encargo de ese problema —señaló a su primo—, y tú te encargas de ese. —Y señaló en esa ocasión a Stuart que se acercaba ya hasta ellos.

—¿En serio? —se quejó.

—¿Prefieres el otro?

—Qué generosa eres, tengo que escoger entre el que me dio una paliza de muerte o el que quiso meterme entre rejas.

—No seas rencoroso, cariño, eso está feo.

Byron la miró entrecerrando los ojos y con los brazos cruzados, incluso cierto puchero en los labios. Candy no pudo resistirse y le dio un bocadito en ellos.

—Eso es jugar sucio. Primo, te vienes conmigo.

Jeremy se rio y lo siguió para recibir al ayudante del fiscal.

\*\*\*

Lester se sentía nervioso, veía alcohol por todas partes y sentía la sangre hervir en su interior. Sabía que Candy le seguía con la mirada, casi no se había alejado más de dos metros de él, desde que había llegado, sabía también que Leo estaba en la casa, pero no se atrevía a entrar. No quería verlo, aún no estaba preparado. Se dio cuenta de que todos escondían sus cervezas cuando él pasaba, quería evitar que las viera y sintiera tentaciones. Lo había visto en otras ocasiones, ¡cómo si fuera posible no sentir las!, iba a ser así para el resto de su vida.

¿De verdad quería arrastrar a alguien a ese infierno con él? Sobre todo, a alguien tan bueno como Leo. No lo sabía, se sentía solo constantemente y nada le aliviaba; nada ni nadie. Desde que comenzara el tratamiento ya había recaído una vez, y tampoco alivió su soledad, ni sus demonios. En una ocasión bajó al pueblo. Le pareció que todo el mundo le miraba y hablaba de él.

En ocasiones se despertaba pensando que Jack Shaw entraba en la habitación y... no podía continuar allí. Se paró en seco, se dio media vuelta y se dirigió a la salida principal del que había sido su rancho y ahora era el rancho de un indio.

Curiosamente no sabía si eso le desagradaba realmente, pero estaba tan acostumbrado a pensar en Byron de forma despectiva, que no podía evitarlo.

Pasó delante de uno de esos barriles llenos de cerveza y sintió náuseas, se le secó la garganta y su mano se dirigió a uno de los botellines, el frío tacto lo calmó.

Su corazón comenzó a acompasarse y su cuerpo envió descargas de dopamina, el placer por la anticipación le quemaba.

—Por favor. —El ruego de esa voz le hizo frenarse.

Candy, siempre Candy cuidando de él. Tenía que alejarse, aprender a sobrevivir solo o morir. Soltó la botella y siguió caminando sin mirar atrás.

—¡Lester, por favor, no te vayas! ¡Vuelve! ¡Lester!

Pero Lester ya se había marchado.

\*\*\*

Lucy le dio un trozo de manzana a Survivor, ese mustang era maravilloso.

Los colores marrón y blanco se entrelazaban en un patrón extraño, como un cuadro, como si a alguien se le hubiese derramado un bote de pintura marrón encima de un lienzo blanco.

No era una descripción muy poética, pero es que Lucy no se sentía poética.

Desde que dejó que George la convenciera para plantar cara a los salvajes que le hicieron... eso —ella seguía sin poder pronunciar la palabra —, se creía una mujer más valiente, pero en realidad no lo era; allí estaba, escondida entre los caballos porque no se atrevía a mezclarse entre tanta gente.

El ruido de la fiesta se oía desde allí, música, gritos, niños jugando, perros ladrando... hacía ya una hora que les había pedido a Justin y a Doble M que fueran con sus amigos y la dejaran sola, desde entonces habían pasado por allí casi todos, eso sí, de uno en uno o, como mucho, dos. Eran buena gente, pero un tipo enorme la había asustado, era muy rubio, muy grande y muy dulce, se acostumbró a él enseguida, le rodeaba un aura tranquila, y el perro que lo acompañaba había sido increíble. Quizá adoptara uno de esos, podría llevarlo a todas partes y nadie se atrevería a meterse con ella.

Entonces recordó que no debía plantear su vida en términos de *ataqueseguro*. Así lo llamaba su terapeuta. Le hizo ver que todo lo que planteaba en su vida estaba planeado, pensando en el momento en que la iban a atacar, y debía dejar de pensar así, pero era tan difícil...

—Creo que solo faltaba yo, todos los demás han pasado a saludarte. No sé si te das cuenta, pero esconderte donde todo el mundo sabe que estás, no es la mejor forma de pasar

desapercibida.

A Lucy el corazón comenzó a latirle aceleradamente, toda la paz que había sentido cepillando a su querido caballo, o acariciando al enorme perro, desapareció, se esfumó, el instinto tomó las riendas, tenía... Escapar, atacar, matar, morir. Escapar, atacar, matar, morir.

Ese era el orden que tenía que seguir: si no podía escapar, atacaría y si no era suficiente, mataría o moriría.

Se subió a Survivor de un salto, no estaba ensillada y ni siquiera llevaba el bocado. Se aferró a su larguísima crin y le clavó las rodillas en los flancos con todas sus fuerzas. La yegua pasó por delante de Stuart, derribándolo.

Escapar, escapar, escapar. Rio con fuerza, lo había conseguido, había escapado gracias a Survivor.

Stuart salió cojeando, una vez en la puerta vio cómo Byron, Jeremy y Candy corrían hacia él, gracias a Dios, ayuda, el golpe lo había dejado maltrecho, además de haberle roto el traje. Se estaba sacudiendo los restos de heno y tierra cuando sintió unos puños que le alzaban y lo estampaban contra la puerta.

—¡Joder! ¿Qué coño te pasa, tío? ¿Estás loco? ¿Es que no ves que es ella la que me ha atacado a mí?

—¿Qué parte no entiendes de no te quedas a solas con ella? —Mientras lo decía, Byron sacó a un elegante caballo que de tan negro parecía azul, lo montó a pelo, tal y como había hecho Lucy, y salió en su busca.

Jeremy ayudó a Stuart a levantarse, para que se enfrentara a la cara de reprobación de Candy.

—No me mires así, incluso ese gigante ha venido a verla y ha estado hablando con él. Y es blanco y rubio. Habla con Justin y George y con el tal Leo ese. ¿Por qué sigue teniendo problemas conmigo? —Caminó hacia la salida mientras seguía quejándose—. Nunca debí dejar que me afectara de forma personal, sabía que sería un error. ¡A la mierda! Desde este momento me limitaré a hacer mi trabajo, no más fiestas, ni más gilipolleces. ¡A la mierda! —repitió.

—Stu —lo llamó Candy en tono conciliador.

—No soy Stu, yo soy Stuart K. Lyon, ayudante del fiscal del distrito, no soy uno de vuestros amigos y no tengo nada que ver con esto —señaló en general a la fiesta.

—No seas gilipollas, Stuart —le acusó Jeremy.

—Te mandaré un mail con la fecha y la hora de la próxima cita, tenemos que hablar del caso y será en mi despacho, se acabaron las visitas a domicilio.

Se dio la vuelta y lo vieron alejarse cojeando.

Byron encontró a Lucy en el suelo riendo sin parar mientras Survivor disfrutaba del pasto.

No había conseguido llegar muy lejos.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó dando por hecho la caída.

—No, ha sido fantástico. Me he escapado, ¿lo has visto? El demonio estaba allí y yo, nosotras lo hemos tirado al suelo y hemos escapado.

—Ese no era el demonio, cariño. Es el imbécil que tiene que meter en la cárcel al demonio. Los has confundido.

Ella frunció el ceño y se levantó sacudiéndose.

—No. Era el mal y lo he vencido. He escapado —aseveró.

Byron suspiró, subió a su caballo y la subió a ella detrás, silbó dirigiéndose a Survivor, que los siguió dócilmente.

Cuando llegaron a los establos Jeremy, Candy y la Loba los estaban esperando.

—Me repito —reafirmó Jeremy—: nadie da mejores fiestas que vosotros.

\*\*\*

Jeremy entró en el taller en el que trabajaba su mujer desde hacía un par de semanas, la vio enseguida, estaba admirando una de sus queridas Harleys, en este caso se trataba de una Tri Glide.

—Quinientos sesenta kilos y mil seiscientos kW, qué maravilla, chicos.

Ronroneaba y acariciaba la máquina de tal manera que a Kawosa se le fue toda la sangre a la entrepierna.

Además, hablaba en español, él entendía bastante y le encantaba escucharla hablar en su idioma.

La chica, una mujer rubia y pequeña con bastantes tatuajes, le dijo algo y los tres se rieron. El tipo que iba con ella era bastante corpulento, grandes brazos llenos de dibujos y espaldas anchas, calvo y con una de esas perillas largas.

Cogió con sus manazas a la pequeña rubia y la subió en voladas hasta depositarla en la moto, y de nuevo comenzaron a reír.

Roxie se dio cuenta en ese momento de que él estaba allí. Una sonrisa iluminó su rostro y Jeremy pudo decir con toda seguridad que su chica era completamente feliz. Y en cuanto viese lo que le había llevado, lo sería aún más.

—Disculpen, me la llevo un momento —les dijo cogiéndola de la mano.

—¡Eh! Espera, no puedo desaparecer, estoy a punto de vender esa moto, lo que nos reportará buenos beneficios y...

—Calla un momento —le replicó él.

—No me mandes callar —se quejó Roxie.

Entonces él la condujo hasta un camión remolque en la parte trasera y vio a Chuck que bajaba una portezuela.

—¿Es lo que yo creo que es? —gritó ella nerviosa.

—Depende de que sea eso que crees que es.

—¡Oh! para ya. —Apartó de un empujón a Chuck y se subió de un ágil salto a la parte de atrás del camión.

Retiró la funda gris y sucia que ocultaba la maravilla que ella pensaba y la vio.

—Es ella —dijo. Y la abrazó como si de un niño se tratara.

—Parece que voy a comenzar a trabajar con Indian —farfulló el gigante.

Jeremy se subió al camión y la Loba saltó a sus brazos enroscando las piernas en la cintura de su hombre.

—Voy a atender a los clientes, vosotros seguid con eso que estáis haciendo, o lo que sea. —Tras decirles aquello, se fue hacia el taller.

Roxie y Jeremy, o lo que era lo mismo, la Loba y Kawosa, se enzarzaron en un apasionado beso que interrumpió él con una pregunta.

—¿Vamos a poner fecha para la boda?

—Eh, sí, un día de estos. De momento, me conformo con quererte así.

FIN

## Agradecimientos

Debo comenzar por mi editora: Lola Gude, una mujer con una paciencia infinita y, sobre todo, con una desbordante empatía. A mis lectoras beta, mi queridísima Mariola Martínez, siempre preparada para apoyarme en los momentos más difíciles y especialista en simplificar mis enredos.

A la maravillosa Carmen Martínez, que se deshace en detalles de esos que marcan la diferencia; con Carmen he podido contar en cualquier momento, hizo un sprint final de los de medalla de oro. Y, por último, a Elisa Marcos, a la que no se le escapa una, a pesar de pasar por momentos muy difíciles.

Por supuesto, a Cheny Ace, mi compañero de vida. Sin ti, no voy a decir que sería imposible, pero desde luego sería mucho más difícil y menos satisfactorio.

También quiero agradecer el esfuerzo a mi correctora, Laura Socías, porque ha tenido que trabajar contra reloj.

En esta novela, tengo que agradecer efusivamente a mis compañeros de la UCI del Hospital General de Alicante, no voy a nombrarlos a todos, pero ellos saben quién son. Me han ayudado muchísimo, tanto en la documentación, como en la motivación y los ánimos.

A mis compañeras de Selecta, que siempre están ahí para animarte, subir la moral y echar una mano cuando hace falta. Es como tener una red de salvamento.

Gracias también a Magui Gil Román y su indio, por inspirarme la declaración de amor más tierna.

Por último, al equipo de PRH en general y a Selecta en particular, por el apoyo y el gran trabajo que hacen diariamente.

## Bibliografía

*What to do when you're raped: and*

*ABC handbook for native girl*

*The Guardian*

*Etnias del mundo*

*500 nations*

WWW.JOHNMEDICALCENTER/

WWW.LOBOPEDIA/

WWW.LICENCIATURESPREFRADO.COM

WWW.PUEBLOSORIGINARIOS.COM

*Torque 1962*

GOOGLE MAPS

WWW.IGLESIADELSANTISIMOSACRAMENTO

WWW.HARLEYDAVIDSON.COM

WWW.INDIAN.COM

WWW.FBI.GOV

WWW.TODOSOBRECABALLOS.NET

WWW.NEWCASTLECASINO.NET

WWW.DICCIONARIOSDIGITALES.NET

WWW.NOMBRA.ME

COMANCHE RED RIVER CASINO

Si te ha gustado *Quererte así* te recomendamos comenzar a leer *Los corazones de Ana* de Ivette Chardis



## Capítulo I

*Su secreto es no resignarse,  
no considerarse víctima,  
no mostrar a los demás  
tristeza o desesperación.*

Oriana Fallaci

*Valencia. Octubre de 1834.*

Los pequeños dedos de María resbalan por la palma de mi mano llena de poros, rebosantes de histerismo. La sujeto con fuerza. No la quiero perder en la cola que se ha formado para entrar en la casa de los señores Ferrer. Somos cinco mujeres con sus respectivos hijos, aunque, en realidad, María es mi sobrina y nadie más que nosotras debe saberlo.

—Pero, tía —me ha dicho al salir de casa—, ¿por qué tengo que llamarte mamá si ya tengo una?

—Porque ella está en el cielo. —Es esencial que la señora Ferrer crea que ella es mi hija, pero María no parece entenderlo—. Tú no hables y todo irá bien.

—¿Qué tiene que ir bien?

—Que la tía consiga un trabajo.

María es tan curiosa como mi hermana, que en paz descansa. Lleva el mismo nombre por tradición familiar; si hubiera sido varón, se habría llamado Joaquín, como su padre. Este murió en un accidente con un carro antes de que ella naciera y mi hermana, unos meses después de dar a luz. Nadie se pone de acuerdo en el porqué de su repentina marcha. Aunque lo cierto es que murió de pena. Su vida ya no tenía sentido sin su Joaquín. Cuando le traía a la niña para que la amamantara, la miraba como a una extraña, como si fuera culpable de una desgracia tras otra.

Al morir mi padre, mi cuñado se hizo cargo del negocio después de varias discusiones y reproches por parte del gremio de carpinteros, ya que no concebían que el yerno quisiera seguir con el taller si todavía no había conseguido la maestría. Se impuso el talento a la tradición, porque Joaquín era bueno en su trabajo y, con mi ayuda, los encargos superaron todas nuestras expectativas. Puedo tallar una cuna en menos de cinco horas. Una marca que nadie más ostenta.

La muerte tan repentina de Joaquín nos llenó otra vez de incertidumbre. En esa ocasión, los más conservadores del oficio se cuadraron. Solo la viuda, mi hermana, podía volver a casarse con un carpintero asociado al gremio para seguir perteneciendo a él; si no, nos quedaríamos sin trabajo y sin ganancias con las que poder alimentar a la familia, la poca que quedaba.

Así que María se convirtió en nuestra única oportunidad, pero la aflicción que pesaba en ella era mucho mayor que su avidez por sobrevivir. Para cuando llegó la propuesta de matrimonio por parte de un viejo y avaricioso ebanista, mi hermana ya estaba más en el otro mundo, llamando en sueños a su marido, que escuchando mis súplicas para que luchara y no se dejara vencer.

Por eso estoy aquí. A un hombre que dijo ser el abogado de la familia Ferrer, le llamó la



atención la alegría de mi sobrina mientras jugaba en la calle, su pelo rubio y sus ojos azules, su piel clara y sus graciosas pecas heredadas de mí. Somos las únicas de la familia que tenemos una piel tan delicada que el sol, cada año, se afana en pintarnos bonitos lunares para llamar la atención.

A mi derecha, una mujer de mediana edad con grandes pechos sujeta a un bebé rollizo; a mi izquierda, una escuálida joven con un vestido raído y unas trenzas mal hechas esboza una siniestra mueca, como si se mofara de sus pensamientos. Más allá, dos chicas arrastran a dos varones de unos seis años que parecen gemelos, tal vez primos hermanos por el parecido que también existe entre las madres. La competencia es dura. Soy la única que ha traído una niña como muestra, a excepción de la chica de las trenzas, que está sola.

La puerta principal del edificio se abre. Agarro a María tan fuerte que, sin querer, le hago daño.

—¡Tía! —chilla, intentando deshacerse de mí.

—Recuerda que aquí soy «mamá». —Ella se muestra reacia al juego y se cruza de brazos; imposible volver a darle la mano.

Me sorprende que nos hagan subir las escaleras hasta la entrada, y más que no nos escondan de las miradas inoportunas, pero, a estas horas de la madrugada, solo los maleantes y vividores están despiertos. Por suerte, no hemos tenido que salir del barrio del Carmen, donde la niña y yo vivimos junto con mamá, en un pequeño piso de una habitación en lo más alto de un edificio, cerca de la calle donde teníamos nuestro taller, ahora convertido en el negocio de otro.

Seguimos comprando y paseando por los mismos lugares, saludando a los de siempre, como si nada hubiera cambiado cuando nuestras vidas se han roto en frágiles fragmentos susceptibles de convertirse en polvo.

Valencia parece la misma ciudad de cuando era niña; sin embargo, se está convirtiendo en otra distinta. Prueba de ello es la vuelta de los señores Ferrer.

Se mudaron hace años a Barcelona con la esperanza de aumentar su fortuna estancada y han regresado con otros aires más modernos, con la perspectiva de invertir y reforzar sus contactos. Una nueva burguesía dicen los periódicos y yo me pregunto si no serán los mismos de antes, que ejercían su pleno derecho sobre los labradores de una tierra que decían que era suya y ahora tienen pleno derecho sobre los trabajadores de unas fábricas que nadie sabe de dónde ha salido el dinero para construir.

Caminamos en fila india y en silencio tras una mujer pequeña y con chepa que lleva un manojito de llaves en la cintura.

Después de recorrer un largo pasillo que da a la parte trasera de la casa, llegamos hasta el jardín, donde también está la comuna. Justo después de la despensa, nos encontramos con la cocina. El ambiente es cálido y sofocante, el humo de las ollas nubla mi vista. El chapoteo del agua hirviendo consigue que mi estómago cruja más de una vez.

Avergonzada, intento disimular el ruido de mi barriga con una falsa tos. No he desayunado nada; lo poco que teníamos se lo he dado a María. Pan duro mojado con agua. Ni leche ni verduras desde hace varios meses. Nuestras reservas se han agotado y ya nadie nos fía en el mercado.

Todos creían que, con mi supuesta belleza, enseguida cazaría a un buen marido. Ya dicen que la soberbia es un pecado y no me es fácil admitir que me creía superior a las demás, por eso, ahuyenté a más de uno. Pensaba que tenía el tiempo de mi parte; sin embargo, los días, los meses y los años pasaron en un soplo de aire, y la desesperación llegó a nuestra casa en forma de hambre.

La visita del abogado no pudo ser más oportuna. Una señal, pensé en su momento, ya que

estaba a punto de claudicar ante la insistencia de un grupo de mujeres que veía siempre bajo mi ventana a la caza de un hombre para pasar la noche a cambio de unos reales.

No soy virgen; tuve un escarceo con otro aprendiz de carpintero amigo de mi cuñado. Se llamaba Antonio y nos íbamos a casar, pero cambié de opinión en el último momento. No sentía lo que mi hermana y el padre de María sentían: una unión idílica que hacía que sin palabras se entendieran. Me gustaba interceptar sus miradas y las atesoraba para luego compararlas con las de mi mozo, y así llegué a la conclusión, errónea, de que me merecía mucho más.

El bebé de una de las señoras que esperan a ser recibidas no para de berrear y me pone de los nervios. María está cansada y temo que pronto empiece con sus preguntas sin sentido. ¿Para qué quiere saber de dónde viene el agua o por qué el sol sale siempre por el este?

Hasta que ella se lo cuestionó, no me había dado cuenta.

El fuego está encendido, pero la cocinera no está. En su lugar, se pasea arriba y abajo el abogado. No recuerdo su nombre; lo repitió varias veces durante nuestra entrevista y hasta me dio una tarjeta. Lo leí en voz alta y se extrañó de que supiera de letras.

—Si una no sabe anotar los nombres de los clientes y tampoco realizar las sumas de lo que deben, muy poco se avanza en esta vida —le contesté, orgullosa de mi gran capacidad intelectual.

Sonrió al escuchar mi respuesta y miró con cierto halo de pena la habitación en la que vivíamos.

Demasiado reducida para dos mujeres adultas y una niña. Cuánto echo de menos el taller, el olor a madera, el ruido, el polvo, papá chillando a todas horas para que entregáramos los encargos a tiempo y la risa tonta de mi hermana cuando Joaquín le dirigía una de sus miradas profundas.

El abogado se impacienta; lo noto en su manera de mover el dedo sobre una carpeta de cuero que lleva encima. Por fin, se oyen pasos lejanos. Advierto que se trata de una mujer por la forma de arrastrar la tela por el suelo; el caminar de las damas es muy distinto al de los caballeros: es sigiloso a intervalos y la madera se resiente por su caricia a cada paso.

La señora Ferrer, supongo que es ella, aunque no ha sido presentada, nos mira y arruga el entrecejo. No le gusta lo que ve y temo que hayamos madrugado para nada. Es bonita, tiene el cabello liso en la raya, largos rizos rubios a ambos lados, y se puede apreciar una trenza detrás recogida muy arriba por unas agujas. Debe de ser una nueva moda, traída de Barcelona, París o Londres, lugares que nunca visitaré. Sus ojos son claros, aunque a esta distancia no puedo saber de qué color exacto. Suspiro; ya es demasiado tarde cuando me doy cuenta de que ha sido una exhalación mucho más profunda de lo habitual. Mis competidoras son rubias, igual que la señora Ferrer. Soy la única morena y temo que eso me descarte. Esta se aproxima; el olor a rosas que impregna su piel perfora las fosas nasales de una manera que intimida, mucho más que su presencia. El abogado se ha sentado en una silla sencilla y poco cómoda, a mi parecer. Coloca encima de la mesa de caoba que preside la cocina su carpeta de cuero, un pote de tinta y una pluma que sitúa a su derecha; la toca con los dedos como si fueran las teclas de un piano.

—Empecemos —ordena la señora Ferrer.

Sé que su nombre de soltera era Joana Vivet, que hace dieciséis años se casó con Martín Ferrer y que no tiene ningún hijo. Por eso estamos nosotras aquí, para solventar este asunto.

El abogado me lo explicó muy bien; no hay nada que me pueda asombrar a estas alturas y actúo en consecuencia. Es la única salida para que podamos seguir sobreviviendo en un mundo en el que se me prohíbe trabajar. Nadie quiere comprar mis muebles, ni siquiera los pequeños joyeros tallados con flores y figuras geométricas que son la admiración del barrio. No se atreven a comercializar un objeto hecho por las manos de una mujer soltera. Nadie se quiere enfrentar al

sindicato de gremios de carpinteros y ebanistas; pueden ser tan feroces como los mismos capataces de una plantación agrícola. Son muchas las personas que vienen de los pueblos a buscar trabajo a Valencia y, al no encontrarlo, se van a Barcelona, que está a pocos días en diligencia, a ver si tienen suerte en una de sus fábricas, o bien pasan la frontera hasta Francia. Mi única opción era, hasta hace poco, entrar a servir en una casa, pero para ello debería tener experiencia y una gran tolerancia con las necesidades de los amos, especialmente de los señores.

¿Trabajar de día y rebajarme por la noche? Para eso prefiero convertirme en una ramera; dicen que se saca mucho más. Me he resistido tantas veces a lo uno y a lo otro... Cómo cambian las cosas; en estos momentos estoy a punto de vender mi cuerpo y mi alma.

Las condiciones son excelentes, comparado con lo que pagan en algunas de las casas de familias nobles. Si consigo el puesto, tengo garantizada una vida sencilla y cómoda. Y, si no, también se me ha prometido una bolsa llena de monedas que nos ayudará a pasar unos meses más antes de que se acabe la dicha y vuelva el inoportuno apetito, aquel que lo fastidia todo. La amenaza de humillarnos y destruir nuestra reputación hasta que no quede nada de nosotras si nos vamos de la lengua ha sido contundente. Si el rumor de esta entrevista se extiende, si una pequeña ranura se abre paso entre los numerosos cotilleos que se oyen en el mercado y en las tabernas, no veremos otro día más soleado que este.

Joana desfila como si fuera la reina y se detiene ante la mujer rolliza con el bebé más molesto que jamás he oído.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Este es el quinto.

—¿Todos vivos?

—Todos, señora. —Se erige como una estatua en pleno centro de la plaza mayor, ejemplo de salud y vitalidad.

—¿Todavía estás dando de mamar?

—¡Tiene solo dos meses! —La seguridad en sí misma se desvanece al comprender que eso es malo para ella.

—Es demasiado pronto para volver a quedar embarazada. —Joana se gira hacia al abogado —. Anoté, por favor, que... ¿cómo te llamas?

—Federica Pineda, señora.

—Que Federica Pineda ha recibido lo convenido y que ya no necesitamos sus servicios.

—¡No encontrará a otra como yo, puedo hacer el trabajo mil veces mejor que todas estas!

Nos señala con el dedo tembloroso y los sollozos del bebé son todavía más ensordecedores. El ama de llaves, que hasta ahora estaba escondida entre las sombras, reaparece y la acompaña fuera de la estancia.

—No lo pongas más difícil. —La voz de la señora Ferrer es cortante, ni una pizca de empatía.

María se escabulle debajo de la mesa.

Me agacho para conseguir que venga hacia mí sin conseguirlo. Sin que nadie se percate, me sitúo la última en la fila, por miedo al fracaso, supongo; no quiero ser la siguiente en ser rechazada.

Le toca el turno a la muchacha de las trenzas. Joana no ha reparado en ella ni dos segundos.

—Lo dejé muy claro, nada de vírgenes. —Se lo dice a su abogado y, por la cara de ambos, la del jurista y la de la chiquilla, parece que es verdad.

—Procedo de una familia muy fértil; tengo cuatro hermanos y seis hermanas todas ellas casadas con varios hijos.

—¿Por qué no han venido en tu lugar?

—No quieren separarse de sus familias.

Joana repasa el cabello de la muchacha.

—Eres demasiado joven e ingenua. Anote que la señorita...

—Rosa Rodríguez.

—Que Rosa Rodríguez ha obtenido lo convenido. Gracias por tu interés. Puedes marcharte.

La mujer de la chepa, que antes nos ha acompañado en el recorrido por parte de la casa, se da prisa en echar a la muchacha. Sus movimientos son tan bruscos que provocan el tintineo de las llaves que tiene bien amarradas en la cintura.

No consigo que María se esté quieta y tampoco que pase desapercibida. Su risa ha llamado la atención de Joana, que la atrapa bajo la mesa, la sube en brazos y le acaricia la cara. Mi sobrina es traviesa en su justa medida y también muy cariñosa; nunca tiene miedo de los extraños a pesar de mis advertencias y las de mi madre. Algo ha visto en ella, porque la besa en la mejilla. Los ojos de la señora Ferrer se humedecen; desde esta distancia sigo sin ver el color, pero puedo percibir la humedad de sus pupilas.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—María, su señoría.

Esto arranca una carcajada en la mujer.

—¿Y quién es tu mamá?

Contengo el aire. Me mira y le guiño un ojo; espero que recuerde nuestro trato, ya que le he prometido que, si se porta bien, iremos a por chocolate, algo que puedo hacer después de recibir la bolsa con el dinero, me elijan o no. Mi sobrina parece saberse la lección, porque me señala con el dedo. Se agita para zafarse de los brazos de la señora Ferrer, que la deja en el suelo y corre hacia mí. Me tira del vestido para que baje la cabeza y me susurra al oído.

—¿Lo he hecho bien, tía? —Le doy un beso y le tapo la boca para que no siga hablando.

Me tiembla el cuerpo al ver cómo Joana se acerca a mí y mira de soslayo a los dos mocosos que quedan enterrados en las faldas de sus madres mientras se sorben los mocos.

—¿Por qué la niña es rubia y túmorena?

La tan temida pregunta ha llegado.

—Se parece a su padre, que en paz descanse.

—Una viuda, tal y como pedí, buen trabajo. —No me lo dice a mí, sino a ese abogado, tan serio que no hace más que chupar la punta de la pluma antes de mojarla en la tinta. Sus labios se han vuelto negros y a nadie le importa; me pregunto si la tinta será venenosa. Me he contagiado de la curiosidad de mi sobrina; yo antes no era así. Su alegría hace que la emoción me embargue cada día, aunque amanezca pesada y gris. ¡Qué voy a hacer sin ella!

—¡Nosotras también somos viudas! —se apresuran a decir las hermanas. Es mentira o una gran casualidad. Tienen la misma edad, con dos hijos tan parecidos que seguro que han nacido de una sola madre. Son inteligentes; han doblado su oportunidad.

La señora Ferrer analiza a los dos niños y luego el semblante de las madres. Descarta a la hermana más fea.

Solo quedamos dos. Tengo la impresión de que se va a decantar por el varón.

Todas las familias quieren a un heredero. Nunca se me hubiera ocurrido presentarme al puesto como progenitora de una niña, pero el abogado me confundió con la de María. Insistió tanto y el acuerdo era tan favorable que hasta mi madre, católica y apostólica, no pudo resistirse.

—Solo será un año, o dos como mucho, y luego serás libre —me dijo el día de esa visita tan imprevista.

Espero que me elija y que el tiempo que pase con los señores Ferrer sea breve y pueda

mantener mi dignidad intacta. Esa es la mayor mentira que me he dicho a mí misma. Me la repito cada noche e intento creerla.

—Estoy indecisa —murmura Joana.

—Piense en qué le gustaría más a su marido —comenta el abogado con su sonrisa negra.

El agradar al señor Ferrer se ha convertido en una obsesión para mi madre, que no para de instruirme en los detalles más escabrosos para satisfacer a un hombre. Nunca hubiera imaginado que llegaríamos a tener estas conversaciones.

Sin embargo, la necesidad manda en este mundo donde la riqueza está en manos de tan pocos. Y ella se ha empeñado en que, ya que estoy en esta encrucijada, intente conseguir el corazón de ese hombre.

Convertirme en su mantenida sería otra solución a nuestras miserias, pero ¿y si no me gusta? ¿No sería mejor mantener relaciones una única vez y gozar de sus beneficios durante mucho más tiempo?

La respuesta del abogado no ha producido un efecto tranquilizador, más bien al contrario. Me sorprendo de lo joven y hermosa que es mi contrincante.

Tiene el pelo y los ojos claros, las pestañas largas como abanicos y unos labios tiernos y rosados. En algo se parece a la señora Ferrer, aunque esta tiene mucha más clase. Pero con unas cuantas lecciones...

—¿Cómo te llamas, guapa? —Tal vez quería sonar cariñosa, pero ha chirriado como una rueda de molino estropeada.

—Soledad Jiménez.

—Apunte que se le ha ofrecido lo establecido a Soledad Jiménez; gracias por venir.

—Señora, no puede echarme. Yo puedo darle hijos rubios y ella se los dará con ojos tan oscuros como el carbón.

El ama de llaves la sujeta con fuerza y la expulsa al exterior. Tiene mayor vigor del que imaginaba.

—Tu nombre, jovencita.

—Ana Villalba.

—¿Ana? ¿Por qué no le has puesto el mismo a tu hija?

Ya estamos con las dichosas tradiciones. No tengo miedo; estoy preparada.

—En honor a mi hermana fallecida.

—Espero que no fuera de parto.

—No, señora, de pena.

Me mira como si hubiera dicho algo absurdo y estoy dispuesta a darle las explicaciones que hagan falta, a hablarle del amor de María y Joaquín. La señora Ferrer alza la mano en el aire; percibo que no le gustan estos temas.

—Apunte que la señora Ana Villalba, viuda del señor Villalba —en realidad, mi madre es la viuda del señor Villalba, pero no es de mi incumbencia aclararlo mientras reciba lo que me han prometido —, ha sido la elegida para perpetuar nuestro acuerdo. Enhorabuena. —Se dirige a mí y aprieta los labios, un gesto que refleja su molesta tarea—. Has conseguido el puesto. No espero más de ti que discreción y saber estar.

Agacho la cabeza y me inclino un poco en señal de consentimiento. No me gusta rebajarme ante nadie. Soy la mejor carpintera de Valencia; solía serlo y nunca tuve que humillarme ante ningún cliente; mi padre me enseñó que el orgullo era capaz de conseguir muchas cosas.

Y lo he logrado. María y mi madre no volverán a pasar hambre. Dentro de un tiempo, regresaré junto a ellas y podremos alquilar un piso en alguna planta inferior con dos habitaciones

y hasta un pequeño despacho para mis figuritas de madera. Una casa más amplia, con ventanas que se puedan abrir para respirar el aire de una mañana sin nubes, de una vida sin contradicciones. Pero eso será más adelante.

Firmo el documento despacio y con buena letra, tal y como apuntaba los nombres de los clientes en el cuaderno de papá. Mi compromiso es firme; ya no me puedo echar atrás. Tengo que engendrar al heredero de los señores Ferrer. Me siento optimista por cómo Joana mira a mi sobrina; creo que no le importará si se trata de una heredera.

## Quererte así

*«—Nos hemos hecho mayores, la vida nos ha guiado hacia lugares diferentes haciéndonos seguir el mismo camino, pero ya no, yo me paro aquí.*

*»La decisión ahora ha sido mía, voy a dejarla libre, aunque me cueste la felicidad.*

*No podemos seguir destrozándonos la vida. Ya ni siquiera nos reconocemos al mirarnos.*

*»Sería más fácil si cada vez que cierro los ojos no me quemara su piel».*

*La pasión es lo primero que deben aprender a controlar, pero es difícil en un mundo plagado de traiciones, dinero, abusos y luchas de poder. Un mundo que deberán volver a construir.*

*«—Me ha dejado.*

*»Sí, ya sé que es lo que yo quería, pero es que siento que me voy a morir.*

*»En el fondo siempre tuve la esperanza de recuperar al hombre que fue, siquiera a una pequeña porción de él.*

*»Sigo teniendo sus manos tatuadas en mi piel».*

*¿Conseguirán deshacer el nudo sin romper la cuerda?*

**Berla Marbel** nació en Benalúa de Guadix (Granada, Andalucía) en la década de los setenta. En la actualidad, reside en un pintoresco pueblo de la costa de Alicante, con su marido y dos perros. Su pasión por los libros la lleva escribir sus propias historias desde edad muy temprana. Tras descubrir la literatura romántica, rápidamente se ve atrapada por el género. Un interés por la narrativa que queda plasmado en cada página de *Espirales en el ombligo*, su primera obra publicada, así como en *Mi tierra eres tú* y *Te tengo en mi piel*, todas ellas forman parte de la serie «Segundas oportunidades». Además, ha publicado también *Última entrega*; una historia corta y ha participado en varias antologías, como *Corazonhadas*, que se gestó en favor de AECC. La autora ha creado en Internet su propio espacio virtual; una página que lleva por título «El amor y otras psicopatías».



Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Bela Marbel © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021

Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-50-3

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

# Penguin Random House Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu  
próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## Índice

[Quererte así](#)  
[Capítulo 1. La loba celta](#)  
[Capítulo 2. Camino inverso](#)  
[Capítulo 3. La vida sin ti](#)  
[Capítulo 4. En Houston](#)  
[Capítulo 5. Senderos](#)  
[Capítulo 6. Con todo en contra](#)  
[Capítulo 7. Y todo empieza](#)  
[Capítulo 8. El viaje](#)  
[Capítulo 9. La apuesta](#)  
[Capítulo 10. Siempre quizá](#)  
[Capítulo 11. Si me dejas](#)  
[Capítulo 12. Despertares](#)  
[Capítulo 13. Y ahora qué](#)  
[Capítulo 14. Dónde estoy](#)  
[Capítulo 15. La tormenta](#)  
[Capítulo 16. Salir de la noche más oscura](#)  
[Capítulo 17. La verdad](#)  
[Capítulo 18. Despertares](#)  
[Capítulo 19. Perseguida](#)  
[Capítulo 20. Realidades](#)  
[Capítulo 21. Observada](#)  
[Capítulo 22. Camino divergentes](#)  
[Capítulo 23. Fuga o resistencia](#)  
[Capítulo 24. Caminos que convergen](#)  
[Epílogo](#)  
[Agradecimientos](#)  
[Bibliografía](#)  
[Si te ha gustado esta novela](#)  
[Sobre este libro](#)  
[Sobre Bela Marbel](#)  
[Créditos](#)